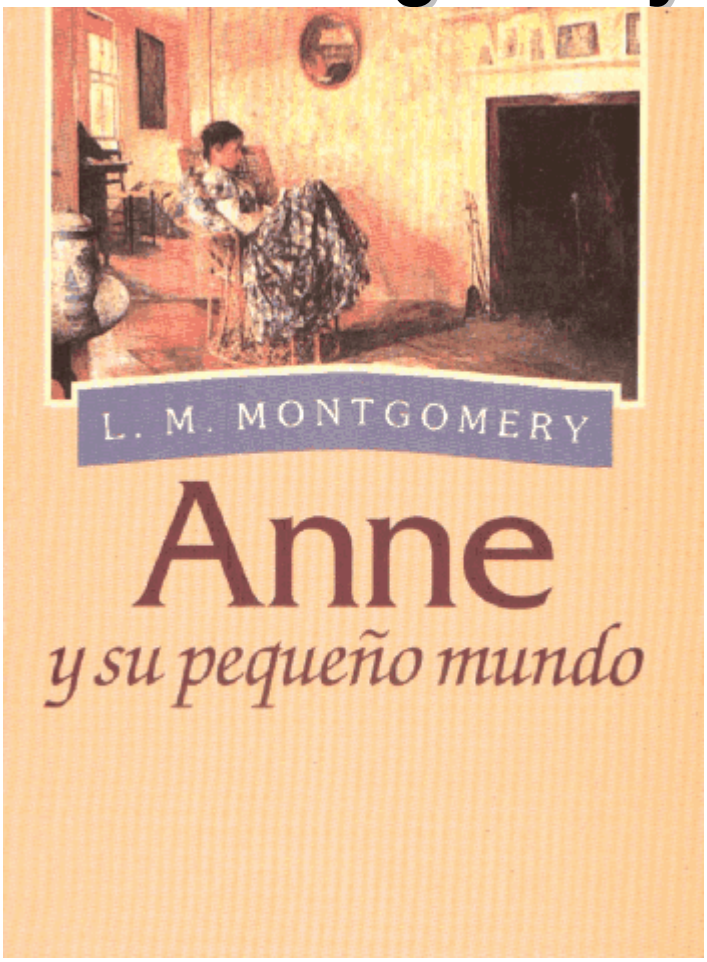
LIBRO dot.com

Anne y su pequeño mundo

L. M. Montgomery



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO PRIMERO

La prisa de Ludovic

Anne Shirley se encontraba recostada junto a la ventana de la habitación de Theodora Dix, un sábado por la tarde, mirando soñadoramente hacia un país de fantasía más allá de las colinas, donde se ponía el sol. Estaba pasando dos semanas de sus vacaciones en la *Morada del Eco,* lugar de veraneo de los esposos Irving, y hacía frecuentes escapadas a la heredad de las Dix para conversar con Theodora.

Esa hermosa tarde ambas estaban silenciosas y Anne se había entregado a las delicias de construir castillos en el aire. Recostaba su armoniosa cabeza coronada por una espesa mata de cabellos rojo oscuro contra el marco de la ventana, y sus ojos grises parecían un reflejo de luna sobre un lago de sombras.

Cuando bajaron la loma vieron aproximarse a Ludovic Speed. Aunque se hallaba bastante lejos de la casa, Ludovic tenía un aspecto reconocible a cualquier distancia. En Middle Grafton nadie poseía una figura tan alta, encorvada y de movimientos tan apacibles.

Anne apartó sus sueños, pensando que debía obrar con tacto y retirarse, pues Ludovic festejaba a Theodora. Todo Grafton lo sabía y si aún quedaba alguien que lo ignoraba, no era porque le faltara tiempo para enterarse. Desde hacía quince años, Ludovic subía a la loma con su andar rutinario e invariable para ver a Theodora. Cuando Anne, que tenía la lógica y el romanticismo de la juventud, se levantó para retirarse, Theodora, con la franqueza y el sentido práctico de su madurez, le dijo con un guiño.

-No te apures, chica. Siéntate y sé franca. Has visto a Ludovic venir, bajando la loma, y crees que molestarás, pero no es así. Ludovic siempre prefiere que alguien esté presente, y yo también. Eso estimula la conversación. Cuando un hombre viene visitándote dos veces a la semana desde hace quince años, una se acostumbra a hablar por monosílabos.

Sus relaciones con Ludovic nunca avergonzaron a Theodora. No le incomodaba referirse a él como a su lento festejante, y hasta parecía divertirla.

Anne volvió a sentarse y ambas observaron a Ludovic, que venía por el sendero mirando tranquilamente a su alrededor, contemplando los campos de tréboles y los azules meandros del río, que se retorcían por el neblinoso valle.

Anne observó el inmutable rostro de Theodora y trató de imaginarse a sí misma sentada allí, a la espera de un festejante que tardaría mucho en decidirse. Pero la imaginación de Anne resultó insuficiente en este punto.

-De todos modos -pensó impacientemente-, yo habría encontrado alguna manera de apurarlo. ¡Ludovic "Speed"[1]! Nunca he oído un nombre que corresponda menos. Ese hombre con

[1] ***Speed:*** velocidad.

ese apellido es un timo y una trampa.

De pronto, Ludovic arribó a la casa, pero se detuvo tanto tiempo en el umbral a contemplar el entrelazado follaje verde del huerto de los cerezos, que Theodora fue y abrió la puerta antes de que golpeara. No bien entraron en la sala, hizo una mueca cómica a Anne a sus espaldas.

Ludovic sonrió a la joven con verdadero agrado. La apreciaba y era la única muchacha que conocía, pues generalmente evitaba a todas; le hacían sentirse torpe y fuera de lugar. Pero con Anne no ocurría nada de esto; ella tenía la virtud de saber llevar a toda clase de personas, y aunque no hacía realmente mucho tiempo que la conocía, tanto él como Theodora la consideraban una vieja amiga.

Ludovic era alto y algo desgarbado, pero su imperturbable tranquilidad daba una dignidad a su apariencia que de otro modo no hubiera lucido. Tenía unos sedosos y caídos mostachos castaños y una barbilla rizada estilo imperial, moda que era considerada excéntrica en Grafton, donde los hombres lucían las mejillas bien afeitadas o cubiertas por espesas barbas. Sus ojos eran soñadores y tranquilos, con un toque de melancolía en su azul profundidad.

Se sentó en el viejo sillón que había pertenecido al padre de Theodora. Siempre lo hacía, y Anne llegó a la conclusión de que el sillón estaba terminando por parecérsele.

Pronto la conversación tomó un giro muy animado. Ludovic era un buen conversador cuanto tenía quien lo acicateara. Había leído mucho, y a veces sorprendió a Anne con comentarios sobre hombres o cosas que habían ocurrido en el mundo y cuyo eco apenas llegaba a Grafton de un modo fantasmal. También tenía especial predilección por las discusiones sobre temas religiosos con Theodora, a quien no le importaban mucho los asuntos políticos o históricos del mundo, pero que estaba ávida de conocimientos doctrinarios y leía todo lo que se relacionaba con ellos. Cuando la conversación se encauzó dentro de una amable controversia entre Ludovic y Theodora sobre ciencia cristiana, Anne juzgó que su presencia no era ya necesaria y que no la echarían de menos.

-Es la hora de las estrellas y de las buenas noches-dijo, y partió suavemente. Pero tuvo que detenerse para reír cuando perdió de vista la casa y se encontró en medio de la verde pradera cubierta por el blanco y oro de las margaritas. Corría una brisa plena de fragancias. Anne se recostó contra un blanco abeto echándose a reír a carcajadas, cosa que hacía cada vez que recordaba a Ludovic y a Theodora. Para sus pocos años, aquel noviazgo era algo muy divertido.

!! Apreciaba a Ludovic, pero no podía evitar provocarlo.

¡Querido grandísimo bolo! -dijo en voz alta-. Nunca he conocido un tonto más digno de ser amado. Es como el caimán de la antigua ronda, que no puede seguir, ni puede detenerse, y que se menea y sube y baja.

Dos días después, Anne regresó y se puso a conversar con Theodora sobre Ludovic. Theodora, que era muy habilidosa y tenía pasión por los trabajos manuales, estaba trabajando con sus ágiles y rollizos dedos en una carpeta de encaje de Battenburg. Anne, recostada en una pequeña mecedora con sus delgadas manos sobre el regazo, la observaba. Pensaba que Theodora era realmente buena moza, con su cutis blanco, sus facciones bien marcadas y sus grandes ojos castaños. Cuando no sonreía, su aspecto era imponente. Anne llegó a la conclusión de que quizá atemorizaba a Ludovic.

-¿Estuvo hablando con Ludovic toda la tarde sobre ciencia cristiana? -preguntó.

Theodora sonrió ampliamente.

-Sí, y hasta discutimos. Al final gané *yo*, Ludovic no puede pelear con nadie. Es como dar puñetazos al aire. No me gusta pegar cuando no me devuelven el golpe.

-Theodora -continuó Anne, envalentonándose-. Voy a ser curiosa e impertinente. Si lo desea puede darme un coscorrón. ¿Por qué no se casan usted y Ludovic?

Theodora rió de buena gana.

-Reconozco, Anne, que ésa es una pregunta que vienen haciéndose todos en Grafton, desde hace un rato largo. Bueno, pues yo no tengo ningún inconveniente en casarme con Ludovic. ¿Te parece mucha franqueza? Pero no es fácil casarse con un hombre a menos que te lo pida, y él nunca lo ha hecho.

-¿Es demasiado tímido? -Ya que Theodora estaba de humor, Anne se proponía escarbar en el confuso asunto hasta la raíz.

Theodora interrumpió su trabajo y contempló con ojos meditativos las verdes praderas en el atardecer de verano.

-No, no creo que sea por eso. Ludovic no es tímido. Es un modo de ser, el modo de los Speed, que son espantosamente reflexivos. Piensan años las cosas antes de decidirse a hacerlas. A veces se acostumbran tanto a meditarlas que nunca las llevan a cabo, como el viejo Alder Speed que se pasaba la vida diciendo que iría a Inglaterra a visitar a sus hermanos y nunca fue, aunque ninguna razón se lo impedía. No son perezosos, pero les gusta tomarse un buen tiempo antes de actuar.

-Y Ludovic es un caso de exagerado, Speedismo"-opinó Anne.

-Exactamente. Nunca se ha apresurado en su vida. Mira, durante seis años estuvo pensando en pintar su casa. Lo conversó conmigo a menudo y hasta eligió el color, y ahí quedaron las cosas. Me demuestra afecto y varias veces pareció a punto de hablarme. La única cuestión es si algún día lo hará.

-¿Por qué no lo apura? -preguntó Anne impacientemente.

Theodora volvió a su labor con otra carcajada.

-Si Ludovic necesita que lo apuren, no soy yo la más indicada. Soy demasiado tímida. Suena ridículo oír decir esto a una mujer de mi edad y de mi estatura, pero es verdad. Por supuesto que sé que es la única manera de hacer que un Speed se decida a casarse. Tienes, por ejemplo, el caso de una prima mía casada con el hermano de Ludovic. No te digo que ella se le declarara, Anne, pero no anduvo muy lejos. Yo no podría hacerlo. Una vez traté. Cuando me di cuenta de que todas las jóvenes de mi edad se estaban casando, intenté hacerlo picar. Pero se me quedó en la garganta. Y ya no lo siento. Si sólo me convirtiera en una Speed tomando yo la iniciativa, seguiré siendo Dix hasta el fin de mis días. Ludovic no se da cuenta de que estamos envejeciendo, ¿sabes? Piensa que todavía somos un par de jovenzuelos inconstantes, con toda la vida por delante. Ése es el error de los Speed. No se dan cuenta de que viven, hasta que se mueren.

-Lo quieres, ¿no es cierto? -preguntó Anne percibiendo una nota de amargura en las frases de Theodora.

-¡Por supuesto! -dijo ésta cándidamente, creyendo que no valía la pena ruborizarse por un asunto ya tan establecido-. Tengo muy buena opinión sobre Ludovic. Con toda seguridad necesita alguien que mire por él. Es muy negligente y parece descuidado. Eso puedes verlo tú misma. Su vieja tía se ocupa algo de la casa; pero no parece ocuparse de *él, y* Ludovic está llegando a una edad en la que un hombre necesita un poquito de cuidado y mimos. Yo estoy sola aquí, y Ludovic también lo está y todo esto parece muy ridículo, ¿verdad? Sé que somos la burla de todo Grafton, pero Dios sabe que yo soy la primera en reírme. Algunas veces pensé que Ludovic se apresuraría si lo ponía celoso, pero nunca pude flirtear, y aunque pudiera, no hay con quién hacerlo. Todos aquí me consideran propiedad de Ludovic y nadie soñaría con interferir entre nosotros.

-Theodora -exclamó Anne-, ¡tengo un plan!

-Vaya, ¿qué piensas hacer? -preguntó Theodora.

Y Anne se lo dijo. Primero Theodora rió y protestó, pero al final asintió dubitativamente, ganada por el entusiasmo de Anne.

-Bien, tratemos --dijo, resignada-. Si Ludovic se enfurece y me deja, estaré peor que nunca, pero quien nada arriesga, nada gana. Además, debo admitir que estoy cansada de andar perdiendo el tiempo.

Anne regresó a la Morada del Eco encantada con su plan. Buscó a Arnold Sherman y le dijo qué quería de él. Arnold escuchó y se echó a reír. Era un viudo de edad madura, íntimo amigo de Stephen Irving, y había venido a pasar parte de sus vacaciones en la isla del Príncipe Eduardo. Era elegante dentro de su estilo y conservaba un encanto que convenía perfectamente al plan de Anne. Le divertía pensar que contribuiría a apurar a Ludovic Speed y sabía que Theodora cumpliría bien su parte. Cualquiera fuera el final, la comedia no sería aburrida.

El telón se levantó sobre el primer acto después del oficio religioso el jueves por la noche. Cuando todos salieron de la iglesia había luna llena y la visual era perfecta. Arnold Sherman estaba de pie sobre los escalones junto a la puerta y Ludovic Speed se encontraba recostado contra una esquina de la cerca del cementerio, tal como venía haciéndolo desde hacía años. Los muchachos decían que había borrado la pintura de ese lugar. No había ninguna razón, para que Ludovic fuera hacia la puerta de la iglesia; Theodora saldría como de costumbre y el se le reuniría cuando pasara por la esquina.

Y así pasó. Theodora bajó los escalones, su imponente figura recortada en la oscuridad contra el brillo de las lámparas del porche. Arnold Sherman le preguntó si podía acompañarla hasta su casa. Theodora lo tomó tranquilamente del brazo y ambos pasaron junto al estupefacto Ludovic, que permanecía mirando, desconsolado, como si no pudiera creer a sus propios ojos.

Por un momento quedó estático; luego comenzó a caminar detrás de su casquivana dama y del nuevo admirador de ella. Los muchachitos y algunas jóvenes irresponsables lo siguieron, creyendo encontrarse con algún acontecimiento excitante, pero fueron desilusionados. Ludovic anduvo a grandes zancos hasta que alcanzó, a Theodora y Arnold Sherman, y se quedó dócilmente detrás de ellos.

Theodora no disfrutó mucho del paseo, a pesar de que Arnold Sherman se consideraba especialmente entretenido. Su corazón suspiraba por Ludovic, cuyos pies oía arrastrar sobre el suelo, por detrás de ellos. Temía haber sido demasiado cruel, pero ya estaba en eso y debía continuar.

Se fortaleció con la idea de que todo era por su propio bien y le habló a Arnold Sherman como si éste fuera el único hombre en el mundo. El pobre y abandonado Ludovic la seguía humildemente, la escuchaba, y si Theodora hubiera sabido cuán amargo era el cáliz que le vertía en los labios, lo habría apartado sin importarle las bienaventuranzas finales.

Cuando ella y Arnold llegaron a su huerta, Ludovic tuvo que detenerse. Theodora miró por sobre el hombro y lo vio en el camino. Su desamparada figura estuvo en sus pensamientos durante toda la noche. Si Anne no hubiera corrido al día siguiente a robustecer sus convicciones, lo habría echado todo a perder cediendo antes de tiempo.

Ludovic, mientras tanto, permaneció detenido en el camino, inmune a los gritos y comentarios de los muchachitos allí reunidos, hasta que Theodora y su rival desaparecieron de su vista bajo los abetos de la cuesta. Entonces se volvió y regresó a su casa, no ya con el andar pausado, sino con un paso agitado que denunciaba inquietud interior.

Estaba azorado. Si repentinamente hubiera llegado el fin del mundo, o el río Grafton

saliera de cauce e inundara la colina, Ludovic no se habría mostrado más sorprendido. Durante quince años había acompañado a Theodora a su casa después de los oficios y ahora ese extranjero, con todo el encanto de los "Estados Unidos" tras él, se la había birlado con toda frescura bajo sus propias narices. Lo más grave, el peor de los golpes, era que Theodora lo había acompañado gustosamente y era evidente que hasta había disfrutado de su compañía. Ludovic sintió el aguijón de la furia en su apacible corazón.

Cuando llegó al final de la cuesta, hizo una pausa en la puerta y miró hacia su casa. Aun a la luz de la luna, el aspecto deteriorado por las inclemencias del tiempo era claramente visible. Pensó en el rumor que le atribuía a Arnold Sherman una mansión palaciega en Boston y se golpeó la barba con sus dedos bronceados por el sol. Luego cerró el puño y lo descargó contra el portón.

-¡Qué se cree Theodora, que me va a despedir de esta manera después que la he acompañado durante quince años! -exclamó-. *Tengo algo* que decir. ¡Qué Arnold Sherman ni Arnold Sherman! ¡El atrevimiento de ese monicaco!

A la mañana siguiente Ludovic fue a Carmody a contratar los servicios de Joshua Pye para pintar su casa, y al anochecer fue a ver a Theodora aunque no era esperado por ella hasta el sábado por la tarde.

Arnold Sherman había llegado antes que él, y estaba sentado en la mismísima silla que ocupara Ludovic. Éste tuvo que tomar asiento en la nueva mecedora de Theodora, sitio en el que se encontraba lastimosamente fuera de lugar.

Si Theodora encontraba la situación embarazosa, lo disimulaba muy bien. Nunca había lucido más elegante, y Ludovic reparó en que llevaba uno de sus mejores vestidos de seda. Se preguntaba acongojadamente si se lo habría puesto en honor de su rival. Nunca se había vestido con sedas para él. Ludovic había sido siempre el más manso y suave de los mortales, pero mientras estaba sentado allí, escuchando la florida conversación de Arnold Sherman, sentía impulsos homicidas.

-Debías de haberlo visto enardecido-le decía Theodora, al día siguiente a Anne, que estaba radiante de alegría-. Debo de ser una malvada pero me encantaba. Temía que se enfadara y no viniera más, pero mientras venga a enfadarse aquí, me encanta. El pobre las está pasando muy mal y el remordimiento me come. Anoche quiso competir con el señor Sherman, pero no pudo. Nunca habrás visto una criatura más deprimida que él cuando corría cuesta abajo. Sí, *¡corría!*

El domingo siguiente Arnold Sherman fue a la iglesia con Theodora y se sentó a su lado. Cuando entraron, Ludovic Speed se puso repentinamente de pie. Aunque volvió a tomar asiento al instante, todos lo vieron, y esa noche hasta las piedras de Grafton comentaban jocosamente el dramático acontecimiento.

-Sí -le contaba Louella Speed, prima de Ludovic, a su hermana, que no había estado en la iglesia-, ¡saltó sobre sus pies como si lo hubieran empujado, mientras el ministro leía el capítulo correspondiente! Tenía la cara blanca como la nieve y sus ojos despedían fuego. Nunca me sentí tan conmovida, ¡te lo aseguro! Casi esperaba verlo volar hacia ellos en ese mismo instante, pero emitió un sonido entrecortado y volvió a sentarse. Yo no sé si Theodora Dix lo vio o no, pero se mantuvo tan fría y lejana como si no le concerniera.

Theodora no había visto a Ludovic, pero si su apariencia era fría y lejana, por dentro se sentía profundamente confundida. No había podido evitar que Arnold Sherman fuera a la iglesia con ella, pero le parecía que las cosas habían ido demasiado lejos.

En Grafton, las personas de sexo opuesto no se sentaban juntas en la iglesia a menos que estuvieran a punto de comprometerse. ¿Y si esto sumía a Ludovic en la inercia de la desgracia en

vez de despertarlo? Durante todo el servicio se sintió terriblemente desgraciada y no escuchó una palabra del sermón.

Pero las espectaculares demostraciones de Ludovic no habían llegado a su fin. Los Speed tardaban en resolverse, pero una vez que lo hacían, nada los amedrentaba. Cuando Theodora y el señor Sherman salieron, Ludovic los aguardaba en la escalera. Su postura era firme y decidida. La mirada que le dirigió a su rival era de abierto desafío y la mano que se apoyó en el brazo de Theodora era toda una señal de posesión.

-¿Puedo acompañarla a su casa, señorita Dix? -dijo con un tono que significaba que lo haría a las buenas o a las malas.

Theodora, después de una rápida mirada al señor Sherman, se tomó del brazo de Ludovic, y éste marchó con ella en medio de un profundo silencio. Era su hora más gloriosa.

Al día siguiente Anne caminó desde Avonlea en busca de noticias. Theodora sonrió ampliamente.

-Sí, por fin ya está todo arreglado, Anne. Anoche al venir para casa, Ludovic me preguntó lisa y llanamente si quería casarme con él, domingo y todo como era. Lo haremos inmediatamente, pues Ludovic no quiere esperar ni una semana más de lo necesario.

-De modo que por fin Ludovic Speed tiene apuro por algo -dijo el señor Sherman cuando Anne le llevó las noticias a la Morada del Eco-. Y tú estás encantada, claro, y mi pobre orgullo debe ser la víctima. Siempre se me recordará en Grafton como al caballero de Boston que pretendió a Theodora Dix y le dieron calabazas.

-Pero como no es así... -lo consoló Anne.

Arnold Sherman pensó en la madura belleza de Theodora y en el tierno compañerismo que le revelara en su breve trato.

-No estoy tan seguro -dijo con un suspiro.

CAPÍTULO DOS

La anciana señora Lloyd

EL CAPÍTULO DE MAYO

Las malas lenguas de Spencervale decían que la vieja Lloyd era rica, tacaña, orgullosa, y siguiendo las reglas de la chismografía, cargaban las tintas.

La vieja Lloyd no era rica ni tacaña; en realidad era lastimosamente pobre, tanto que "Crooked" Jack Spencer, que le arreglaba el jardín y cortaba la leña, resultaba opulento a su lado, pues él, por lo menos, comía tres veces al día, y la vieja Lloyd apenas si a veces podía hacerlo una. Pero sí era muy orgullosa, tanto que prefería morir antes de permitir que los habitantes de Spencervale, entre quienes había reinado en su juventud, sospecharan cuán pobre estaba y qué apreturas pasaba. Era mejor que pensaran que era miserable y excéntrica; una vieja reina que permanecía recluida, que no iba a ninguna parte ni siquiera a la iglesia y que pagaba la contribución más baja de toda la congregación para sostener al pastor.

-¡Y eso que nada en la abundancia! -decían todos, indignados-. Con toda seguridad que la

tacañería no la ha heredado de sus padres. Ellos sí que eran generosos y sociables. No hubo caballero más fino que el anciano doctor Lloyd; siempre hacía el bien a todo el mundo, y tenía un modo de encarar las cosas que parecía que el favor se lo estaban haciendo a él. ¡Bah, bah!, déjenla sola con su dinero. Si no quiere nuestra compañía no tiene por qué sufrirla. Hay que reconocer que no es ni la mitad de feliz de cuanto podría ser, con todo su dinero y su orgullo.

Desgraciadamente era cierto. La vieja Lloyd no era del todo feliz. No es fácil serlo cuando espiritualmente se está sola y vacía, y materialmente lo único que nos ampara de la miseria es el poco dinero que producen unas gallinas.

La vieja vivía lejos en "la vieja casa de los Lloyds", como siempre se la llamó. Era una casa de singular belleza, de aleros bajos, grandes chimeneas y ventanas cuadradas, toda rodeada de abetos. Vivía allí completamente sola y a veces pasaba semanas sin ver a un ser humano, excepto a "Crooked" Jack. Qué hacía la vieja Lloyd y en qué empleaba el tiempo, era un acertijo que los de Spencervale no podían resolver. Los niños creían que se entretenía contando el oro que tenía escondido en un gran baúl negro debajo de su cama. Le tenían verdadero terror. Los de Spencer Road hasta decían que era una bruja y escapaban cuando veían a la distancia su erguida figura paseando por los bosques en busca de astillas para encender el hogar. Mary Moore era la única plenamente convencida de que no era una bruja.

-Las brujas siempre son feas -aseguraba-, y la vieja Lloyd, no lo es. Es realmente hermosa con ese suave cabello blanco, sus enormes ojos negros y su linda carita. Esos de Spencer Road no saben lo que dicen. Mamá dice que son una gentuza ignorante.

-Está bien -insistía Jimmy Kimball resueltamente-, pero nunca va a la iglesia y cuando recoge las leñitas refunfuña y habla sola.

La vieja Lloyd hablaba a solas porque tenía mucha necesidad de compañía y de conversación. Cuando uno no ha hablado más que consigo mismo durante veinte años, la casa termina volviéndose monótona, y a veces sucedía que la vieja hubiera sacrificado todo menos el orgullo con tal de un poco de compañía. En esos momentos se sentía triste y resentida contra el destino por habérselo quitado todo. No tenía a nadie a quien amar y ésta es la situación más penosa en que puede verse un ser humano.

En la primavera se hacía aún más doloroso. En una época, cuando la vieja Lloyd no era tal, sino la hermosa, voluntariosa y alegre Margaret Lloyd, había amado las primaveras. Ahora las odiaba porque le hacían daño, y precisamente las de mayo más que ninguna otra. Sentíase incapaz de sobrellevar tanto dolor. Todo la hería: el reverdecer de los abetos, las nieblas encantadas de la pequeña hondonada de las hayas bajo la casa, el olor a tierra fresca que desprendía su jardín cuando "Crooked" Jack lo trabajaba. Estuvo despierta toda una noche de luna llena, llorando por el dolor de su corazón. Hasta olvidó que su cuerpo estaba tan hambriento como su alma; y debía estarlo realmente pues había pasado la semana con sólo unas galletitas y agua para poder reunir el dinero con que pagarle a "Crooked" Jack el arreglo del jardín. Cuando la pálida luz del amanecer iluminó su cuarto, la vieja Lloyd escondió su rostro entre la almohada y se negó a contemplarla.

-Odio el nuevo día -dijo con rebeldía-. Será igual a todos los otros, triste y aburrido. No quiero levantarme y vivirlo. ¡Pensar en aquella época venturosa en que tendía alegre mis manos al nuevo día, como a un viejo amigo que me traía buenas nuevas! Entonces amaba las mañanas, nubladas o llenas de sol; eran tan deliciosas corno un libro aún no leído, y ahora las odio... las odio... ¡las odio!

Pero a pesar de todo, la vieja Lloyd se levantó pues sabía que "Crooked" Jack iría temprano a terminar el arreglo del jardín. Peinó cuidadosamente su hermosa mata de cabello cano

y se puso un vestido de seda roja con lunares dorados. Siempre usaba ropa de seda por motivos de economía. Era mucho más barato usar un traje de seda que había sido de su madre, que comprarse uno nuevo en la tienda. Tenía muchísimos, todos heredados de su madre y los llevaba mañana, tarde y noche. Los de Spencervale consideraban esto como una prueba evidente de su orgullo. En cuanto a la moda, decían que los llevaba así pues su tacañería no le permitía hacerlos arreglar. No suponían que la vieja Lloyd nunca se ponía uno sin penar al verlo tan anticuado, y que hasta los ojos de "Crooked" Jack lastimaban lo más hondo de su vanidad de mujer cuando los veía fijos en sus antiguos volados y sobrepolleras.

En virtud de ellos fue que la vieja Lloyd no saludó al nuevo día. Cuando salió a dar un paseo después de la comida, o mejor dicho después de su galletita del mediodía, la belleza del instante la dejó extasiada. ¡Era tan fresca, tan dulce, tan virginal! El bosque de abetos que rodeaba la casa estaba vibrante de seres primaverales que cruzaban entre luces y sombras. Parte de esta maravilla encontró el camino al corazón de la vieja Lloyd mientras caminaba, y cuando llegó al puentecillo sobre el arroyo bajo las hayas, casi se sentía otra vez gentil y enternecida. Había allí un enorme árbol que la vieja Lloyd amaba particularmente, por razones que ella conocía muy bien. Una haya muy alta y corpulenta con el tronco como una columna de mármol gris y un tupido ramaje que se extendía sobre el quieto remanso que el arroyo hacía a sus pies. En los días que brillaba la desvanecida gloria de la vieja Lloyd, aquel árbol era un tierno retoño.

La anciana oyó de pronto voces y risas infantiles; partían de lo alto de la cuesta que lindaba con la casa de William Spencer. El frente de las tierras de William Spencer daba al camino principal, en dirección completamente opuesta, pero las niñas cortaban por ese atajo para ir a la escuela.

La vieja Lloyd se ocultó apresuradamente detrás de un montecillo de abetos. No quería a las niñas de Spencer porque éstas siempre se asustaban al verla. Por entre las espesas ramas las vio acercarse alegremente cuesta abajo, las dos mayores de frente y las mellizas colgadas de las manos de una alta y delgada jovencita, la nueva maestra de música, con toda seguridad. El huevero le había contado que en lo de Spencer aguardaban la llegada de la maestra, que vivía allí, pero no le dijo cómo se llamaba.

Las miró curiosamente mientras se acercaban, y entonces, repentinamente, el corazón de la vieja Lloyd le dio un vuelco terrible y comenzó a latirle fuertemente mientras su respiración se apresuraba y todo su cuerpo temblaba. ¿Quién... *quién* podía ser esa jovencita? Bajo el sombrero de la nueva maestra escapaban espesas matas de cabello castaño del mismo tono y ondulación que las que la vieja Lloyd recordaba en otra persona muchos años atrás, y bajo unas cejas y pestañas negras brillaban los ojos color azul violáceo, unos ojos que la anciana conocía tan bien como los suyos propios. El bello rostro exquisitamente rosado de la joven maestra le recordaba otro que su pasado guardaba celosamente. Eran idénticos en todo, salvo en un aspecto. El del recuerdo era débil en medio de todo su encanto, y el de la muchacha poseía una fuerza y una determinación llena de dulzura y femineidad. Cuando pasó al lugar que servía de escondite a la vieja Lloyd, la joven rió ante la ocurrencia de una de las niñas, y la anciana, que conocía muy bien ese modo de reír, recordó haberlo oído antes bajo ese mismo árbol.

Espió al grupo hasta que desapareció sobre la boscosa colina más allá del puente, y luego regresó a su casa caminando como en medio de un sueño. "Crooked" Jack estaba trabajando empeñosamente en el jardín. Habitualmente, la dueña de casa no le dirigía la palabra, pues le fastidiaba su conocida debilidad por la chismografía, pero ese día fue hacia él directamente, con su alta figura vestida de seda roja y los blancos cabellos brillantes bajo el sol.

"Crooked" Jack la había visto salir, y pensó que la vieja Lloyd estaba perdiendo terreno.

Se la veía pálida y enfermiza, pero cuando se le acercó llegó a la conclusión de que estaba equivocado. Las mejillas de la anciana estaban rosadas y sus ojos chispeantes. En algún lugar de su paseo había dejado por lo menos diez años. "Crooked" se apoyó en su azada y decidió que no abundaban muchas mujeres con aspecto tan distinguido como el de la vieja Lloyd. ¡Lástima que fuera una vieja tan avara!

-Señor Spencer -preguntó la anciana cortésmente, pues siempre se mostraba muy cortés con sus inferiores cuando se dignaba dirigirles la palabra-, ¿puede usted decirme cómo se llama la nueva maestra de música que vive en casa de Spencer?

-Sylvia Gray -contestó "Crooked" Jack.

Volvió a saltarle el corazón a la vieja Lloyd, aunque esta vez esperaba la respuesta. Sabía que esa joven con el mismo cabello y con los mismos ojos que Leslie Gray no podía ser otra que su hija.

"Crooked" Jack volvió las manos al trabajo, pero su lengua se movía más ligero que su azada y la vieja Lloyd escuchó vorazmente. Por primera vez bendijo la garrulidad y chismografía de su jardinero. Bebía cada una de sus palabras.

"Crooked" había estado trabajando en casa de William Spencer la tarde en que llegó la nueva maestra y era de los que descubrían en un solo día todo lo digno de saberse sobre una persona. En cuanto se enteraba de las cosas era feliz contándolas. Es difícil discriminar quién gozó más aquella media hora, si él hablando o la vieja Lloyd escuchando.

Lo que dijo "Crooked" Jack puede resumirse así; los padres de la señorita Gray habían muerto cuando era ella una criaturita. La señorita Gray fue criada por una tía y era muy ambiciosa.

-Quiso tener *edicación* musical-terminó diciendo-, y por Belcebú que *lo consigió,* que no he *óido* nada igual a su voz. Nos cantó la noche que vino y yo *pinsé* que era un ángel. Me *atrivesó* como un rayo de luz. Las Spencer se volvieron locas con ella. *Tine* ya veinte *alunos* aquí, y en Grafton y en Avonlea.

Cuando le hubo sacado al jardinero todo lo que sabía, la vieja Lloyd entró, fue a sentarse junto a la ventana de su salita y se entregó a sus pensamientos. Temblaba de excitación de pies a cabeza.

¡La hija de Leslie! La anciana había tenido también su romance. Hacía muchos años -cuarenta- fue prometida de Leslie Gray, joven estudiante que había enseñado en la escuela de Spencervale por el término de un verano, el verano de oro en la vida de Margaret Lloyd. Leslie era un joven tímido y soñador con ambiciones literarias, que algún día le traerían riqueza y fama, según estaban firmemente convencidos él y Margaret.

Al terminar el verano discutieron amargamente por una tontería y Leslie se marchó enojado, no obstante lo cual le escribió. Pero Margaret Lloyd, aún dominada por su orgullo y resentimiento, le contestó duramente. No llegaron más cartas; Leslie Gray nunca volvió, y un día Margaret se encontró con que había apartado al amor de su vida para siempre. Supo que nunca volvería a pertenecerle, y dando la espalda a la juventud, emprendió el triste y solitario camino a la vejez en medio de un valle de sombras.

Años después se enteró del casamiento de Leslie. Luego tuvo noticias de su muerte, que le alcanzó antes de ver cumplidos sus sueños. Nunca más supo nada, nada hasta el instante en que vio pasar a la hija de él desde su escondite tras los abetos.

-¡Su hija! Y pudo haber sido mi hija -murmuró la vieja Lloyd-. ¡Oh, si pudiera conocerla y quererla... y quizás hasta ganar su cariño! Pero no puedo. No puedo mostrarle a la hija de Leslie Gray lo pobre que soy, cuán bajo he caído. No podría soportarlo. Y pensar que vive tan cerca de

mí, cuesta arriba sobre la colina. Por lo menos podré verla pasar todos los días. Pero ¡si sólo pudiera hacer algo por ella, darle un poquito de alegría! ¡Sería magnífico!

Esa noche, cuando la vieja Lloyd entró al cuarto de huéspedes, vio una luz que brillaba entre los árboles sobre la colina. Sabía que venía del cuarto de huéspedes de las Spencer. Era la luz de Sylvia. Se quedó detenida en la oscuridad hasta que desapareció mirándola con el corazón desbordante de dulzura. Imaginó a Sylvia moviéndose por la habitación, cepillándose y peinando su largo y brillante cabello; sacándose las chucherías y adornos juveniles, preparándose para dormir. Cuando se apagó la luz, la vieja Lloyd imaginó una diáfana figura que se arrodillaba para decir sus oraciones junto a la ventana, e hizo lo mismo y rezó sus propias oraciones en un acto de confraternidad. Repitió las mismas simples palabras de siempre, pero parecían inspiradas por un nuevo espíritu; y terminó con una nueva petición: "Haz que se me ocurra algo con que ayudarla, Padre..., alguna poquita, poquita cosa que pueda hacer por ella".

La anciana siempre había dormido en el mismo cuarto, el que miraba al Norte, frente a los abetos, y lo amaba, pero al día siguiente se mudó al cuarto de huéspedes sin ninguna pena. Ése sería su dormitorio en adelante; debía estar donde pudiera ver la luz de Sylvia. Puso su lecho en el lugar desde donde podía alcanzar a ver la estrella terrestre cuya luz repentinamente se había abierto camino entre las sombras de su corazón. Se sentía feliz. Hacía muchos años que no lo estaba, pero ahora un nuevo y extraño interés, que parecía un sueño, había despertado en su vida. Además, se le había ocurrido algo que podía hacer por Sylvia, una "poquita, poquita cosa" que le llevaría alegría.

Los habitantes de Spencervale siempre se quejaban de que en el pueblo no había mayas. Cuando las jovencitas querían procurárselas tenían que irse a buscarlas a Avonlea, a seis millas de distancia. La vieja Lloyd era la única que conocía la verdad. En uno de sus largos y solitarios vagabundeos había descubierto un pequeño claro detrás de los bosques, una colina arenosa sobre un techo arbolado perteneciente a un caballero que vivía en la ciudad. En primavera se mostraba cubierto de rosadas y blancas flores.

Allí se dirigió esa tarde la vieja Lloyd, a través de boscosas sendas y bajo espesas ramas de abetos, con la feliz apariencia de quien cumple un buen propósito. Una vez más la primavera volvía a parecerle amable y hermosa, pues el amor había entrado otra vez en su corazón y en su alma. Hambrienta, se saciaba con el divino manjar.

La vieja Lloyd encontró la colina arenosa cubierta de mayas. Llenó su canasta deleitándose al pensar en la alegría que tendría Sylvia. Al regresar a su casa escribió en un trozo de papel: "Para Sylvia". Aunque era probable que nadie en Spencervale pudiera reconocer su letra, la desfiguró, para mayor seguridad, escribiendo con rasgos redondos y grandes como los de los chicos. Llevó sus mayas al valle, las colocó en el hueco de las raíces de un viejo abeto y pinchó la breve nota en una ramita.

Luego la anciana se escondió detrás de un grupo de árboles. Intencionalmente se había vestido con el traje de seda verde. No tuvo que esperar mucho. Pronto vio a Sylvia Gray que bajaba la cuesta con Mattie Spencer y que al llegar al puente reparó en las mayas. Se le escapó un grito de placer, aunque al descubrir su nombre escrito hizo un gesto de desconfianza. La vieja Lloyd, que espiaba entre los árboles, no podía resistir la risa al ver el giro que tomaba su pequeño plan.

-¡Para mí! -exclamó Sylvia alzando las flores-. ¿Serán *realmente* para mí, Mattie? ¿Quién pudo haberlas dejado aquí?

Mattie se rió tontamente.

-Debe de haber sido Chris Stewart -dijo-. Sé que anoche fue a Avonlea. Y mamá dice que

se fijó mucho en ti: lo sabe por la manera como te miraba la otra noche cuando cantabas. Sería muy propio de él hacer una cosa así de rara. Es tan tímido con las muchachas...

Sylvia frunció el ceño. No le gustaban las palabras de Mattie, pero las mayas sí, y no le desagradaba Chris Stewart, que le había parecido un agradable y modesto muchacho de campo. Alzó las flores y escondió el rostro entre ellas.

-De cualquier modo, le quedo muy agradecida a él o a quien me las haya mandado. No hay nada que adore más que las mayas. ¡Oh, qué dulces son!

Cuando se fueron, la vieja Lloyd salió del escondite emocionada por su triunfo. No la afectaba que Sylvia creyera que Chris Stewart le había dejado las flores. En realidad era lo mejor que podía pasar, ya que ni siquiera podría imaginarse quién era el verdadero remitente. Lo principal era que Sylvia había gozado con el obsequio. Esto satisfizo completamente a la anciana, que regresó a su solitario hogar con el corazón alegre.

Pronto fue comidilla de todo Spencervale el que Chris Stewart había dejado mayas en el hueco de un abeto para una joven maestra de música. El mismo Chris lo negó, pero nadie quiso creerle. En primer lugar en Spencervale no había mayas; en segundo, ese mismo día Chris había ido a Carmody a llevar leche a la fábrica de manteca, y las mayas crecían en Carmody; y en tercer lugar, los Stewart siempre habían sido muy románticos. ¿No eran bastante evidentes las circunstancias?

En cuanto a Sylvia, no le molestaba en lo más mínimo la juvenil admiración que le profesaba Chris y su manera tan delicada de expresarla. Le pareció, además, muy considerado de su parte que no la volviera a molestar con otras insinuaciones; mientras tanto, ella disfrutaba sus mayas.

La vieja Lloyd escuchó toda la historia de labios del huevero, con la risa que le bailaba en los ojos. El hombre se fue, diciendo que nunca había visto a la anciana tan vivaz como en esa primavera y que parecía realmente interesada en las andanzas de la juventud.

La vieja Lloyd mantuvo su secreto y rejuveneció con él. Volvió a la colina de las mayas, mientras éstas duraron, y continuó escondiéndose tras los abetos para ver pasar a Sylvia Gray. Cada día la quería más y sufría por no poder entrar en contacto con ella. Toda su ternura reprimida se volcó sobre esa criatura, que ignoraba hasta su existencia. Estaba orgullosa de la gracia y hermosura de Sylvia, de su dulzura al hablar y de su risa. Empezó a querer a los niños de Spencer porque éstos adoraban a su maestra; envidiaba a la señora Spencer por los cuidados que prodigaba a Sylvia; y hasta el huevero se convirtió en una persona muy grata, pues traía noticias de ella, de su popularidad, de sus éxitos profesionales, del amor y la admiración que ganaba dondequiera que iba.

La vieja Lloyd nunca soñó con presentarse a Sylvia. En su situación, no podía ni permitirse soñarlo. Hubiera sido muy lindo conocer a la joven, recibirla en su vieja casa, conversar con ella, entrar en su vida. Pero no podía ser. El orgullo de la anciana era aún más fuerte que el cariño. Era algo que no podía sacrificar y que nunca, así lo creía, sacrificaría.

II. EL CAPÍTULO DE JUNIO

En junio no había mayas, pero el jardín de la vieja Lloyd estaba cubierto de capullos, y cada mañana Sylvia encontraba su ramo junto a la haya; perfumados narcisos blancos, tulipanes encarnados, hermosos ramos de dicentros, rositas rosadas y blancas. La anciana no temía que la

descubrieran, pues las flores de su jardín crecían en todos los otros jardines de Spencervale, inclusive en el de los Spencer. Cuando se le hacían bromas a Chris Stewart respecto a la maestra de música, éste se limitaba a sonreír. Chris sabía perfectamente quién enviaba las flores, pues cuando comenzó el asunto de las mayas, había puesto todo su empeño en averiguarlo. Pero mientras fuera evidente que la vieja Lloyd no quería que se supiera, él no diría nada a nadie. El muchacho quería a la vieja Lloyd desde un día, hacía ya diez años, en que ella lo encontró cuando lloraba en medio del bosque por un pie lastimado. Lo había llevado a su casa, le había vendado el pie y dado una moneda para que se comprara caramelos en la tienda. Cris nunca supo que esa noche la anciana tuvo que pasar sin su sopa por este último motivo.

Nunca le había parecido junio más hermoso a la vieja Lloyd. Ya no odiaba el nuevo día; por el contrario, le daba la bienvenida.

-Mis días no son ya monótonos -se decía jubilosamente, pues cada uno de ellos le llevaba la visión de Sylvia. Aun en los días lluviosos la vieja Lloyd vencía el reumatismo y marchaba a su escondite para ver pasar a la joven. Los únicos días en que no podía verla eran los domingos y nunca le parecieron éstos más largos que los de aquel mes de junio.

Un día, el huevero le llevó grandes noticias.

-Mañana la maestra de música va a cantar mientras hagan las colectas en la iglesia -le dijo.

El interés brilló en los negros ojos de la anciana.

-No sabía que la señorita Gray fuera miembro del coro

-comentó.

-Desde hace dos domingos. Ahora sí que vale la pena oírlo. La iglesia va a estar llena mañana. Usted tendría que venir, señorita Lloyd.

El huevero dijo esto último como una bravata, para demostrar que a él no le asustaba la vieja Lloyd, con todos sus grandes aires. Como ella no contestara, pensó que la había ofendido y se fue deseando no haberlo dicho. Pero lo dicho dicho estaba, y en esos momentos la vieja Lloyd olvidó a todos los hueveros de la Tierra para concentrarse en una sola cosa. Todos sus pensamientos, sentimientos y ansias se vieron envueltos en la vorágine de un solo deseo: oír cantar a Sylvia Gray. Se dirigió a su casa en medio de un torbellino y trató de concretar su deseo. No pudo hacerlo, el orgullo le dijo: "Tendrás que ir a la iglesia a oírla. Piensa en lo que parecerás ante todos ellos".

Pero por primera vez en su vida, una voz más fuerte que el orgullo habló a su corazón y por primera vez la vieja Lloyd la escuchó. Había dejado de ir a la iglesia desde que tuvo que empezar a usar los vestidos de seda de su madre. Ella misma comprendía que obraba muy mal y siempre trató de guardar los domingos efectuando un servicio por su propia cuenta, de mañana y de tarde. Cantaba tres himnos, rezaba en alta voz y leía un sermón. Pero nunca pudo resolverse a volver a la iglesia con ropas tan antiguas, ella, que en una época había impuesto las modas en Spencervale. Con el tiempo cada vez le fue pareciendo más imposible, volver a ir. Pero el imposible había llegado, no sólo posible, sino insistentemente. Tenía que ir a la iglesia a oír cantar a Sylvia no importa lo ridícula que pareciera, no importa cuánto hablara la gente y se riera de ella.

Las fieles de Spencervale asistieron al acontecimiento, en la tarde siguiente. En el instante en que comenzaba el servicio, la vieja Lloyd avanzó hacia el banco de los Lloyd, tanto tiempo desocupado, frente al púlpito.

La anciana tenía el alma acongojada. Recordó la imagen que había visto en su espejo momentos antes de salir: un traje de seda negro a la moda de treinta años atrás y un excéntrico

bonete en raso del mismo color. Pensó cuán absurda debía parecer a los ojos de toda esa gente.

A decir verdad, no era cierto. Muchas mujeres habrían parecido absurdas, pero la figura y distinción de la vieja Lloyd se imponían a sus vestiduras.

La anciana no lo sabía, pero en cambio sí sabía que en el banco junto al suyo había tomado asiento la señora Kimball, la mujer del tendero, vestida según los últimos dictados de la moda. Ambas tenían la misma edad y había habido épocas en que la señora Kimball se había contentado con imitar a Margaret Lloyd, humildemente y a la distancia. Pero el tendero se había casado con ella y las cosas cambiaron. Y allí estaba sentada la pobre vieja Lloyd, sintiendo lo amargo del cambio y empezando a desear no haber ido a la iglesia.

Luego, el Ángel del Amor apartó esos tontos pensamientos, hijos de la vanidad y del orgullo, y ellos se disolvieron como si nunca hubieran existido. Sylvia Gray entró al coro y se ubicó donde el sol del atardecer podía aún iluminar sus hermosos cabellos. La vieja Lloyd la miró y sintió satisfechos sus anhelos. El servicio fue para ella una bendición. ¿No es bendita acaso toda manifestación de amor, humano o divino?

Nunca había podido contemplar tan bien a Sylvia. Todas sus miradas anteriores habían sido robadas y fugaces; en ese momento, para alegría de su hambriento corazón, se detuvo en todos los detalles: la manera en que caía el sedoso cabello negro de Sylvia sobre sus hombros; el rápido movimiento de sus largas pestañas cuando unos ojos se fijaban en ella demasiado curiosamente; las hermosas y bien modeladas manos; las manos de Leslie Gray, sosteniendo el libro de himnos. Vestía muy sencillamente con una falda negra y una blusa blanca, pero ninguna de las otras jóvenes del coro, con todos sus lujos, podía igualársele, como le dijo el huevero a su esposa, al regresar de la iglesia a su casa.

La vieja Lloyd escuchó los primeros himnos con ansioso placer. La voz de Sylvia dominaba todas las demás, pero en el momento en que las encargadas se pusieron de pie y comenzaron a hacer la colecta, corrió entre toda la congregación una corriente de excitación. Sylvia fue a colocarse al lado del órgano junto a Janet Moore. En seguida su hermosa voz colmó el edificio como el alma misma de la melodía, firme, clara, poderosa, dulce. Nunca nadie en Spencervale había escuchado una voz semejante con excepción de la vieja Lloyd, que en su juventud había oído lo bastante para ser ahora buen juez. Inmediatamente se dio cuenta de que esa amada jovencita tenía un precioso don, un don que algún día le traería fama y fortuna si favorecía su desarrollo con estudio y aplicación.

¡Oh, cuán feliz me siento de haber venido! -pensó la anciana.

Cuando el solo terminó, la conciencia obligó a la vieja Lloyd a apartar su vista y sus pensamientos de Sylvia y a fijarlas en el ministro, quien desde que comenzara el servicio, se estaba adulando con la idea de que la vieja Lloyd había concurrido a la iglesia atraída por la fama de su prédica. Era un joven inteligente y preparado, que estaba al frente de la congregación de Spencervale desde hacía pocos meses.

Al terminar el servicio todos los vecinos de la anciana se acercaron a saludarla con sonrisa amable y cálido apretón de manos. Pensaron que estaban obligados a hacerlo ya que ella había dado el primer paso. A la anciana le agradó la cordialidad de la gente y no menos le agradó el descubrir en ellos el mismo respeto y la deferencia que inconscientemente despertó siempre en todos los que se acercaban a ella en los viejos tiempos. Se sorprendió al descubrir que podía imponerse a pesar de su vestido fuera de moda y de su antiguo sombrero.

Janet Moore y Sylvia Gray regresaron juntas a su casa.

-¿Viste a la vieja Lloyd? -preguntó Janet-. Cuando la vi entrar me quedé pasmada. Nunca estuvo antes en la iglesia. ¡Qué figura tan extraña tiene! Es muy rica, pero siempre lleva los

antiguos vestidos de su madre y nunca usa nada nuevo. Algunos creen que es tacaña, pero yo más bien pienso que hace eso de excéntrica.

-En cuanto la miré supe que era la vieja Lloyd, aunque nunca la había visto antes -dijo Sylvia soñadoramente-. Hace mucho que deseo conocerla.

-No me parece probable que lo consigas -dijo Janet negligentemente-. No le gusta la gente joven y nunca va a ninguna parte. Creo que a mí no me gustaría tratarla. Le tendría miedo; tiene unos modales tan imponentes y unos ojos tan extraños y penetrantes...

Lloyd tenía que andar mucho para conseguirlas. Algunas noches le dolían los huesos, pero, ¿qué le importaba? El dolor de los huesos es más soportable que el dolor del alma. El alma de la anciana había dejado de sufrir por primera vez en muchos años. El maná del cielo caía para ella.

Una tarde "Crooked" Jack fue a reparar algo que andaba mal en el pozo de agua de la vieja Lloyd. La anciana daba vueltas afablemente a su alrededor pues sabía que había estado trabajando toda la jornada en casa de Spencer y debía traer montones de informaciones sobre Sylvia.

-Esta tarde la maestra de música parecía muy triste -afirmó el jardinero después de poner a prueba la paciencia de la vieja Lloyd con una larga perorata sobre la nueva bomba de William Spencer y la nueva máquina de lavar de la señora Spencer y el nuevo novio de Amelia Spencer.

-¿Por qué? -preguntó la anciana mientras se ponía pálida-. ¿Le ha ocurrido algo a Sylvia?

-La han invitado a una gran fiesta que da el hermano de la señora Moore, que vive en la ciudad, y no tiene vestido con que salir. Son gente muy importante y todas van a ir muy elegantes. Todo esto me lo contó la señora Spencer. Dice que la señorita Gray no puede comprarse un vestido porque tiene que pagar las cuentas del médico de su tía y que seguramente estará muy triste por no poder ir a la fiesta, aunque no lo demuestra. Pero la señora Spencer dice que la oyó llorar anoche en su cuarto después que se acostó.

La vieja Lloyd se volvió y entró rápidamente en su casa. Era terrible. Sylvia tenía que ir a esa fiesta, *tenía* que ir. ¿Cómo arreglarlo todo? Por el cerebro de la anciana pasaron pensamientos descabellados sobre los vestidos de seda de su madre. Pero ninguno de ellos servía, aunque hubiera

-Yo no le tendría miedo -se dijo Sylvia Gray al doblar la cuesta de las Spencer-. Pero no creo que nunca llegue a trabar conocimiento con ella. Si supiera quién soy, supongo que no me querría. Estoy segura de que ni sospecha que soy hija de Leslie Gray.

El ministro, pensando que había que golpear mientras el hierro estuviera caliente, visitó a la anciana Lloyd la tarde siguiente. Fue temblando, lleno de temor, pues había oído muchas cosas sobre ella, pero ésta se mostró tan agradable y atenta que al regresar a su casa le dijo a su esposa que la gente de Spencervale no comprendía a la vieja Lloyd. Esto era verdad, pero no era menos cierto que él tampoco la comprendía.

Cometió un gran error de interpretación, pero no se enteraría mientras la anciana no quisiera hacerle un desaire. Al irse le dijo:

-Espero verla el domingo en la iglesia, señorita Lloyd. -Con toda seguridad -dijo la anciana enfáticamente.

III. EL CAPÍTULO DE JULIO

El primer día de julio Sylvia encontró en el abeto de costumbre una canastilla llena de

fresas. Eran las primeras de la estación y la vieja Lloyd las había hallado en uno de sus lugares secretos. Hubiera sido un manjar muy apetecible en la escasa lista de platos de la propia anciana, pero ni pensó en comerlas. Disfrutaba mucho más pensando que Sylvia las gustaría a la hora del té. Después, las frutillas alternaron con las flores mientras crecieron y luego tocó el turno a las frambuesas. Éstas crecían muy lejos y la vieja habido tiempo para arreglarlo. Nunca la vieja Lloyd se sintió tan herida por su pobreza.

-Tengo sólo dos dólares en casa y tienen que durarme hasta que vuelva el huevero. ¿Qué puedo vender, *aquí?* ¡Ya está!: ¡el cántaro de las uvas!

Hasta ese entonces la anciana hubiera preferido mil veces vender su cabeza que el cántaro. Éste tenía ya doscientos años y siempre había pertenecido a la familia Lloyd. Era grande y panzudo, decorado con uvas rosas y doradas y con una poesía impresa en uno de los lados. Se lo habían regalado a la tatarabuela de la vieja Lloyd como presente de bodas. Desde que la anciana recordaba, había ocupado el mismo lugar en el estante superior de la alacena de la sala. Demasiado precioso aun para ser usado.

Dos años atrás, una coleccionista de porcelanas antiguas que llegó a Spencervale, al enterarse de la joya que poseía la vieja Lloyd, invadió literalmente su casa y quiso comprárselo. Nunca, hasta el fin de sus días, olvidaría el recibimiento que le hiciera la vieja Lloyd, pero en un momento de iluminación le había dejado su tarjeta diciendo que si alguna vez la anciana cambiaba de manera de pensar, ella estaría dispuesta a comprárselo. Los coleccionistas tienen que hacer a un lado con humildad los desaires, y ésta en particular nunca había visto nada que despertara más su codicia que el cántaro de las uvas.

La vieja Lloyd había roto la tarjeta en pedazos pero recordaba el nombre *y* la dirección. Fue hacia la alacena *y* bajó el precioso tesoro.

-Nunca pensé en separarme de él -dijo tristemente -. Pero Sylvia debe tener su vestido y no hay otro camino. Y, después de todo, cuando yo muera iría a parar a manos de extraños. Mejor que sea ahora. Tendré que ir mañana mismo a la ciudad pues no hay tiempo que perder. La fiesta es el viernes por la noche. No voy desde hace diez años y me asusta pensar que debo hacerlo ahora que he de separarme del jarrón ¡Todo sea por el bien de Sylvia!

Todo Spencervale supo al día siguiente que la vieja Lloyd había ido a la ciudad llevando con todo cuidado una caja. Se preguntaban adónde iría. La mayoría afirmaba que ante la noticia de dos robos en Carmody se había asustado y llevaba su dinero a guardar al banco en vez de tenerlo en la gran caja negra.

La anciana encontró la casa de la coleccionista. Iba temblando al pensar que pudiera haber muerto o cambiado de residencia, pero aquélla se encontraba allí, bien viva y tan ansiosa de comprar la porcelana como siempre. La vieja Lloyd, pálida y herida en lo más profundo de su orgullo, vendió la pieza y salió pensando que su tatarabuela debió de haberse dado vuelta en su tumba en el instante de la transacción. Se sentía traidora a la tradición.

Hizo a un lado su aflicción y se dirigió a una gran tienda donde, conducida por la Divina Providencia, que siempre guía a las almas simples en sus peligrosas incursiones por el mundo, encontró a un joven empleado que supo exactamente lo que ella iba a buscar y se lo mostró al instante. La anciana compró un vaporoso traje de muselina, guantes y zapatos que hacían juego y ordenó que lo remitieran inmediatamente a la señorita Sylvia Gray, a cargo de William Spencer, Spencervale.

Todo lo que le pagaron por el cántaro lo gastó allí, menos un dólar y medio que reservó para el pasaje del ferrocarril. Pagó con aire indiferente y salió. Mientras caminaba erguidamente por el pasillo de la tienda, se cruzó con un pulido y próspero caballero que entraba en ese

momento. Él se ruborizó intensamente cuando sus ojos se encontraron con la anciana, y sacándose el sombrero se inclinó confuso, pero la vieja Lloyd no dio el menor signo de reconocerlo y siguió su camino como si él no hubiera estado allí. El caballero dio un paso detrás de ella y luego se volvió y continuó andando con una ligera sonrisa en los labios y un encogimiento de hombros.

Nadie hubiera imaginado cuán lleno de rencor y aborrecimiento estaba el corazón de la anciana. De haber pensado que podía encontrarse con Andrew Cameron nada la hubiera hecho ir a la ciudad, ni siquiera la felicidad de Sylvia. Su sola vista había abierto una antigua y dolorosa herida de su alma, pero recordando a Sylvia esbozó una sonrisa de triunfo y decidió que había obrado del modo más correcto. *Ella,* después de todo, no se había ruborizado ni perdido su presencia de ánimo.

"No hay duda de que a *él* le ocurrió eso", pensó victoriosamente.

Le placía que ante ella Andrew Cameron se hubiera visto despojado del frente de dureza que presentaba al mundo. Era su primo y la única persona viviente que la vieja Lloyd odiaba; y lo odiaba y despreciaba con toda la fuerza de su ardiente naturaleza. Ella y los suyos habían sido muy agraviados por él, y la vieja Lloyd prefería morir a tener el mínimo contacto con él.

Resolvió apartarlo de sus pensamientos. Era un sacrilegio pensar en él y en Sylvia a un tiempo. Esa noche, al apoyar la cabeza en la almohada se sintió tan feliz que hasta pensar en el lugar que el cántaro había dejado vacío en la alacena de la sala, sólo la lastimó levemente.

"Es tan dulce sacrificarse por quien uno ama..., es tan dulce *tener* por quien sacrificarse", reflexionó.

Pero los deseos nunca son completamente satisfechos. La vieja Lloyd se creía muy feliz hasta el viernes por la noche, en que se consumió por ver a Sylvia vestida con el traje de fiesta. No le bastaba imaginarla con él, quería *verla.*

-*Y la veré-dijo* resueltamente mirando por la ventana hacia la luz que venía del cuarto de la muchacha entre los abetos. Se envolvió con un mantón de color oscuro y se escurrió afuera. Corría por el camino. Era una hermosa noche de luna y una brisa fragante que traía el aroma de los campos de trébol lo envolvía todo.

-Querría tomar tu perfume, tu misma alma, y ponerla en su vida -le dijo al viento la anciana.

Sylvia Gray estaba de pie en medio de su habitación lista para salir. La señora Spencer, Amelia y los demás Niños de la familia la rodeaban y la admiraban. Tenía también otro espectador. Fuera, bajo la enredadera, estaba parada la vieja Lloyd. Podía ver muy bien a Sylvia con su vestido vaporoso y en su cabello las rosas rosadas que le dejara ese día en el lugar de costumbre. Pero las rosas parecían pálidas junto a sus mejillas sonrosadas, y sus ojos lucían como estrellas. Amelia Spencer alargó el brazo para acomodar una rosa que se había salido algo de su lugar y la anciana la envidió ferozmente.

-Si te hubieran hecho a medida este vestido no te quedaría mejor -aseguró la señora Spencer-. ¿No es hermoso, Amelia? ¿Quién *pudo* haberlo mandado?

-Estoy segura de que la señora Moore es el hada madrina -dijo Sylvia-. Es la única que ha podido hacerlo. Es tan buena... Ella sabía que yo tenía muchas ganas de ir a esa fiesta con Janet. Me gustaría que tía pudiera verme ahora. Sylvia suspiró a pesar de su alegría-. No hay nadie más a quien pueda interesarle.

¡Ah, Sylvia, qué equivocada estabas! Había alguien más, alguien a quien le interesabas mucho; una anciana que te devoraba con los ojos a través de la ventana, detenida bajo la enredadera de lilas y que repentinamente se volvió y escapó a través de la huerta iluminada por la

luna, como una sombra, llevándose a su casa tu hermosa visión plena de belleza y juventud, para que la acompañara en su vigilia de esa noche de verano.

IV. EL CAPÍTULO DE AGOSTO

Un día, la esposa del ministro se lanzó a una empresa que los habitantes de Spencervale siempre habían temido emprender: se dirigió resueltamente a la casa de la vieja Lloyd, pidiéndole si quería ingresar al Círculo de Costura que se reunía cada quince días los sábados por la tarde.

-Estamos trabajando en un equipo que enviaremos a nuestra misión de la Isla de Trinidad -dijo la esposa del ministro-y nos agradaría mucho que usted nos acompañara, señorita Lloyd.

La vieja Lloyd estuvo a punto de rehusar arrogantemente. No era que tuviera nada contra las misiones o contra los círculos de costura, todo lo contrario, pero sabía que cada miembro del círculo tenía que contribuir con diez centavos por semana para comprar materiales de costura, y la pobre vieja Lloyd realmente no veía cómo iba a poder pagarlos. Pero antes de abrir los labios para negarse, un pensamiento la detuvo.

-Supongo que algunas de nuestras jóvenes concurrirán -dijo astutamente.

-Van todas -dijo la esposa del ministro-. Janet Moore y Sylvia Gray son las más entusiastas. La señorita Gray es muy amable al brindarnos el sábado por la tarde, que es su único momento libre entre tantas lecciones. Pero realmente tiene una disposición maravillosa.

-Me incorporaré al Círculo -dijo la vieja Lloyd resueltamente. Estaba decidida a hacerlo, aunque tuviese que vivir con sólo dos comidas al día para compensar el gasto.

El sábado siguiente se dirigió a casa de James Martín, donde funcionaba el Círculo de Costura y bordó verdaderas maravillas. Era tan experta en esas labores, que no necesitaba pensar en lo que estaba haciendo, lo que era una suerte. Así todos sus pensamientos podían concentrarse en Sylvia, que estaba sentada en el otro extremo junto a Janet Moore, con sus graciosas manos ocupadas en confeccionar una blusita para niño. Nadie pensó en presentar a Sylvia a la vieja Lloyd y ésta estaba contenta por ello. Bordaba primorosamente con los oídos pendientes de la charla de las dos jóvenes que llegaba desde el rincón de enfrente. Una cosa oyó bien clara: el cumpleaños de Sylvia era el 20 de agosto. La anciana se sintió consumida por la fiebre de regalarle algo. Estuvo despierta la mayor parte de la noche dándole vueltas y vueltas al asunto y sacó la amarga conclusión de que estaba completamente fuera de sus medios. Siguió preocupándose más y más y llegó a la siguiente reunión del Círculo convertida en un fantasma.

Allí se encontró con la señora Moore, quien se mostró encantadoramente amable con ella e insistió en que tomara asiento en la mecedora de la sala. La anciana hubiera preferido ubicarse en el comedor con las jóvenes, pero la cortesía la obligó a aceptar. La mecedora estaba justo al lacio de la puerta de la sala y repentinamente Janet Moore y Sylvia Gray fueron a sentarse afuera, en los escalones de la galería, donde soplaba una suave brisa.

Las jóvenes hablaban de sus poetas favoritos. Según parecía, Janet adoraba a Byron y a Scott y Sylvia se inclinaba por Tennyson y Browning.

-¿Sabes que mi padre era poeta? -dijo Sylvia suavemente-. Una vez publicó un libro de versos y yo, Janet, nunca llegué a ver un ejemplar. ¡Oh, Janet, cómo me hubiera gustado tenerlo! Fue publicado cuando él iba a la Escuela Superior, en tirada muy reducida, para los amigos. Nunca publicó nada más, ¡pobre papá! Creo que era un desengañado de la vida. Anhelo tanto ver ese pequeño volumen de versos... No tengo ni siquiera un borrador suyo. Si lo tuviera me

parecería poseer un pedazo de su alma, de su corazón, de su vida interior. Él sería para mí algo más que un nombre.

-¿Pero no tenía ni una copia? ¿Tu madre tampoco? -preguntó Janet.

-Mamá no. Tú sabes que murió al nacer yo, y tía dice que entre los libros de mamá no había ninguna copia de los poemas de papá. A mamá no le interesaba la poesía, y a mi tía tampoco. Después de morir mamá, papá se fue a Europa y murió allí al año siguiente. Nunca nos remitieron nada de él. Antes de partir había vendido casi todos sus libros y le había dado a tía sus favoritos para que los guardara para mí. *Su* libro no estaba entre ellos. Supongo que nunca hallaré una copia, pero sería tan feliz si la encontrara...

Cuando la vieja Lloyd llegó a su casa sacó de la gaveta superior de su escritorio una caja de sándalo. Contenía un pequeño volumen envuelto en papel de seda, el tesoro más preciado de la anciana. En la primera hoja se leía: "A Margaret, con el amor del autor".

La anciana volvió las amarillentas hojas con dedos temblorosos, y con lágrimas en los ojos leyó los versos que su corazón conocía desde hacía años. Estaba resuelta a regalarle el libro a Sylvia para su cumpleaños. Sería uno de los regalos más preciosos que se ofrendaran jamás en el mundo, si el valor de éstos se mide por el sacrificio que involucran. Ese librito encerraba un amor inmortal, antiguas alegrías, antiguas lágrimas, antigua belleza que había florecido como un capullo de rosa años atrás, y que aún conservaba su fragancia como los pétalos de rosa presos en los libros.

La vieja Lloyd arrancó la indiscreta primera hoja y la noche antes del cumpleaños de Sylvia, amparada en la oscuridad, se escurrió como una sombra a través de los campos rumbo al lugar donde funcionaba el correo de Spencervale. Deslizó el delgado paquete a través de la ranura de la puerta y regresó a su casa con una extraña sensación de pérdida y de soledad. Sentía como si hubiera roto el último vínculo con su juventud. Pero no lo lamentaba. Ese libro llevaría felicidad a Sylvia y este propósito hablase convertido en la pasión que dominaba el corazón de la vieja Lloyd.

La luz del cuarto de Sylvia estuvo encendida hasta muy tarde la noche siguiente, y la anciana la espiaba triunfante, pues conocía la razón. La joven estaba leyendo los poemas de su padre y la vieja Lloyd los repetía en la oscuridad de su cuarto murmurando las frases una y otra vez. Después de todo, haber dado el libro no significaba tanto, pues ella seguía poseyendo su alma y la primera hoja con el nombre con que nadie la llamaba ya, escrito por Leslie.

En la siguiente reunión del Círculo la vieja Lloyd estaba sentada en el sofá, cuando Sylvia llegó y se ubicó a su lado. Las manos de la anciana temblaron un poco y el bordado de una de las esquinas del pañuelo que en la próxima Navidad sería entregado como obsequio a algún nativo de Trinidad, fue ligeramente diferente de los demás.

Sylvia empezó a hablar del Círculo y de las dalias de la señora Marshall, y la vieja Lloyd se sentía en el séptimo cielo, y trataba por todos los medios de disimularlo, mostrándose más majestuosa y refinada que de costumbre. Cuando le preguntó a la muchacha si le gustaba vivir en Spencervale, ésta respondió:

-Mucho. Todos son tan buenos conmigo. Además -Sylvia bajó el tono de su voz de modo que nadie más que la anciana pudiera oírla-, tengo un hada madrina que hace

J por mí las cosas más hermosas y maravillosas.

Sylvia, que era una joven de buenos sentimientos, no miró a su compañera mientras hablaba, pero si lo hubiera hecho no habría visto nada. No en vano la anciana era una Lloyd.

-¡Qué interesante! -dijo con indiferencia.

-¿No es cierto que sí? Le estoy tan agradecida que daría cualquier cosa por hacerle saber

cuánta felicidad me ha traído. Todo el verano encontré flores y frutas en mi sendero y estoy segura de que ella me envió el vestido para la fiesta. Pero el regalo más querido me lo hizo el día de mi cumpleaños: un pequeño volumen de poemas que escribió mi padre. No puedo expresar cómo me sentí al recibirlo. Pero tengo la esperanza de que algún día me encontraré con mi hada madrina y se lo agradeceré.

_-Qué misterio más fascinante, ¿no es cierto? ¿No tiene usted idea de quién puede ser?

La vieja Lloyd hizo su peligrosa pregunta con marcado aire de triunfo. No se hubiera mostrado tan segura de no haber tenido el convencimiento de que Sylvia ignoraba su viejo romance con Leslie Gray. Creía firmemente que ella era la última persona en el mundo de quien Sylvia pudiera sospechar.

La joven dudó por un instante. Luego dijo:

-No he tratado de descubrirlo. Creo que ella no querría que lo supiera. Al principio, cuando encontraba flores y frutas, traté de aclarar el misterio, pero desde que recibí el libro me he convencido de que todo es obra de mi hada madrina y respeto su deseo de ocultarse, y siempre lo haré. Quizás algún día ella misma se presentará a mí. Lo espero de todo corazón.

-No creo que eso ocurra -dijo la vieja Lloyd con tono desolador-. Las hadas madrinas, por lo menos las de todos los cuentos de hadas que yo he leído, son siempre seres excéntricos, retorcidos, mucho más agradables cuando actúan en el misterio que cuando se presentan cara a cara.

-Estoy convencida de que la mía es todo lo contrario y que cuanto más la conozca más encantadora me resultaría -dijo Sylvia alegremente.

En ese punto la señora Marshall interrumpió la conversación para rogar a la joven que les cantara algo. Sylvia accedió dulcemente y se separó de la anciana, que se alegró por eso. Disfrutó mucho más su conversación con Sylvia al recordarla luego en su casa, que en el momento en que tuvo lugar. Cuando una vieja Lloyd tiene la conciencia culpable, es capaz de distraer sus pensamientos de un placer inmediato. Se preguntó algo inquieta si Sylvia no sospecharía de ella, pero inmediatamente hizo a un lado el problema. ¿Quién podía sospechar que una viaja avara e insociable, que no tenía amigas y que daba sólo cinco centavos al Círculo de costura cuando las demás contribuían con diez o quince, podía ser una generosa hada madrina que regalaba hermosos vestidos de fiesta y que guardaba románticos recuerdos de un joven poeta?

V. EL CAPÍTULO DE SEPTIEMBRE

En septiembre la vieja Lloyd sintió que el verano había transcurrido sumamente feliz, con los sábados y las reuniones del Círculo de Costura que brillaban como botones de oro en la trama de su vida. Se sentía una mujer nueva y no era la única en pensar que había cambiado. Las concurrentes al Círculo de Costura la encontraron tan amable y amistosa que empezaron a pensar que la habían juzgado erróneamente y que lo que determinaba el extraño modo de vivir de la vieja era sólo la excentricidad y no la tacañería. Sylvia Gray siempre se sentaba a su lado y la anciana guardaba como un tesoro cada una de las palabras que decía la joven, para repetírselas una y mil veces en sus largas noches de insomnio.

Sylvia nunca hablaba de sí misma o de sus planes a menos que se lo preguntaran, y la anciana tenía reparo de hacer preguntas demasiado personales, por lo que sus conversaciones eran sobre temas circunstanciales. Por esta razón se enteró de la más profunda ambición de Sylvia Gray de boca de la esposa del ministro.

Esa dama llegó a la casa de la Lloyd una tarde en que soplaba un frío viento del nordeste y gemía por los aleros con un estribillo que parecía anunciar: "llega el otoño, se va el verano". La vieja Lloyd lo escuchaba mientras trenzaba una canastilla de paja para Sylvia. El día anterior había tenido que caminar hasta las arenosas colinas de Avonlea para conseguir con qué hacerla y se sentía muy cansada. Su corazón estaba triste. Ese verano que tanto había enriquecido su vida se acababa y sabía que Sylvia Gray pensaba abandonar Spencervale a fines de octubre. El corazón de la anciana se sentía muy desamparado ante este pensamiento y casi se alegró de la llegada de la esposa del ministro, aunque temía con verdadera desesperación que la buena señora fuera a pedirle una contribución para el nuevo mantel de la iglesia; ella no estaba en condiciones de dar un solo centavo.

Su visitante se detuvo sólo un momento, de paso a su casa desde la de Spencer, y no hizo requerimientos indiscretos, sino todo lo contrario. Habló de Sylvia Gray, y sus palabras sonaron para la vieja Lloy d como las notas de una hermosa melodía. La esposa del ministro no tenía más que alabanzas para ella; era tan dulce, tan hermosa, tan decidida.

-¡Y con *esa* voz! -agregó enfáticamente y luego suspiró-. Es una vergüenza que no pueda educarla convenientemente. Con toda seguridad que llegaría a ser una gran cantante. Lo han dicho grandes críticos. Pero es tan pobre que no puede ni soñar con ello a menos que ganara una de las becas Cameron. Tiene muy pocas esperanzas de conseguirla, a pesar de que su profesor de canto propuso el nombre de ella.

-¿Qué son las becas Cameron? -preguntó la vieja Lloyd.

-Supongo que usted habrá oído hablar del millonario Andrew Cameron -dijo la esposa del ministro, sin saber que al pronunciar ese nombre sacudía los huesos de todos los miembros de la familia Lloyd.

El rostro de la anciana palideció como si le hubieran dado un bofetón.

-Sí, lo he oído nombrar -dijo.

-Pues parece que él tenía una hija a quien adoraba, una joven muy hermosa que poseía muy linda voz y a quien pensaba mandar a estudiar al extranjero. Ella murió y su padre se sintió destrozado. Desde ese entonces cada año envía una joven a Europa a estudiar canto con los mejores maestros, en memoria de su hija. Ya ha mandado nueve o diez, pero me temo que Sylvia Gray no tenga muchas probabilidades de éxito. Ella piensa igual.

-¿Por qué? Estoy segura de que habrá pocas voces como la de la señorita Gray -dijo la vieja Lloyd animosamente.

-Eso es muy cierto, pero lo que pasa es que esas becas son asuntos privados que dependen única y exclusivamente de la voluntad de Andrew Cameron. Cuando una muchacha tiene amigos que pueden influir sobre él, ella es la elegida. Dicen que el año pasado fue una que no tenía mucha voz, pero que era hija de un viejo compinche de Cameron. Sylvia no conoce a nadie que, para decirlo en términos vulgares, tenga alguna "banca" con Andrew Cameron, y ella misma ni siquiera lo conoce personalmente. Ahora tengo que irme. El sábado la veré en casa de Mause; ya sabe que el Círculo se reúne allí.

-Sí, ya sé -dijo la vieja Lloyd con aire ausente. Cuando la esposa del ministro se hubo ido, hizo a un lado la canastilla y se sentó por largo rato con las manos enlazadas sobre el regazo y con sus brillantes ojos negros fijos en la pared opuesta, a la que no veía.

La vieja Lloyd, tan dolorosamente pobre que tenía que comer seis galletitas menos a la semana para poder pagar su contribución al Círculo de Costura, supo que estaba en su poder, en *sus propias manos,* conseguir que la hija de Leslie Gray fuera a Europa a completar su educación musical. Si se decidía a usar su "banca" con Andrew Cameron, si iba a él a pedirle que enviara a

Sylvia al extranjero al año siguiente, no cabía la menor duda respecto al resultado. Todo dependía de ella, si... si hacía a un lado su orgullo, y se rebajaba a pedirle un favor al hombre que tanto daño había causado a ella y a su familia.

Años atrás el señor Lloyd, siguiendo las indicaciones de Andrew Cameron de obrar con toda prisa, había invertido todo su dinero en una empresa que resultó un fracaso. Abraham Lloyd perdió hasta el último centavo y su familia quedó reducida a la máxima pobreza. Podía haberse pensado que Andrew Cameron fue víctima de un error, pero existía la sospecha, casi la seguridad, de que Cameron era culpable de algo mucho peor que un error en la inversión de los bienes de su tío. Nada se pudo probar legalmente, pero lo cierto era que de ese nefasto asunto que costó la fortuna de muchos hombres de bien, Andrew Cameron salió con sus propios bienes acrecentados, y el doctor Lloyd murió de un ataque al corazón en la creencia de que su sobrino lo había arruinado deliberadamente.

No era esto precisamente lo que había ocurrido. Al principio Andrew Cameron se preocupó mucho por su tío, y con su comportamiento posterior trató de justificarse, diciéndose a sí mismo que la caridad empieza por casa.

Margaret Lloyd no podía excusarlo con este razonamiento y lo hacía responsable, no sólo de la pérdida de su fortuna, sino también de la muerte de su padre. Nunca lo perdonó. Al morir el doctor Lloyd, Cameron, quizás empujado por su conciencia culpable, se presentó contrito a ofrecer a la joven su ayuda financiera. Él cuidaría, le dijo, que ella nunca pasara miseria.

Margaret Lloyd arrojó el ofrecimiento a la cara de Cameron con palabras que no dejaban nada por decir. Se moriría, dijo enfáticamente, antes de aceptar un favor o un centavo de su parte. Él había conservado la calma, expresando que lamentaba mucho que su prima tuviera tan injusta impresión suya, y la dejó con la reiterada afirmación de que siempre sería su amigo y estaría a disposición de ella para cualquier cosa en que pudiera servirla.

La vieja Lloyd había vivido veinte años con la seguridad de que moriría en la pobreza, por otra parte cosa nada improbable, antes que pedirle un favor a Andrew Cameron. Y así hubiera sido en realidad, de contar sólo ella. ¡Pero Sylvia! ¿Podría humillarse tanto por la felicidad de la joven?

La cuestión no era tan fácil de resolver como en el caso del cántaro de las uvas o del libro de poemas. Durante una semana entera la vieja Lloyd luchó contra su orgullo y su rencor. A veces, en las largas horas de insomnio, cuando las pasiones y resentimientos humanos parecen mezquinos y despreciables, creía que los había vencido. Llegaba la luz del día, y la imagen de su padre que la miraba desde la pared y los antiguos vestidos de su madre que se veía obligada a usar por culpa de su primo, barrían todo lo bueno que había en ella

Sin embargo, el amor de la anciana por Sylvia había crecido tan fuerte, profundo y tierno, que ningún otro sentimiento podía perdurar contra él. El amor es un gran fabricante de milagros y nunca mostró su poder más abiertamente que en la fría y triste mañana de otoño en que la vieja Lloyd se encaminó a la estación de Bright River a tomar el tren para Charlottetown a cumplir una misión cuyo solo pensamiento la enfermaba.

El jefe de la estación, que le había vendido el pasaje, pensó que nunca la había visto más pálida y ojerosa, "como si no hubiera dormido o comido durante una semana", según le dijo a su mujer al regresar a su casa. "Sus asuntos deben marchar mal", agregó "pues es la segunda vez que va a la ciudad este verano".

Cuando la anciana llegó a la ciudad, almorzó ligeramente y luego se dirigió a los suburbios donde estaban ubicadas las fábricas y depósitos Cameron. Era un camino demasiado largo para ella, pero no podía permitirse el lujo de ir en coche. Se sentía muy cansada cuando

entró en la clara y lujosa oficina de Andrew Cameron. Éste se encontraba sentado ante su escritorio, y en cuanto se recuperó de la sorpresa fue al encuentro de la anciana acogedoramente con la mano tendida.

-¡Vaya, prima Margaret! Ésta sí que es una sorpresa agradable. Siéntate aquí. Hazme el favor. Ésta es una silla mucho más cómoda. ¿Llegaste esta mañana? ¿Cómo andan las cosas por Spencervale?

La vieja Lloyd se había sonrojado ante sus primeras palabras. Escuchar de labios de Andrew Cameron el nombre con que la llamaran sus padres y su enamorado, le pareció una profanación. Pero se dijo que el tiempo de los escrúpulos había pasado ya. Si era capaz de pedirle un favor a Andrew Cameron, podía soportar otros golpes menos dolorosos. Por la felicidad de Sylvia le estrechó la mano, por la felicidad de Silvia aceptó la silla que le ofrecía. Pero la felicidad de ningún ser viviente podía obligarla a mostrarse amable y cordial. Fue derecho al asunto con la simplicidad propia de los Lloyd.

-He venido a pedirte un favor -le dijo mirándolo a los ojos, no con la actitud humilde del que va a solicitar algo, sino con aire de reto, como desafiándolo a que se negara.

-¡En-can-ta-do, prima Margaret! Nunca sonó su voz más suave y afable. -Cualquier cosa que pueda hacer por ti me ocasionará un gran placer. Mucho me temo que siempre me has considerado un enemigo, Margaret, y puedo asegurarte que tu injusticia me duele profundamente. Estoy de acuerdo con que las apariencias se vuelven contra mí, pero...

La vieja Lloyd alzó una mano y detuvo esa elocuencia con un solo gesto.

-No he venido a discutir ese asunto. Preferiría que no tocáramos el pasado. Me he llegado hasta aquí a pedirte un favor, no para mí, sino para una joven amiga que me es muy querida, la señorita Gray. Tiene una voz magnífica y desea educarla. Como es muy pobre he venido a solicitarle una beca para ella. Tengo entendido que ya te han presentado su nombre con una recomendación de su maestro de canto. No sé qué ha dicho de su voz, pero puedo asegurarte que no ha exagerado. Si la envías a Europa el año próximo, habrás hecho justicia.

La anciana calló. Estaba segura de que Andrew Cameron accedería a su pedido, pero creía que lo haría descortésmente o de mala gana. No ocurrió nada de eso; Andrew se comportó más gentilmente que nunca. Nada podía serle más agradable que acceder a lo que su prima deseaba; lo único que lamentaba era que a él le costara tan poco. Su joven protegida tenía asegurada su educación musical, iría a Europa el año siguiente, y él estaba "¡en-can-ta-do!"

-Gracias -dijo la anciana cortándole otra vez su perorata-. Te quedo muy agradecida y te ruego que no enteres a la señorita Gray de mi intervención. No distraigo más tu valioso tiempo. Buenas tardes.

-¡Oh, no debes irte tan pronto! -exclamó Andrew Cameron con una verdadera amabilidad que asomaba entre la odiosa cordialidad de su voz, pues no estaba desprovisto de todas las facultades sencillas del hombre corriente. Había sido buen marido y buen padre; en una época le había tenido verdadero afecto a su prima Margaret y sentía muchísimo que las "circunstancias" lo hubieran "obligado" a actuar como lo había hecho en el viejo asunto de los bienes del doctor Lloyd. -Debes ser mi huésped esta noche.

-Gracias. Tengo que regresar a casa hoy mismo -afirmó la vieja Lloyd con un tono que le indicó a Cameron la inutilidad de discutir con ella, aunque insistió en llamar su coche para que la condujera a la estación. La anciana aceptó, pues temía que sus piernas no le respondieran en un camino tan largo. Al partir volvió a estrechar la mano de su primo y le agradeció por segunda vez que accediera a su pedido.

-No es nada -le dijo él-. Por favor, prima Margaret, trata de pensar un poco más

favorablemente sobre mí.

Cuando la vieja Lloyd llegó a la estación se encontró, para su desgracia, con que el tren había partido ya y que tenía que aguardar allí dos horas para tomar el del anochecer. Se dirigió a la sala de espera y tomó asiento. Se encontraba muy cansada. Toda la excitación que la había mantenido desapareció y se sentía débil y vieja. No tenía nada que comer pues había creído que volvería a su casa para la hora del té. La sala de espera era fría y la anciana temblaba envuelta en su delgado mantón amarillo de seda. Le dolía la cabeza y el corazón también. Había hecho suyo el deseo de Sylvia, pero la joven se iría de su vida y la vieja Lloyd no sabía cómo iba a continuar viviendo sin ella. Allí estuvo sentada las dos horas. Era una figura erguida y altanera que luchaba silenciosamente contra sus dolores físicos y morales mientras el resto de la gente iba y venía, reía feliz o conversaba junto a ella.

A las veinte la anciana descendió del tren en la estación de Bright River y se lanzó como inconsciente, hacia la oscuridad de la noche lluviosa. Tenía que caminar dos millas y llovía copiosamente. Pronto estuvo empapada y helada hasta la médula de los huesos; le parecía que andaba en medio de una pesadilla. Sólo su instinto la guió la última milla cuesta arriba. Al abrir la puerta de su casa se dio cuenta de que todo el frío se había convertido en un calor abrasador. Tropezó en el umbral y cerró la puerta.

VI. EL CAPÍTULO DE OCTUBRE

Una mañana, dos días después del viaje de la vieja Lloyd a la ciudad, Sylvia Gray iba bajando alegremente la boscosa cuesta. Era una hermosa mañana otoñal, clara, fresca y soleada; los helados abetos, empapados y golpeados por la lluvia del día anterior, despedían una deliciosa fragancia. El aire era puro y estimulante. Sylvia caminaba como si tuviera alas en los pies.

Al llegar al haya de la hondonada se detuvo un momento, pero no había nada para ella entre las grises raíces. Se volvía para emprender el regreso, cuando Teddy Kimball, que vivía al lado de la rectoría, llegó corriendo cuesta abajo desde la casa de los Lloyd. El pecoso rostro de Teddy estaba pálido.

-Señorita Gray-dijo entrecortadamente-. Creo que la vieja Lloyd se ha vuelto loca del todo. La esposa del ministro me pidió que le llevara un mensaje sobre el Círculo de Costura y yo golpeé y golpeé y nadie salió y yo pensé entrar y poner la nota sobre la mesa. Cuando abrí la puerta escuche una risa muy rara en el comedor, y la vieja Lloyd apareció en la puerta. ¡Oh, señorita Gray, estaba horrible, con la cara toda colorada y los ojos brillantes, y todo el tiempo hablaba sola y se reía como loca! Me asusté tanto que di media vuelta y salí corriendo.

Sylvia, sin detenerse a pensarlo, tomó a Teddy de la mano y echó a correr cuesta arriba. No tuvo miedo, aunque ella también creía, como Teddy, que la pobre, solitaria y excéntrica vieja Lloyd, había terminado volviéndose loca.

Cuando Sylvia entró, la anciana estaba sentada en un sillón de la cocina. Teddy, demasiado asustado para entrar, se había quedado en la puerta. La vieja Lloyd todavía llevaba ~ el vestido de seda negra con que había vuelto de la estación: Su rostro estaba rojo, sus ojos brillantes y su voz ronca. Reconoció a Sylvia y se echó hacia adelante.

-No me mire -gemía-. Por favor váyase. No puedo soportar que *usted* vea cuán pobre soy. Va a ir a Europa. Andrew Cameron la mandará. Se lo pedí. No pudo negarse *a mi* pedido. Pero por favor, váyase.

Sylvia no se fue. A primera vista había comprendido que se trataba de enfermedad y de

delirio, no de locura. Ordenó a Teddy que corriera en busca de la señora Spencer, y cuando ésta llegó acostaron entre las dos a la anciana y llamaron al médico. Esa noche todo Spencervale supo que la vieja Lloyd tenía pulmonía.

La señora Spencer anunció que pensaba quedarse a atender a la anciana. Muchas otras señoras ofrecieron sus servicios y todas se mostraron gentiles y apenadas. Pero la enferma lo ignoraba todo. Tenía mucha fiebre y deliraba continuamente. Ni siquiera conocía a Sylvia Gray, que permanecía a su lado todos sus ratos libres. Sylvia había comprobado lo que siempre sospechó, que la vieja Lloyd era su hada madrina. La anciana hablaba de Sylvia continuamente, revelando todo su cariño por ella y descubriendo los grandes sacrificios que había hecho. La muchacha sentía dolor en su corazón lleno de amor y ternura y rogaba con todas sus fuerzas que la anciana sanara.

-Quiero que sepa que le pago su *amor* con amor -murmuraba.

Todo el mundo conoció entonces la pobreza de la vieja Lloyd. Habían salido a luz todos los secretos que guardaba celosamente durante tantos años, excepto su viejo amor por Leslie Gray. Aun en medio del delirio, algo sellaba sus labios a ese respecto. Todo lo demás salió al aire: la angustia por sus ropas anticuadas, las privaciones y miserias, la humillación por salir con vestidos viejos y contribuir con sólo cinco centavos al Círculo de Costura cuando el resto de las señoras pagaban diez. Las buenas mujeres que la escuchaban con lágrimas en los ojos se arrepentían de haberla juzgado tan erróneamente.

-¿Quién lo iba a imaginar? -comentó la señora Spencer ala esposa del ministro-. Nunca nadie soñó que su padre hubiera perdido *lodo* su dinero, aunque suponíamos que había perdido buena parte de él en el viejo asunto de la mina de plata en el Oeste. Es terrible pensar cómo ha estado viviendo todos estos años, a veces casi sin comer y metida en la cama en pleno invierno para ahorrar combustible. Pero supongo que de estar enteradas habría sido muy poco lo que hubiéramos podido hacer, pues es desesperadamente orgullosa. Si vive, y nos permite ayudarla, las cosas cambiarán después (le esto. "Crooked" Jack dice que nunca se perdonará haberle cobrado los trabajillos que hizo en su jardín. Dice que de ahora en adelante, si ella se lo permite, no le cobrará nada. No es raro que se haya encariñado tanto con la señorita Gray. Pensar las cosas que ha hecho por ella todo este verano, hasta vender el jarrón de las uvas. Bueno, con toda seguridad que no es avara, pero no se equivoca quien dice que es rara. Todo esto es desesperadamente doloroso. La señorita Gray se ha tomado el asunto muy a pecho, parece que piensa en la vieja Lloyd tanto como ésta piensa en ella. Está tan preocupada que parece no importarle ir a Europa el año próximo. E irá, tiene la palabra de Andrew Cameron. Estoy muy contenta porque es la joven más dulce del mundo; pero ella dice que se ha pagado un precio demasiado caro por el viaje si la vieja Lloyd ha tenido que dar su vicia.

Andrew Cameron se enteró de la enfermedad de su prima y se presentó el mismo en Spencervale. No se le permitió ver a la enferma, pero dispuso todo de modo que ésta tuviera lo necesario a sus expensas. El médico de Spencervale recibió instrucciones para enviar su cuenta a Andrew Cameron, con lo que recuperó el sueño. Además, al regresar a su casa, Andrew Cameron envió una enfermera a casa de la vieja Lloyd. Era una mujer capaz y amable que supo ponerse al frente de la casa sin ofender a la señora Spencer, por lo que su tacto no tenía precio.

La vieja Lloyd no murió. La constitución de las Lloyd la sacó a flote. Un día, al entrar Sylvia, la anciana le sonrió con una sonrisa débil, desmayada y sensitiva, y pronunció su nombre. La enfermera anunció que la crisis había pasado.

La anciana fue una enferma perfecta y tratable. Hacía exactamente lo que se le indicaba y aceptó la presencia de la enfermera como la cosa más natural del mundo.

Pero un día, cuando ya tenía fuerzas para hablar un poquito, le dijo a Sylvia:

-Supongo que es Andrew Cameron quien ha enviado a la señora Hayes aquí, ¿no es cierto?

-Sí -dijo Sylvia algo tímidamente.

La anciana notó la timidez y sonrió con algo de su viejo espíritu en los negros ojos.

-En otros tiempos hubiera sacado con cajas destempladas a cualquier enviado de Andrew Cameron --dijo-. Pero he atravesado el Valle de las Sombras de la Muerte, y espero haber dejado atrás el orgullo y el resentimiento. No siento hacia Andrew Cameron lo que sentía antes. Ahora hasta puedo aceptar un favor personal de su parte. Por fin puedo perdonarle el error que cometió conmigo y con los míos. Sé, Sylvia, que en mi enfermedad no he dejado ninguno de mis secretos por revelar. Ya todos saben que soy pobre, pero no me importa. Lo único que lamento es haber apartado de mi vida a mis vecinos durante tantos años por causa de mi tonto orgullo. Todos han sido tan buenos conmigo, Sylvia. En el futuro, si Dios me da salud, las cosas serán muy diferentes.

Abriré mi vida a la bondad y al compañerismo de todos, jóvenes y ancianos. Voy a ayudarles en todo lo que pueda y a dejar que ellos me ayuden a mí. Yo *puedo* ayudarlos. He aprendido que el dinero no es lo único que tiene poder para ayudar a la gente. Quien tiene simpatía y comprensión para con los demás, posee algo que no tiene precio y no puede pagarse con dinero. Y tú, Sylvia, has descubierto lo que yo nunca quise que supieras. Pero tampoco siento eso ahora.

Sylvia tomó la blanca mano de la anciana y la besó.

-Nunca podré agradecerle bastante todo lo que ha hecho por mí, querida señorita Lloyd --- dijo sinceramente -. Y me alegro muchísimo de que ya no existan misterios entre usted y yo. La quiero mucho más de lo que pensé nunca que podía quererla y estoy muy contenta y muy agradecida de que usted me quiera tanto a mí, mi querida hada madrina.

-¿Sabes *por qué* yo te quiero tanto? -preguntó la anciana ansiosamente-. ¿También hablé de eso en mi delirio?

-No. Pero creo que yo lo sé. Es porque soy la hija de Leslie Gray, ¿no es cierto? Sé que papá la quiso a usted mucho; su hermano, mi tío Willis, me lo contó.

-He arruinado mi vida por mi maldito orgullo -dijo la anciana tristemente-. Pero tú me quieres a pesar de todo, ¿no es verdad, Sylvia? ¿Me vendrás a visitar a menudo? ¿Y me escribirás cuando te vayas?

-Vendré todos los días -dijo la joven-; me quedaré en Spencervale todo el año para estar cerca de usted, y cuando vaya a Europa, gracias a usted, hada madrina, le escribiré diariamente. ¡Vamos a ser las mejores camaradas, y tenemos por delante un hermoso año de compañerismo!

La vieja Lloyd sonrió complacida. La esposa del ministro, que había traído un plato de jalea, conversaba en la cocina con la señora Spencer sobre el Círculo de Costura. Por la ventana abierta entraba la cálida brisa de octubre. Un rayo de sol caía sobre el cabello castaño de Sylvia como una corona de gloria y juventud.

-¡Me siento perfectamente feliz! -exclamó la vieja Lloyd con un largo, embelesado suspiro.

CAPÍTULO TRES

Cada uno en su propia lengua

El dorado sol otoñal caía densamente sobre los arces rojos y ámbar que guardaban la puerta de la casa del anciano Abel Blair. Era la única puerta que comunicaba con el exterior y ordinariamente estaba abierta de par en par. Un perrito al que le faltaba una oreja se encontraba casi siempre durmiendo sobre la gastada piedra arenisca roja que servía de umbral a la casa; y sobre una viga aún más gastada casi siempre dormía un gran gato gris. A la entrada, en una estevada silla que hablaba de tiempos lejanos, casi siempre se encontraba sentado el viejo Abel.

Y allí estaba esa tarde. Era un hombrecillo pequeño, enfermo de reumatismo, de cabeza exageradamente grande, coronada por largo y tieso cabello negro, de rostro cruzado por innumerables arrugas y ojos negros y profundos con ocasionales relámpagos dorados. Tenía un aspecto muy extraño el viejo Abel Blair. Y tan extraño como su aspecto era su carácter.

En esos sus últimos años, Abel Blair casi siempre había sido sobrio. Y ese era un día en que lo era. Le agradaba calentarse al sol tanto como a su perro y a su gato, y mientras tanto miraba a través de la puerta abierta hacia el lejano cielo azul sobre la cima de los arces. Pero ese día no miraba hacia el cielo; sus ojos estaban fijos en las negras y empolvadas cabriadas de su cocina, donde colgaban carnes secas, ristras de cebollas, manojos de hierbas, aparejos de pesca, rifles y pieles.

Mas el viejo Abel no veía estas cosas. Su rostro era el de un hombre que contempla visiones; su expresión, una mezcla de placer paradisíaco y de dolor infernal: Abel Blair estaba viendo lo que él podía haber sido y lo que era, cosa que le ocurría cada vez que Felix Moore tocaba el violín para él. Y la felicidad de soñar que era joven otra vez y que tenía toda la vida por delante, era tan grande y consoladora, que compensaba la agonía de contemplar su vejez infamante luego de años en que dilapidara la riqueza de su alma desoyendo los dictados de la sabiduría.

Felix Moore estaba de pie frente a él, ante una estufa descuidada donde el fuego del mediodía se había transformado en pálidas cenizas. Apoyaba su barbilla en el gastado violín del viejo Abel; sus ojos estaban fijos en el techo y él también veía cosas que no era lícito describir con otro lenguaje que el de la música, y sólo con aquél, entregado por el espíritu angustiado y arrebatado del violín. Felix tenía poco más de doce años y su rostro tenía la frescura de la niñez, sin sombras de tristeza, fracasos y arrepentimientos. Sólo en sus enormes ojos gris oscuro asomaba algo que no tenía nada de infantil, algo que hablaba de la herencia de muchos corazones ahora convertidos en polvo, que en su tiempo habían sufrido y gozado, luchado y fracasado, triunfado y descendido. Los gritos inarticulados de sus anhelos envolvían su alma juvenil y se expresaban con el lenguaje de la música.

Felix era un lindo muchacho. Los habitantes de Carmody, que nunca habían salido del pueblo, así lo creían, y también lo afirmaba Abel Blair, que había corrido mundo en su juventud; y hasta el Reverendo Stephen Leonard, que enseñaba (y trataba de creerlo) que la fineza es engañosa y la hermosura vana, estaba de acuerdo.

Era un muchacho menudo, de hombros caídos, cuello delgado y erguida cabeza llena de gracia varonil. Su cabello cortado con flequillo, que le caía sobre las orejas, por capricho de Janet Andrews, ama de llaves del Reverendo, era de un negro brillante. La piel de su rostro y manos parecía marfil; sus ojos enormes y grises; sus rasgos tenían **la** perfección de un camafeo. Las

madres de Carmody lo consideraban delicado de salud y repetían una y mil veces que el Reverendo no debió haberlo traído consigo, pero el viejo Abel se retorcía los bigotes cuando oía estos comentarios y decía con una sonrisa:

-Felix Moore vivirá. No pueden ustedes matarlo antes de que cumpla su destino. Tiene una gran tarea, que ejecutar... si el Rey rendo lo deja. Y no se lo permite, yo no querría estar en su pellejo el día del juicio. No, preferiría quedarme en el mío. Es terrible cruzarse en los planes del Todopoderoso, ya sea en nuestra vida o en la ajena. Algunas veces pienso que es un pecado de esos que no tienen perdón.

Los habitantes de Carmody nunca le preguntaron al viejo Abel qué quería significar con eso. Desde hacía ya mucho tiempo habían renunciado a entenderlo. Cuando un hombre vive la cuarta parte de su vida como lo venía haciendo Abel Blair, no era de extrañar que dijera disparates. Y, ¿cómo podía tenérsele en cuenta cuando echaba sobre los hombros del Reverendo Leonard, un hombre demasiado bueno para este mundo, un pecado y de los imperdonables?

En realidad, no había nada dañino en un violín y quizás al señor Leonard se le iba un poco la mano a ese respecto. Pero no era cosa de extrañarse. Existía el episodio de su padre.

Por fin, Felix dejó el violín y entró a la cocina del viejo Abel con un largo suspiro. El anciano le sonrió tristemente, con la sonrisa de un hombre que ha estado en manos de verdugos.

-Es maravilloso cómo tocas, es maravilloso -dijo con un estremecimiento-. Nunca he oído nada semejante; y pensar que no has estudiado una nota desde los nueve años y que no practicas más que cuando vienes aquí, en mi viejo y arruinado violín. ¡Y eso lo haces tú solo! Supongo que tu abuelo ni querrá oír hablar de que estudies música, ¿no es cierto?

Felix sacudió la cabeza.

-Sé que no lo consentiría, Abel. Quiere que yo sea ministro del culto. Es cosa buena ser ministro, pero me temo que yo no lo seré.

-Por lo menos no un predicador. Hay diferentes clases de ministros y cada uno debe hablar a la gente en su propia lengua, si quiere servir realmente a Dios -dijo el viejo Abel meditativamente-. *Tu* lenguaje es la música: ¡Qué raro que tu abuelo no lo vea, él, un hombre de criterio tan amplio! Es el único ministro que me merece buena opinión. Está entregado a Dios como jamás lo estuvo hombre alguno. Y te quiere, te quiere como a la niña de sus ojos.

-Y yo lo quiero a él -contestó Felix afectuosamente-; lo quiero tanto que hasta trataré de ser un buen pastor sólo porque él lo desea.

-¿A ti qué te gustaría ser?

-Un gran violinista -contestó el niño con ardor-

Tocar ante multitudes y ver en sus ojos lo que veo en los suyos cuando toco para usted. A veces sus ojos me llenan de temor, ¡pero es un temor espléndido! Si tuviera el violín de papá, sería más fácil. Recuerdo que una vez me dijo que tenía el alma de un pecador que se encontraba en el purgatorio pagando por sus faltas sobre la tierra. No sé qué quiso decir, pero siempre me pareció que su violín tenía vida. Me enseñó a tocar tan pronto como tuve edad para aprender.

¿Querías a tu padre? -preguntó el viejo Abel con tono perspicaz.

Nuevamente enrojeció Felix, pero contestó mirando a su interlocutor cara a cara.

-No. No lo quería -agregó con gravedad-, pero creo que usted no debió preguntármelo.

Al viejo Abel le llegó el turno de ruborizarse. Los vecinos de Carmody no lo creían capaz de ello, y posiblemente ningún ser viviente habría conseguido hacer subir el color a sus mejillas, con excepción de ese chiquillo de ojos grises y rostro censurable.

-No, supongo que no -dijo-. Pero yo siempre me equivoco. Siempre he sido igual. Es por eso que no soy más que "el viejo Abel" para la gente de Carmody. Sólo tú y tu abuelo me llaman

"señor Blair". Ni William Blair, el de la tienda, rico y respetado como es por todos, era la mitad de inteligente que yo cuando nos lanzarnos 'a la vida; no lo creas si no quieres, pero es verdad. Y lo peor de todo esto, joven Felix, es que la mayor parte del tiempo no me interesa si soy "el señor Blair" o "el viejo Abel". Sólo me importa cuando tú tocas. Me haces sentir como me sentí una vez, hace muchos años, ante la mirada de una chiquilla. Se llamaba Anne Shirley y vivía con los Cuthberts, en Avonlea. Nos pusimos a conversar un día en el negocio de Blair. Esa niña era capaz de hablar con cualquiera de cualquier cosa. Mencionamos cierto tema y yo dije que eso no le importaba a un vejete de sesenta años. Me miró con sus enormes ojos grises cargados de reproche como si hubiera dicho una terrible herejía.

-¿No cree usted, señor Blair, que cuanto más edad tenemos más deben interesarnos las cosas? -me dijo con tal aire de gravedad como si en vez de once años tuviera cien-. Las cosas me importan *tanto,* ahora -continué juntando las manos- y estoy segura de que cuando tenga sesenta me importaran justamente cinco veces más.

-Es que la forma en que me miró y el tono de su voz, me hizo sentir vergüenza de mí mismo por haber llegado a ese estado de cosas. Pero no hablemos de mí. Mis miserias no cuentan mucho. ¿Qué hubo del violín de tu padre?

-Abuelo me lo quitó cuando vine. ¡Creo que lo quemó; lo echo tanto de menos!

--Siempre tienes a disposición mi viejo y gastado violín.

-Sí, lo sé; y eso me causa una gran alegría. Pero querría tener un violín siempre para mí. Sólo vengo aquí cuando ya no puedo aguantar más las ansias. Siento que no debería venir y cada vez me hago el propósito de no hacerlo más pues sé que al abuelo no le gustaría si se enterase.

-Nunca te lo ha prohibido, ¿no es cierto?

-No, pero porque no sabe que vengo aquí para eso. Ni se lo imagina; y si lo sospechara sí que me lo prohibiría. Eso me hace sentir muy desdichada. Y así y todo *tengo* que venir. Señor Blair, ¿sabe usted por qué mi abuelo no quiere verme tocar el violín? El ama la música y no se opone a que toque el órgano una vez que he terminado con mis obligaciones. ¿Puede entenderlo usted?

-Tengo cierta idea, pero no puedo decirte nada; es un secreto que no me pertenece. Quizás algún día él mismo te lo diga. Pero recuerda siempre, Felix, que sus razones son poderosas. Sabiendo lo que sé no puedo culparlo demasiado, aunque pienso que comete una equivocación. Vamos, toca algo más antes de irte, algo que nos alegre y levante nuestro espíritu y me deje buen gusto en la boca. Lo último que ejecutaste me trasportó a los cielos, pero el cielo está terriblemente cerca del infierno, y al final me sepultaste en él.

-No entiendo -dijo Felix frunciendo el ceño.

-No y tampoco lo querría. No podrías entenderme a menos que fueras un anciano que, habiendo tenido todos los medios para convertirse en un *hombre,* sólo hubiese llegado a ser un condenado tonto. Pero debe de haber en ti algo que lo comprende todo. De lo contrario no podrías ponerlo en tu música como lo haces ¿Cómo lo haces? ¿Cómo? ¿Cómo *puedes* hacerlo, joven Felix?

-No sé. Pero yo ejecuto en forma diferente para gente que es diferente. No sé la razón. Cuando estoy solo con usted tengo que tocar de una manera y cuando Janet viene a escucharme siento que debo hacerlo de otra, no tan estremecedora, pero más feliz y solitaria. Y el día que Jessie Blair estaba aquí y me escuchaba sentí como si quisiera reír y cantar, como si el violín quisiera reír y cantar.

El extraño resplandor dorado brillo en los hundidos ojos del viejo Abel.

-Dios -murmuró en un suspiro-. Creo que el muchacho puede penetrar de algún modo en

el alma de los demás y luego saca a luz lo que *su alma* ve allí.

-¿Qué está usted diciendo? -preguntó Felix acariciando su violín.

-Nada, no interesa. Adelante. Algo vivaz ahora, Felix. Deja de explorar dentro de mi alma, donde no tienes nada que hacer, y toca algo propio de la tuya. Algo dulce, feliz, puro.

-Tocaré como me siento en las mañanas soleadas cuando los pájaros cantan y olvido que mi destino es ser pastor -dijo Felix simplemente.

Una melodía embrujadora, plena de júbilo y de murmullos, mezcla de canto del arroyo y de los pájaros flotó en el aire tranquilo, a través del sendero donde caían suavemente las doradas y rojas hojas del arce. El reverendo Stephen Leonard la escuchó mientras caminaba y una sonrisa floreció en sus labios. Cuando el reverendo Leonard sonreía, los niños corrían a su encuentro y los mayores sentían como si se disiparan todas sus preocupaciones y sufrimientos.

El señor Leonard amaba la música como amaba todas las cosas bellas dentro del terreno material o espiritual, aunque no se percataba de cuánto las amaba y sólo por su belleza; de lo contrario se hubiera sentido sorprendido y lleno de remordimiento. Él mismo era hermoso. Su figura era erguida y juvenil a pesar de sus setenta años. Su rostro era encantador como el de una mujer, aunque mostraba toda la firmeza y la fuerza de la virilidad, y sus ojos, color azul oscuro, tenían el brillo de la juventud. Ni siquiera sus cabellos plateados conseguían darle aspecto de anciano. Era apreciado por cuantos lo conocían y nunca hubo hombre más digno de merecer ese aprecio.

-Otra vez el viejo Abel se está deleitando con su violín

¡Qué hermoso es lo que toca! Es un verdadero virtuoso. Pero, ¿cómo puede tocar una cosa así un desecho de hombre como es él, que se ha revolcado en todos los pecados en que puede hundirse un ser humano? Hace tres días estaba borracho, por primera vez en casi un año, tirado en la plaza de Charlottetown entre los perros, y ahora está tocando el violín como sólo podría hacerlo un arcángel del valle del Señor. Esto facilita mi tarea. Si es capaz de tocar de esta manera, es que Abel se encuentra arrepentido.

El señor Leonard se detuvo en la puerta. El perrito negro saltó a su encuentro y el gato gris refregó la cabeza contra su pierna. El viejo Abel ni se enteró de su llegada. Marcaba el compás con la mano en alto y sonreía a Felix. Sus ojos eran jóvenes otra vez y en ellos brillaban la alegría y la felicidad.

-¡Felix! ¿Qué quiere decir esto?

El violín cayó de las manos del muchacho y golpeó contra el suelo. Dio media vuelta y enfrentó a su abuelo. Mientras los ojos del anciano expresaban pena y dolor, los suyos se nublaron con la agonía del arrepentimiento.

-Abuelo, perdón -dijo entrecortadamente.

-¡Vaya, vaya! -intervino el viejo Abel-. Toda la culpa es mía, señor Leonard. No culpe al muchacho; yo lo forcé a que tocara algo para mí. No me sentía capaz de tocar yo mismo, después de lo del viernes, usted sabe, y no lo dejé en paz hasta que él accedió a hacerlo. Toda la culpa es mía.

-No ---dijo Felix, echando hacia atrás la cabeza. Su rostro tenía la palidez del mármol aunque parecía arder de sinceridad y de desdén ante la protectora mentira del viejo Abel-. No, abuelo, no es culpa de Abel. Vine aquí a propósito a tocar el violín porque pensé que usted había ido al puerto. Desde que vivo con usted lo he hecho muy a menudo.

-¿Desde que vives conmigo me has estado engañando de esta manera, Felix?

No había enojo en el tono del señor Leonard; sólo una enorme pena. Los sensitivos labios

del niño, temblaron

-Perdóneme, abuelo -suplicó en un murmullo.

-Usted nunca le prohibió que viniera -interrumpió el viejo Abel coléricamente-. Sea justo, señor Leonard, sea justo.

-*Lo soy*. Felix sabe que desobedecía en espíritu, si no en la letra. Lo sabes, Felix, ¿no es cierto?

-Sí, abuelo. He obrado mal; sabía que hacía mal cada vez que venía, Perdóneme, abuelo.

-Felix, te perdono; pero debes prometerme aquí y ahora mismo que no has de volver a tocar un violín mientras vivas.

El rostro del niño se tiñó de rojo y gritó como si lo hubieran flagelado con un látigo. El viejo Abel saltó sobre sus pies.

-No le pida semejante cosa, señor Leonard -gritó furiosamente-. Eso es pecado, es pecado. Hombre, hombre, ¿qué es lo que lo ciega? Eso es lo que pasó con usted: está *ciego*. ¿No se da cuenta de lo que posee este niño? Su alma está llena de música. Lo torturará hasta la muerte, o aun peor, si no le permite seguir su camino.

-Hay un demonio en esa música -dijo el señor Leonard calurosamente.

-Puede ser, pero no olvide que también está Cristo en ella -respondió el viejo Abel con voz tensa.

El señor Leonard pareció sorprendido. Consideraba que el viejo Blair había dicho una blasfemia. Le volvió la espalda con reproche.

-Felix, promételo.

Su rostro y su tono eran implacables. Hacía uso de su poder sobre ese joven y amante espíritu sin misericordia alguna. Felix comprendió que no tenía escape, pero sus labios estaban muy blancos cuando dijo:

-Lo prometo, abuelo.

Al señor Leonard se le escapó un suspiro de alivio. Sabía que podía contar con la promesa. También el viejo Abel lo sabía. Sin una palabra, arrancó el violín de las manos muertas de Felix y sin dar vuelta siquiera la cabeza entró al pequeño dormitorio junto a la cocina y cerró la puerta con un golpe lleno de indignación. Pero por la ventana miró alejarse a sus dos visitantes. Al llegar al sendero de los arces, el señor Leonard apoyó su mano en la cabeza de Felix y lo miró. Al instante el niño colgó su mano del hombro del anciano y le sonrió. La mirada que cambiaron estaba llena de amor y de confianza, y, ¡ay!, de compañerismo. En los coléricos ojos del viejo Abel volvió a brillar el reflejo dorado.

-¡Cómo se quieren esos dos! -murmuró envidiosamente-. ¡Y cómo se torturan!

Cuando llegaron a su casa, el señor Leonard se dirigió a su estudio a rezar. Sabía que Felix correría en busca de consuelo hacia el lugar donde se encontraba Janet Andrews, la delgada mujer de rostro dulce y labios rígidos que hacía de ama de llaves. El señor Leonard no dudaba de que ella desaprobaría su conducta tanto como el viejo Abel. No diría nada más, pero a la hora de la comida lo miraría con ojos cargados de reproche. No obstante, el señor Leonard creía que había hecho lo que debía y su conciencia no lo martirizaba. Pero su corazón sí.

Treinta años atrás su hija Margaret casi había destrozado su corazón al casarse con un hombre a quien él no podía aprobar. Martín Moore era violinista de profesión. Era muy popular, aunque en verdad no era un maestro en ningú$_n$ sentido. Había conocido a la rubia hija del pastor en casa de una compañera de escuela que vivía en Toronto, y se enamoró de ella a primera vista. Margaret lo amó con toda su inocencia virginal y se casó con él a pesar de la oposición del padre.

No era la profesión de Martín Moore lo que el señor Leonard objetaba, sino el hombre mismo. Sabía que la vida pasada del violinista no era muy recomendable para una Margaret Leonard, y lo que pudo ver de su carácter lo convenció de que ese hombre no podía hacer feliz a mujer alguna.

Margaret no le creyó. Se casó con Martín Moore y durante un año vivió en el paraíso. Quizás eso compensó el sufrimiento de los tres amargos años que siguieron. Esto y la criatura. De todos modos murió como había vivido, lealmente y sin una queja. Murió sola, pues su marido se encontraba lejos, en una gira de conciertos. Su enfermedad fue tan breve que su padre no tuvo tiempo de reunirse con ella antes del fin. Llevó su cuerpo a reposar al cementerio de Carmody junto a la madre. El señor Leonard quiso hacerse cargo del niño, pero Martín Moore se opuso.

Seis años después también murió Moore y el señor Leonard se halló por fin con lo que su corazón había ansiado tantos años: la posesión del hijo de Margaret. Aguardó la llegada del niño lleno de confusos temores. Su corazón clamaba por él, pero temía encontrarse con una segunda edición de Martín Moore. El hijo de Margaret podía parecerse a su elegante y vagabundo padre. O, peor aún, podía estar imbuido de su falta de principios, su inestabilidad, sus instintos bohemios. Así se torturaba el señor Leonard mientras aguardaba a Felix.

El niño no se parecía ni a su madre ni a su padre. El señor Leonard se encontró frente a un rostro que él había sepultado bajo el césped hacía treinta años: el de su bienamada, la madre de Margaret, que muriera al nacer ésta. Allí estaban otra vez sus grandes ojos gris oscuro, sus rasgos marfilíneos, él fino trazo de las cejas, y su espíritu todo asomado en aquellos ojos. Desde ese momento el alma del anciano se unió a la del niño y se amaron más allá del amor humano.

La única herencia que Felix traía de su padre era su amor por la música. Pero el niño poseía genio, mientras su padre sólo había tenido talento. A la natural maestría de su padre como ejecutante había unido el misterio y la intensidad de la naturaleza de su madre, con el agregado de una cualidad superior aún que le legara quizá su abuela, a quien tanto se parecía. Moore había comprendido el camino que se abría ante su hijo y comenzó a entrenarlo en la técnica del arte desde el momento mismo en que sus frágiles dedos pudieron sostener el arco. Cuando a los nueve años Felix llegó a Carmody, poseía más arte y maestría que nueve de diez violinistas adquirirían en toda su vida, y llevó consigo el violín de su padre. Era el único bien que éste le había legado, pero era un Amati de un valor que nadie sospechaba en Carmody. El señor Leonard se lo había quitado y Felix no lo volvió a ver desde entonces. Muchas noches había llorado su pérdida. El señor Leonard no lo sabía, y si Janet Andrews lo sospechaba, se callaba la boca, arte en que se excedía. Ella, por su parte, no veía "nada malo en un violín" y pensaba que el señor Leonard era absurdamente estricto al respecto, cosa que no admitiría jamás delante del infortunado extraño que se atreviera a decírselo. Había tolerado las visitas de Felix al viejo Abel Blair por alguna razón propia de su conciencia presbiteriana, sólo conocida por ella misma.

Cuando Janet se enteró de la promesa que el señor Leonard le había arrancado a Felix, bulló de indignación, y aunque "ella conocía su lugar", en vez de decirle nada al señor Leonard le hizo sentir el peso de su reproche en su comportamiento, a tal extremo que el austero y gentil caballero sintió que el hasta entonces apacible clima de su misión se iba tornando desagradable y hostil.

El anhelo más grande de su corazón era que Felix llegara a ser pastor, como hubiera querido que lo fuera un hijo suyo, de haberlo tenido. El señor Leonard pensaba con toda razón que no hay tarea más digna que una vida al servicio de sus semejantes, pero se equivocaba al limitar el campo de acción tan estrechamente, pues un hombre puede contribuir a aliviar las necesidades de la humanidad en distintos, pero igualmente efectivos campos de acción.

Janet tenía la esperanza de que el señor Leonard no exigiera el exacto cumplimiento de la

promesa que le había arrancado a Felix, pero éste, con el cabal conocimiento que da el perfecto amor, sabía que era vano pensar que su abuelo pudiera alterar su punto de vista. Cumplió su promesa material y espiritualmente. No volvió a ir a casa del viejo Abel; ni siquiera tocaba el órgano, aunque esto no estaba prohibido, pues toda música despertaba en él ansias incontenibles que demandaban expresión con una fuerza que no podía dominar. Se sumergió intensamente en sus estudios, dedicándose a los verbos griegos y latinos con una tenacidad que pronto lo colocó a la cabeza de todos sus competidores.

Sólo una vez en ese largo invierno estuvo a punto de romper su promesa. Una tarde, cuando marzo estaba a punto de fundirse con abril y los latidos de la primavera bullían bajo la capa de blanca nieve, Felix volvía solo a su casa, desde la escuela. Al descender a la pequeña hondonada bajo la misión, un vívido aire musical corrió a su encuentro. Era sólo el producto de una armónica que tenía un muchachito francocanadiense, de ojos negros que estaba sentado sobre la valla junto al arroyo; pero había música en el andrajoso pilluelo y ésta brotaba de su sencillo juguete. Felix se sintió conmovido de pies a cabeza, y cuando León le tendió el instrumento en un gesto amistoso, se apoderó de él como una criatura famélica de un trozo de pan.

Luego, en mitad de camino hacia sus labios, se detuvo. Era cierto que sólo le estaba prohibido tocar el violín, pero sintió que si cedía aunque fuera sólo un poquito al deseo que había en él, barrería con todo lo establecido. Si tocaba la armónica de León Buote en ese brumoso vallecito primaveral, esa tarde iría a lo de Abel Blair. *Sabía* que iría. Para sorpresa de León, Felix tiró la armónica y echó a correr cuesta arriba como si lo persiguieran. Habría algo en su rostro juvenil que asustó a León, y también asustó a Janet Andrews cuando pasó como una tromba a su lado en el vestíbulo de la misión.

-Chico, ¿qué te sucede? -gritó-. ¿Estás enfermo? -¿Te ha asustado algo? -. No, no. Déjame solo, Janet -exclamó Felix volando escaleras arriba rumbo a su cuarto.

Una hora más tarde, cuando bajó para el té, estaba completamente compuesto, aunque se lo veía más pálido que de costumbre y con sombras moradas debajo de los ojos grises.

El señor Leonard lo observó ansiosamente. Repentinamente se le ocurrió al viejo pastor que Felix tenía un aspecto muy delicado esa primavera. En realidad había estudiado muy duro durante el invierno y estaba creciendo mucho. Cuando llegaran las vacaciones lo enviarían a algún lado a reponerse.

-Me han dicho que Naomi Clark está muy enferma -dijo Janet-. Ha estado indispuesta todo el invierno y ahora cayó en cama. La señora Murphy cree que se está muriendo, pero nadie se atreve a decírselo. No quiere reconocer que está enferma ni toma medicina alguna. Y no tiene más que a esa tonta de Maggie Petterson para que se ocupe de ella.

-Pienso que debo ir a verla -dijo el señor Leonard con aire preocupado.

-¿Qué ganaría con molestarse? Usted sabe bien que no quiere verlo. Le cerraría la puerta en la cara como la otra vez. Es una mujer terriblemente malvada. Pero es bastante triste pensar en ella, tirada en una cama y sin una persona responsable que la cuide.

-Naomi Clark será una mala mujer y vivirá vergonzosamente, pero a mí me gusta por todo eso -afirmó Felix con el tono grave y meditativo con que a veces anunciaba las cosas más sorprendentes.

El señor Leonard dirigió una mirada llena de reproches a Janet Andrews, como preguntándole cómo era posible que, bajo su custodia, Felix pudiera tener un concepto tan dudoso del bien y del mal. Y el ama de llaves le contestó con una mirada que, bien interpretada, significaba que mientras Felix fuera a la escuela, ella no podía responsabilizarse si aprendía algo más que aritmética y latín.

-¿Qué sabes tú de Naomi Clark como para que te guste o no? -le preguntó curiosamente Janet-¿Acaso la conoces?

-¡Oh, sí! -contestó Felix dedicándose de lleno al dulce de cereza que tenía delante-. Una noche del verano pasado yo andaba caminando por Spruce Cove cuando oí un trueno muy grande que anunciaba tormenta. Llegué a la casa de Naomi en busca de asilo, y como la puerta estaba abierta entré, ya que nadie contestó a mi llamado. Naomi Clark estaba en la ventana, mirando un nubarrón negro que venía del mar. Me miró una sola vez y no dijo ni una palabra. Se volvió y siguió mirando por la ventana. Yo no me animé a sentarme, ya que no me había invitado, así que me paré a su lado junto a la ventana. Era un espectáculo terrible. La nube era tan negra y el agua tan verde, y había una luz tan extraña entre el cielo y el agua... Pero resultaba espléndido a pesar de todo. La mitad del tiempo yo miraba la tormenta y la otra mitad la cara de Naomi. También era terrible de ver, igual que la tormenta, pero me gustaba mirarla. Después de los truenos llegó la lluvia y llovió un largo rato. Naomi se sentó y me habló. Me preguntó quién era y cuando se lo dije me pidió que tocara el violín. -Felix echó una cautelosa mirada a su abuelo. -Dijo que había oído decir que tocaba y bien. Quiso que tocara algo alegre y yo traté con todas mis fuerzas de hacerlo, pero no pude. Resultó una música borrosa, que salía sola. Parecía como si se estuviera perdiendo algo imposible de recuperar. Antes de terminar Naomi se acercó y me arrancó el violín y... *juró.* Dijo: "Tú, mocoso, ¿cómo sabes eso?" Luego me arrastró de un brazo (les aseguró que me lastimó), me puso en medio de la lluvia y cerró la puerta.

-¡Mujer ruda y malvada! -dijo Janet, indignada.

-¡Oh, no! Tenía toda la razón del mundo -explicó Felix, conciliador-. Era justo, lo merecía por tocar como lo hice. Ella no sabía que no lo había podido evitar. Pensó que lo hice a propósito.

-Pero, ¿qué fue lo que tocaste, criatura?

-No sé -dijo Felix trémulamente. Fue algo terrible, terrible. Rompía el corazón. Pero, ya que iba a tocar, *tenía* que hacerlo así.

-Declaro que no entiendo nada de lo que dices. -Opino que debemos cambiar de conversación -dijo el señor Leonard.

Un mes después, "esa tonta de Maggie Petterson" apareció en la puerta de la misión y preguntó por el Pastor. -Naomi quere ve'lo. Naomi manda a Maggie a decí que venga e'seguida.

-Iré inmediatamente -dijo el señor Leonard con gentileza-. ¿Está muy enferma?

-S' está mu'iendo -dijo Maggie con una mueca-, y tene mucho mieo de l'infieno. 'Ecien hoy supo qu'se moía. Maggie se lo'ijo. Ella no queía creyerle a la muer del pueto peo creyó a Maggie. ¡Pega gritos teíbles!

Maggie se estremeció ante el solo recuerdo. El señor Leonard, con el corazón lleno de pena, llamó a Janet y le indicó que sirviera algún refresco a la pobre criatura.

-¡No, no, señó Pastó! Maggie tene que vové enseída con Naomi. Maggìe dijo qu'el Pastó viene enseída a salvala de l'infieno.

Profirió un grito lleno de temor y se perdió corriendo entre los abetos del bosque.

-¡Dios nos asista! -exclamó Janet-. ¡Sabía que la pobre criatura era tonta, pero no me la imaginaba así! ¿Va usted a ir, señor?

-Por supuesto. Ruego a Dios que me ilumine para poder ¸prestar ayuda a esa pobre alma - dijo el señor Leonard ¸inceramente. Era un hombre que nunca eludía lo que creía su - deber; pero éste se le presentaba generalmente de un modo más agradable que ese requerimiento al lecho de muerte de Naomi Clark.

Esta mujer había sido la maldición de toda una generación en Carmody. En los primeros

tiempos de su ministerio el señor Leonard intentó convertirla y Naomi se burló y rió de él en su propia cara. Luego, por el bien de aquellos que caían en sus redes, había tratado de hacerla transigir por la fuerza de la ley, pero Naomi se rió de la ley misma. Por fin se vio obligado a dejarla sola.

No siempre Naomi había sido una perdida. Pasó la adolescencia en la inocencia, pero era dueña de una gran hermosura y no tenía madre. Su padre se destacaba por su violencia y mal carácter, y cuando Naomi cometió el fatal error de creer en un amor malsano que la hundió en la ignominia, la echó de su casa en medio de vituperios y maldiciones. Naomi se cobijó en una pequeña casa deshabitada en Spruce Core. De haber vivido su hijo, posiblemente las cosas hubieran sido distintas, pero la criatura murió al nacer, y con su vida se esfumó la última posibilidad de redención para la madre. Desde ese momento, se puso en camino hacia el infierno.

A pesar de ello, desde hacía cinco años, Naomi llevaba una vida bastante respetable. Al morir Janet Petterson, su hija Maggie, que era idiota, quedó sola en el mundo. No se sabía qué hacer con ella, pues nadie quería tomar sobre sus espaldas la responsabilidad de mantenerla. Naomi Clark fue la única que le ofreció un hogar. La gente dijo que no era ella la más indicada para proporcionárselo, pero nadie intervino en el asunto, salvo el señor Leonard, y, como dijera Janet, Naomi le cerró la puerta en sus narices. Pero desde el día en que Maggie Petterson fue a vivir con ella, Naomi cesó de ser la Magdalena del puerto.

El sol se había puesto ya cuando el señor Leonard llegó a Spruce Cove y el puerto estaba velado por un maravilloso esplendor. A lo lejos, el agua se mostraba palpitante y purpúrea y su lamento sobre la arena llegaba a través de la fría brisa primaveral con su carga de desesperanza, anhelos y búsquedas infinitos. El cielo lucía resplandeciente de estrellas. Hacia el este se levantaba la luna y bajo su resplandor el mar parecía de plata; al atravesarlo, una pequeña barca que salía del puerto se convertía en una chalupa cargada de duendecillos que navegaban rumbo al país de las hadas.

El señor Leonard suspiró al alejar sus ojos de la belleza del mar y cielo para fijarlos en la puerta de la casa de Naomi Clark. Ésta era muy pequeña. Una habitación abajo y un dormitorio arriba; pero el lecho de la enferma había sido colocado junto a la ventana que se encontraba debajo de la escalera, con vista al puerto. Allí yacía Naomi con una lámpara encendida sobre su cabeza y otra a su lado a pesar de que todavía no estaba oscuro. El temor a las sombras había sido siempre una de las peculiaridades de Naomi.

Temblaba sin descanso en su pobre cucheta, mientras Maggie la velaba sentada a sus pies sobre un cajón. El señor Leonard no la había visto desde hacía cinco años y lo conmovió el cambio operado en ella. Estaba muy gastada; sus facciones aguileñas habían sido ponderadas y envidiadas en su juventud y ahora, a los sesenta años escasos, Naomi parecía tener cien. Su cabello blanco y despeinado estaba desparramado sobre la almohada y las manos apoyadas sobre las cobijas parecían arrugados garfios. Sólo sus ojos se conservaban iguales; lucían tan azules y brillantes como siempre, pero en ese momento traslucían tanto terror y súplica, que el bondadoso corazón del señor Leonard casi se detuvo ante tanto horror. Era la mirada de una criatura atormentada, perseguida por las furias, dominada por un inmenso temor.

Naomi se sentó y aferró a su brazo.

-¿Puede ayudarme? ¿Puede? -imploró. ¡Oh, pensé que no llegaría nunca! Temía morir antes de verlo e irme al infierno. Hasta hoy no supe que me moría. Ninguno de esos cobardes me lo dijo. ¿Puede usted ayudarme?

-Si yo no puedo, Dios sí -dijo el señor Leonard suavemente. Él mismo se sentía desamparado e incapaz ante tanto terror y frenesí. Había estado junto a muchos moribundos,

tristes, trémulos y desesperados moribundos, pero nunca había visto uno como éste.

-¡Dios! -la voz de Naomi tembló al gritar el nombre-. No puedo pedirle ayuda a Él. Temo al infierno, pero mucho más temo a Dios. Prefiero mil veces ir al infierno antes que presentarme a Dios a darle cuenta de la vida que he llevado. Le aseguro que estoy arrepentida por mis maldades; siempre lo estuve. Aunque nadie lo crea, ni un momento dejé de sentir que hacía mal. Estaba dominada por demonios del Averno. Usted no entiende, *no puede* comprender... ¡pero siempre estuve arrepentida!

-Eso es lo único que hace falta. Dios la perdonará si usted se lo pide, Naomi.

-¡No! ¡No puede! Pecados como los míos no tienen perdón. No puede y no lo hará.

-Puede; sí lo hará. Es un Dios de amor, Naomi.

-No-dijo Naomi con testaruda convicción-. No, no es un Dios de amor, en absoluto. Es por eso que le tengo tanto miedo. Es un Dios de ira, de justicia, de castigo. ¡Amor! ¡El amor no existe! Nunca he hallado amor en la Tierra y no creo que exista en Dios.

-Naomi, Dios la ama como un padre.

-¿Como mi padre? -la risa de Naomi, llenó la habitación; era terrible de escuchar.

El viejo pastor se estremeció.

-No, no, como un padre tierno, cariñoso y comprensivo. Como usted hubiera amado a su chiquillo de haber vivido.

-Quisiera creerlo. No tendría miedo si lo creyera. *Hágame* entenderlo. Si usted cree que Dios es amor y perdón, tiene que poder hacérmelo creer a mí.

-Jesús perdonó y amó a Magdalena, Naomi.

-¿Jesús? Oh, no es *Él* quien me asusta. *Él* puede entender y perdonar. Es mitad hombre. Le digo que es a Dios a quien temo.

-Son sólo *un* Dios verdadero, Naomi -dijo el señor Leonard impotentemente. Sabía que nunca podría hacérselo entender a Naomi. Ese angustioso lecho de muerte no era el lugar más indicado para una exposición teológica sobre el misterio de la Trinidad.

-Cristo murió por usted, Naomi. Cargó con sus pecados muriendo en la cruz.

-Nosotros llevamos nuestros propios pecados-aseguró Naomi ferozmente-. He cargado con los míos toda mi vida y los cargaré toda la eternidad. No puedo creer nada más que eso. No *puedo* creer que Dios ha de perdonarme. He arruinado mentes y cuerpos. He roto corazones y envenenado hogares. Soy peor que un asesino. ¡No, no, no!; para mí no hay esperanza. -Su voz volvió a convertirse en un horrible chillido-. Iré al infierno. No temo tanto al fuego como a la oscuridad. Siempre le he tenido miedo. ¡Está tan poblada de cosas y pensamientos espantosos! ¡Nadie puede ayudarme! Los hombres no son buenos, y yo temo tanto a Dios.

Se retorció las manos, y el señor Leonard empezó a pasearse de un extremo a otro de la habitación en el estado de ánimo más angustioso que recordaba en su vida. ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía decir? Su religión era fuente de paz y consuelo para esta mujer y para todos, pero él no podía expresarlo con un lenguaje que entendiera esa pobre alma torturada. Contempló el rostro retorcido por el dolor, miró a la niña idiota en cuclillas a los pies de la cama, contempló a través de la ventana abierta el remoto cielo tachonado de estrellas, y se sintió preso de una terrible sensación de desamparo. ¡No podía hacer nada, nada! En toda su vida no había sentido mayor amargura en su corazón.

-¿Qué tiene usted de bueno si no puede ayudarme? -gimió la moribunda-. ¡Rece, rece, rece! -gritó repentinamente.

El señor Leonard cayó sobre sus rodillas, junto al lecho. No sabía qué decir. Ninguna oración conocida servía en esos momentos. Las bellas, antiguas fórmulas que llevaran ayuda y

consuelo a muchas almas serían palabras huecas para Naomi Clark. En su angustia, Stephen Leonard murmuró la oración más breve y sincera que pronunciara en su vida.

-¡Oh, Dios, Padre nuestro! Ayuda a esta mujer. Háblale en una lengua que pueda comprender.

En ese momento, un hermoso rostro pálido se recortó en la puerta contra la oscuridad de la noche. Nadie lo vio, y al instante había vuelto a perderse entre las sombras. Repentinamente la cabeza de Naomi cayó sobre la almohada, los labios azules, el rostro horriblemente contraído, los ojos extraviados. Maggie se levantó, empujó a un lado al señor Leonard y procedió a suministrar a la moribunda una medicina, con sorprendente habilidad y destreza. El señor Leonard creyendo que Naomi se estaba muriendo, fue hacia la puerta con el alma enferma y magullada.

Percibió una figura.

-Felix, ¿eres tú? -preguntó alarmado.

-Sí, señor. Janet temía que usted tropezara en el camino de vuelta a su casa, y me envió con un farol. Estuve esperando atrás del promontorio, pero luego pensé que era mejor venir a preguntarle si pensaba quedarse mucho tiempo, para dejarle el farol y volverme a casa.

-Sí, creo que será lo mejor. Todavía no sé cuánto tiempo más pasará aquí -dijo el señor Leonard pensando que el lecho de muerte de una pecadora no era espectáculo para los ojos de un niño.

-¿Está usted hablando con su nieto? -Naomi, pasado el espasmo, habló clara y fuertemente. -Si es él, hágalo entrar. Quiero verlo.

De mala gana el pastor hizo pasar a Felix. El muchacho se quedó junto al lecho mirando a Naomi con ojos benévolos. Pero ella no lo miró en seguida. Primero observó al pastor que estaba detrás del niño.

-Podía haberme muerto -dijo con voz cargada de repentino reproche- y a estas horas estaría en el infierno. Usted no puede ayudarme. Hemos terminado. No hay esperanzas para mí y lo sé.

Se volvió a Felix.

—Toma ese violín que está contra la pared y toca algo para mí -dijo imperativamente-. Me estoy muriendo, me voy al infierno y no quiero pensar en ello. Toca algo que distraiga mis pensamientos, no me importa lo que sea. Siempre me gustó la música. Encontré en ella algo que nunca pude hallar en otras cosas.

Felix miró a su abuelo. El anciano hizo un gesto de asentimiento. Se sentía demasiado avergonzado para hablar. Tomó asiento con su blanca cabeza entre las manos mientras Felix tomaba el viejo violín en el que tantas veces se ejecutaron alegres canciones para animar alocadas francachelas. El señor Leonard pensó que había fracasado en su ministerio. No había podido trasmitirle a Naomi el consuelo que depara la religión.

Felix empuñó el arco, mirando las cuerdas perplejamente. No tenía idea de qué debía tocar. Luego sus ojos quedaron prendados de la ardiente mirada azul de Naomi. La inspiración cayó sobre el niño transformándole el rostro. Comenzó a tocar como si no fuera él quien lo hiciera, sino algún poder misterioso, de quién él era pasivo instrumento.

Dulce, etérea y magnífica fue la música que llenó la habitación. El señor Leonard, olvidando su destrozado corazón, escuchó preso de confusa sorpresa. Nunca había oído algo parecido. ¿Cómo podía ese muchacho tocar así? Miró a Naomi y se maravilló del cambio operado en su rostro. El temor y el frenesí habían desaparecido, escuchaba conteniendo el aliento sin separar los ojos de Felix. A los pies de la cama la niña idiota tenía lágrimas sobre sus mejillas.

La extraña música hablaba de la felicidad de la inocente, gozosa adolescencia, mezclada

con la risa de las olas y la llegada de alegres brisas. Luego enunciaba los turbulentos e indóciles sueños de la juventud, dulces y puros en toda su turbulencia e indocilidad. Éstos fueron seguidos por un rapto de amor juvenil, amor por el que todo se sacrificaba y a todo se renunciaba.

La música cambió. Habló de la tortura de lágrimas contenidas, de la angustia de un corazón engañado y desolado. El señor Leonard casi se puso las manos sobre los oídos para escapar a su intolerable acerbidad. Pero en el rostro de la moribunda sólo se veía un extraño alivio. Luego vino la indiferencia y la pérdida de toda esperanza, la amargura de arder de rebelión y miseria, al apartarse temerariamente de la senda del bien. Había en esa música algo indescriptiblemente maligno, tan maligno, que el alma blanca del señor Leonard se estremeció de repugnancia, y Maggie se agachó y lloriqueó como un animal asustado.

Nuevamente cambió la música. Y ahora mostraba agonía y temor, y arrepentimiento y un grito implorando perdón. Al señor Leonard le resultaba familiar. Trató de recordar dónde la había oído antes, y de repente supo: ¡la había escuchado antes de llegar Felix en las terribles palabras de Naomi! Miró a su nieto con temor reverente. Allí había un poder desconocido por él, un extraño y espantoso poder. ¿Venía de Dios? ¿O de Satanás?

La música cambió por última vez. Y ya no era música, sino un perdón infinito y grandioso, un amor que todo lo comprende, era el remedio para el alma enferma, la luz, la esperanza y la paz. Un versículo de la Biblia, aparentemente incongruente, asaltó la mente del señor Leonard. "ésta es la casa de Dios, ésta es la puerta del cielo."

Felix bajó el violín y cayó pesadamente sobre una silla junto al lecho. La inspiración se esfumó de su rostro y no fue más que un niño cansado. Pero Stephen Leonard había caído sobre sus rodillas y sollozoba como un niño, y Naomi Clark yacía de espaldas con las manos cruzadas sobre el pecho.

-Ahora comprendo -dijo suavemente-. Antes no lo veía, *y* es tan simple ahora. Lo *siento.* Dios es un Dios de amor. Puede perdonarlo todo, aun a mí, aun a mí. *Él lo* sabe todo. Ya no lo temo. Me ama y me lo perdona todo como yo habría perdonado a mi criatura si hubiese vivido, no importa lo mala que hubiera sido o lo que hiciera. El pastor me lo dijo, pero yo no pude creerlo. Ahora lo sé. Y Él te envió aquí esta noche, muchacho, para que me lo dijeras de una manera que yo pudiera entenderlo.

Naomi Clark murió cuando el amanecer despuntaba sobre el mar. El señor Leonard se levantó del lugar donde velara toda la noche, junto a la enferma y fue hacia la puerta. Ante él estaba el puerto gris y austero bajo la tenue luz del amanecer. A lo lejos, el sol partía en dos la blanca niebla que cubría el mar y le arrancaba un brillo virginal.

Los abetos sobre el promontorio se movían suavemente y murmuraban al unísono. El mundo todo era una canción de primavera, resurrección y vida. Detrás de él, el rostro de Naomi Clark tenía una expresión de paz.

El viejo pastor y su nieto regresaron a su casa en medio de un silencio que ninguno de los dos deseaba quebrar. Janet Andrews les dio una buena reprimenda y un excelente desayuno. Luego los mandó a los dos a la cama. El señor Leonard le sonrió y dijo:

-En seguida, Janet, en seguida. Pero primero tome esta llave y traiga lo que está guardado en el cofre negro que hay en el desván.

Cuando Janet hubo salido se volvió a Felix.

-Felix, ¿te gustaría estudiar música y poner en ella tu ideal? Felix lo miró y su pálido rostro se sonrojó trasfigurándolo. -¡Abuelo! ¡Abuelo!

-Puedes hacerlo, mi muchacho. Después de lo de esta noche, no me atrevo a impedírtelo. Que Dios te bendiga y te guíe y te dé fuerzas para trabajar por Él y para trasmitir su mensaje al

mundo a tu manera. No es el camino que deseaba para ti, pero reconozco que estaba equivocado. El viejo Abel tenía razón cuando dijo que en tu violín estaba Cristo tanto como el demonio. Ahora entiendo lo que quiso decir.

Se volvió hacia Janet, que entraba al estudio trayendo un violín. El corazón de Felix dió un vuelco; lo había reconocido. El señor Leonard lo tomó de manos de Janet y se lo tendió al niño.

-Éste era el violín de tu padre, Felix. Que nunca tu música esté al servicio del mal, que nunca sirva a fines mezquinos. Eres responsables ante Dios por el don que te ha conferido, y Él te pedirá cuenta del uso que le hayas dado. Habla con él al mundo en tu propia lengua, con verdad y sinceridad, y se habrá cumplido con creces todo lo que yo espero de ti.

CAPÍTULO CUATRO

La pequeña Joscelyn

Ni siquiera hay que pensar en eso, tía Nan -dijo la señora Morrison decididamente.

La señora de William Morrison era una de esas personas que siempre hablan decididamente. Si anuncian que van a pelar papas para la cena, quienes escuchan comprenden que no hay escapatoria alguna y que comerán papas. Además, siempre se las conoce por su nombre completo. A William Morrison lo llamaban por lo general Billy, pero si alguien preguntaba en Avonlea por la señora de Billy Morrison, en el primer momento nadie sabía de quién se trataba.

-Tú misma deberías verlo, tía-continuó la señora de William mientras pelaba frutillas con sus dedos largos y firmes. La señora de William siempre aprovechaba sus ratos perdidos. -Kensington está a diez millas de aquí. Imagínate a qué horas regresarías a casa. De aquí a un mes será otra cosa. Tú bien sabes que este verano no está« nada fuerte.

La tía Nan suspiró y acarició con dedos temblorosos al pequeño gatito gris que tenía en la falda. Sabía, tan bien como cualquiera, que ese verano no estaba fuerte. En el fondo de su alma, dulce, frágil y tímida bajo el peso de sus setenta años, sentía con extraña certeza que ése era su último verano en Gull Point Farm. Pero ésa era la razón más poderosa para ir a escuchar cantar a la pequeña Joscelyn. Se trataba de su última oportunidad. ¡Oh! ¡Escuchar a la pequeña Joscelyn siquiera una vez! Joscelyn, cuya voz era deleite de miles de personas en ese mundo tan grande. Años atrás lo había sido de la tía Nan y de todos los habitantes de Gull Point Farm durante un dorado verano en el que poblaba con alegres cánticos la vieja heredad al amanecer y al atardecer.

-Sé que no estoy muy fuerte, Mary -imploró la tía Nan-, pero sí lo bastante para hacer eso.

Te aseguro que sí. Tú sabes que puedo pasar la noche en Kensington en casa de los parientes de George, y así no me cansaré tanto. Quiero oír cantar a Joscelyn. ¡Oh!, ¡cómo quiero a esa pequeña!

-Si algo no puedo comprender es la manera como te has encariñado con esa chiquilla -exclamó la señora Morrison, impaciente-. Ni la conocías cuando llegó y sólo estuvo aquí un verano.

-Verdad, pero, ¡qué verano! -dijo la tía Nan suavemente-. Todas nos encariñamos con Joscelyn. En seguida se convirtió en una de las nuestras. Es una de esas criaturas del Señor que vierten amor a manos llenas por todo lugar donde pasan. En cierto sentido, la pequeña Anne Shirley a quien los Cuthbert llevarán a vivir a Tejados Verdes, me la recuerda, aunque en realidad no se parecen en nada. Joscelyn es una belleza.

-Con toda seguridad que esa chiquilla de los Cuthbert no lo es --dijo la señora Morrison sarcásticamente-. Y si la lengua de Joscelyn fuera la tercera parte de activa de la de Anne Shirley, hubiera sido insoportable.

-La pequeña Joscelyn no tenía mucho de charlatana -continuó la tía Nan, soñadora-. Era una niña muy callada, pero lo que decía era para recordarlo. Nunca la he olvidado.

La señora Morrison encogió sus rollizos hombros.

-Han pasado quince años, y Joscelyn ya no tendrá nada de "pequeña". Es una mujer muy famosa y puedes estar segura de que ya ni se acuerda de ti.

-Joscelyn no pertenece a esa clase de gente. De cualquier modo, lo que interesa es que *yo* no la he olvidado a *ella.* ¡Oh, Mary! Años y años he suspirado por oírla cantar otra vez. Parece como si tuviera que volver a escucharla antes de morir. Nunca se me presentó la oportunidad y nunca volverá a presentárseme. Por favor, ¿le pedirás a William que me lleve a Kensington?

-Dios me ampare, tía Nan. Esto es una niñería -dijo la señora Morrison, llevando su recipiente con frutillas a la despensa-. Debes dejar a otros la tarea de decidir qué es lo mejor para ti. No estás lo suficientemente fuerte para viajar hasta Kensington, y aunque lo estuvieras, sabes bien que William no puede ir allí mañana por la noche. Tiene que ir a Newbridge a una reunión política. No pueden pasar sin él.

-Jordan puede llevarme -insistió tía Nan con una terquedad extraña en ella.

-¡Tonterías! No puedes ir a Kensington con el peón. Vamos, tía Nan, sé razonable. ¿No somos buenos contigo William y yo? ¿No hacemos todo lo posible para que estés bien?

-Sí: ¡oh, sí! -admitió tía Nan con tono lastimoso.

-Pues entonces debes dejarte guiar por nuestra opinión. No debes pensar más en ese concíerto, tía Nan, deja de atormentarme a mí y a ti mismo con esa idea. Voy hasta la costa a llamar a William para que venga a tomar té. Por favor, vigila al niño si se despierta y cuida de que la tetera no rebose.

La señora Morrison salió de la cocina, tratando de no ver las lágrimas que corrían por las rosadas mejillas de la tía Nan. Mientras caminaba hacia la costa, iba pensando que la anciana se estaba volviendo muy infantil. ¡Lloraba por cualquier cosa! ¡Y la idea de querer ir a Kensington al concierto del Oíd Timer's, y la insistencia que mostraba! Realmente, era difícil frenar sus caprichos. La señora Morrison suspiró virtuosamente.

En cuanto a la tía Nan, se quedó sentada en la cocina llorando amargamente como sólo pueden llorar las ancianas solitarias. Le parecía que no podría soportar tanto dolor, que ella *debía* ir a Kensington. Pero sabía que no sería posible, ya que la señora Morrison Había decidido lo contrario. La palabra de ésta era ley en Gull Point Farm.

-¿Qué le pasa a mi querida tía Nan? -gritó una calurosa voz juvenil desde la puerta. Allí se

había detenido Jordan Sloane con su rostro pecoso, mostrando toda la aflicción y ansiedad que era capaz de transmitir su cara tan redonda. Ese verano, Jordan era peón de las Morrison. Veneraba a la tía Nan.

-¡Oh, Jordan! – sollozó la anciana que, contra la opinión de la señora Morrison, no tenía a menos contarle sus cuitas a un peón-. No puedo ir mañana por la noche a Kensington al concierto del Oíd Tir1er's, donde canta la pequeña Joscelyn. Mary dijo que na puedo.

-Eso está muy mal -dijo Jordan-. Vieja gata -murmuró pensando en la ausente y serenamente inconsciente señora Morrison. Luego entró y fue a sentarse en el sillón junto a la tía Nan.

-¡Vaya, vaya!; no llore más -dijo palmeando la delgada espalda de ella con su enorme manaza tostada por el sol-. Si sigue llorando así se enfermará, y en Gull Point

Farm no podemos pasarnos sin usted.

La tía Nan sonrió.

-Mucho me temo que pronto tendrás que pasarlo sin mí, Jordan. No estaré aquí mucho tiempo más: Lo sé, me lo anuncia el corazón. Pero no lo sentiré; por el contrario, me alegraré, Jordan, pues estoy muy cansada. ¡Si sólo pudiera escuchar cantar una vez más a la pequeña Joscelyn...!

-¿Por qué está tan obstinada en oírla? No es parienta suya, ¿no es cierto?

-No, pero me es más querida, mucho más querida, que y; la mayoría de los de mí familia. Mary piensa que es tonto, pero tú no pensarías así si la conocieras, Jordan. La misma Mary cambiaría de opinión sí la hubiera conocido. Hace quince años, un verano vino aquí como pensionista. Tenía trece años entonces, y no tenía a nadie en el mundo excepto a una vieja tía que la enviaba al colegio en invierno y de vacaciones en verano, sin importarle nada de ella. La niña estaba hambrienta de cariño, Jordan, y aquí lo encontró. William y sus hermanos eran también unos chiquillos en ese entonces, y no tenían ninguna hermana. Todos nos encariñamos con ella. ¡Era tan dulce, Jordan, y tan bonita! Como una pintura, con largos rizos negros suaves como la seda, enormes ojos oscuros y mejillas rosadas que parecían rosas silvestres. Y cantaba, ¡Mi Dios! ¡Cómo cantaba! A toda hora su canto llenaba los viejos lugares. Yo contenía el aliento al escucharla. Siempre decía que llegaría a ser una cantante famosa, y nunca lo dudé. Era algo innato en ella. Los sábados por la tarde acostumbraba cantarnos himnos religiosos. ¡Oh, Jordan! Mi viejo corazón se siente joven otra vez al recordarla. ¡Qué dulce criatura era mi pequeña Joscelyn! Después de su partida, me escribió durante tres o cuatro años, pero hace ya mucho, mucho tiempo, que no tengo noticias suyas. Diría que se ha olvidado de mí, como opina María. No cabe la menor duda. Pero yo no la he olvidado y ¡cómo me gustaría verla y oírla una vez más!

Mañana por la noche canta en Kensington. Con toda seguridad los que ofrecen el concierto son amigos suyos, pues de otro modo ella no iría a un pueblito tan pequeño.

¡Sólo dieciséis millas! ¡Y yo no puedo ir! Jordan no supo qué contestarle. Reflexionó enfurecido que si él hubiera tenido un caballo propio, habría llevado a la tía Nan a Kensington. ¡Qué señora Morrison ni señora Morrison! Aunque, a decir verdad, era un viaje muy largo para ella y ese verano se la veía muy frágil.

-No va a durar mucho -murmuró Jordan escapando por la puerta de la galería mientras la señora Morrison entraba por la otra-. Con ella se irá la criatura más dulce que Dios ha creado. Sí, sí, así es. Me gustaría cantarle las cuarenta. ¡Eso es lo que haría! Esta última frase era para la señora Morrison, pero fue dicha en un tono prudentemente bajo. Jordan detestaba a la señora Morrison, pero ésta poseía la virtud de hacerse obedecer. El débil y tranquilo Billy Morrison hacía siempre lo que su mujer le indicaba. De modo que la tía Nan no fue a Kensington a oír

cantar a su pequeña Joscelyn. No dijo ni una palabra más, pero desde esa noche su salud pareció declinar día a día. La señora Morrison dijo que se debía al calor y a que era muy floja, pero la tía Nan no podía evitarlo, se sentía muy cansada. Hasta hacer calceta la fatigaba. Permanecía sentada horas y horas en su mecedora con el gatito gris sobre su regazo, mirando por la ventana con ojos ausentes y soñadores. Hablaba mucho consigo misma, generalmente de la pequeña Joscelyn. La señora Morrison comentó con sus vecinos de Avonlea que su tía se estaba volviendo cada día más chocha. Acompañaba estas palabras con un suspiro indicador de lo mucho que tenía que soportar.

Sin embargo, debe hacerse justicia a la señora Morrison. No era que no le tuviera cariño a la tía Nan; por el contrario, le tenía mucho afecto. Atendía escrupulosamente a su bienestar, y nunca emitía una queja en su presencia. Si la tía Nan percibía la falta de sentimiento en todo aquello, nunca dijo nada.

Un día, cuando las cuestas de Avonlea lucían doradas por la cosecha madura, tía Nan no pudo levantarse. No se quejaba de nada más que de un gran cansancio. La señora Morrison le dijo a su marido que si *ella* fuera a quedarse en cama cada vez que estaba cansada, las cosas no marcharían en Gull Point Farm. Preparó un excelente desayuno y se lo llevó a la tía Nan pacientemente, pero ésta apenas lo probó.

Después de la comida, Jordan se escurrió por la escalera trasera para verla. La tía Nan yacía con los ojos fijos en la enredadera de rosas pálidas que bordeaban su ventana. Cuando vio a Jordan, sonrió.

-Esas rosas me recuerdan a la pequeña Joscelyn -dijo suavemente-. Ella también las amaba. ¡Si pudiera verla!

¡Oh, Jordan, si pudiera verla! Mary dice que es infantil estar siempre con esta cantinela; y quizá lo sea. ¡Pero, Jordan, mi corazón tiene tantas ansias de ella, tantas ansias!

Jordan sintió un extraño nudo en la garganta, y dio vueltas al gastado sombrero con sus grandes manos. En ese momento decidió llevar a cabo una idea que todo el día le había estado dando vueltas en la cabeza. Todo lo que dijo fue:

-Espero que se mejore pronto, tía Nan.

-Sí, querido Jordan, pronto estaré bien -respondió la anciana con su dulce sonrisa-. Aunque no se debe llamar a la muerte, tú sabes. ¡Si pudiera ver antes a la pequeña Joscelyn...!

Jordan se volvió y corrió escaleras abajo. Billy Morrison se encontraba en el establo cuando Jordan asomó la cabeza por la puerta.

-Señor, ¿puedo disponer del resto del día? Tengo que ir a Kensington.

-Bueno, anda, y aprovecha antes de que empiece la cosecha. Y toma, Jord, toma este cuarto y compra naranjas para la tía Nan. No se lo cuentes a la comandante.

La cara de Bill Morrison era solemne, pero Jordan guiñó un ojo mientras guardaba el dinero en su bolsillo.

-Si tengo suerte, le traeré algo que le hará mucho mejor que las naranjas -murmuró al alejarse apresuradamente. Para esta época, Jordan ya tenía un caballo de su propiedad, un jaco algo huesudo que respondía al nombre de Dan. Bill Morrison había accedido a apacentar el animal siempre y cuando Jordan lo usara en el trabajo de la granja, arreglo del que se había mofado la señora Morrison con términos no muy medidos.

Jordan ató un cochecillo a Dan, se puso sus ropas domingueras y partió. En el camino releyó una nota que viera en el *Charlottetown Daily Enterprise,* el día anterior.

"Joscelyn Burnett, la famosa contralto, está pasando unos días en Kensington, a su regreso de la gira de conciertos. Es huésped de los esposos Branley en The Beeches.

-Tengo que llegar a tiempo -dijo enfáticamente Jordan.

Al llegar a Kensington, dejó a Dan en un establo y preguntó por el camino hacia The Beeches. Cuando se encontró ante una lujosísima mansión, ubicada al fondo de una calle color de esmeralda por una hermosa arboleda, se sintió muy nervioso.

-Qué bien voy a quedar golpeando la puerta principal y preguntando por la señora Joscelyn Burnett -gimió Jordan-. Quizá me contesten que dé la vuelta por atrás y pregunte por la cocinera. Pero igual lo harás, Jordan Sloane, y sin perder más tiempo. En marcha. Piensa en la tía Nan.

Una descarada doncella contestó al llamado de Jordan. Se quedó mirándolo cuando éste preguntó por la señorita Burnett.

-Creo que no podrá verla -dijo con brusquedad observando con aire receloso los cabellos de Jordan de corte campesino y sus ropas. ¿Qué desea?

-Se lo diré a ella, cuando la vea -respondió Jordan fríamente-. Dígale que traigo un mensaje de la tía Nan Morrison, de Gull Point Farm, de Avonlea. Si no la ha olvidado, eso bastará para que me reciba. Le ruego que se apresure: no tengo mucho tiempo que perder.

La doncella decidió ser cortés, y lo invitó a entrar. Pero mientras iba en busca de la señorita Burnett, lo dejó parado en medio del salón. Jordan miraba todo con asombro. Nunca había estado en un lugar parecido. El vestíbulo de por sí era magnífico, pero las puertas abiertas a ambos lados mostraban a los ojos de Jordan habitaciones tan maravillosas como las de un palacio.

-¿Cómo pueden andar por ahí sin echarse esas cosas encima?

En ese momento llegó Joscelyn Burnett y Jordan se olvidó de todo lo demás. Esa mujer alta y hermosa, vestida con sedas y con un rostro como jamás viera o soñara Jordan, ¿podía ésa ser la pequeña Joscelyn de la tía Nan? La cara pecosa y ovalada de Jordan se tiñó de rojo. Se sentía terriblemente embarazado y con la lengua trabada. ¿Qué le diría? ¿Cómo se lo diría?

Joscelyn lo miró con sus profundos y negros ojos, ojos de mujer que ha sufrido mucho, aprendido mucho y luchado mucho antes de alcanzar la victoria.

-¿Viene usted de parte de tía Nan? -preguntó-. ¡Me alegro tanto de tener noticias suyas! ¿Se encuentra bien? Venga y cuénteme sobre ella.

Se volvió hacia uno de los encantadores salones, pero Jordan la interrumpió desesperadamente.

-¡Oh, no! Allí no, señora. Ahí dentro no podría decírselo. Sí, señora, de parte de la tía Nan y no, no está bien, no. Se está muriendo, yo creo. Y día y noche piensa en usted. Parece como si no pudiera descansar en paz hasta verla. Quería venir a Kensington a oírla cantar, pero esa vieja gata de la señora Morrison (perdón, señora), no la dejó venir. Siempre está hablando de usted. Si usted quisiera venir a Gull Point Farm a verla a ella, yo le estaría eternamente agradecido.

Joscelyn Burnett pareció confundida. Nunca olvidó a Gull Point Farm, ni a la tía Nan, pero durante años los recuerdos habían permanecido débilmente en el fondo de su subconsciente, aplastados bajo los excitantes acontecimientos de su vida. Pero ahora llegaban como un torrente. Recordó con ternura la paz, el amor y la belleza de aquel dorado verano, y a la dulce tía Nan, tan sabia en todas las cosas buenas, simples y verdaderas de la vida. Por un momento Joscelyn Burnett volvió a ser la solitaria chiquilla *de* corazón hambriento que vagaba en busca de cariño sin encontrarlo hasta que la tía Nan la amparó en su corazón maternal y se lo brindó a raudales.

-No sé qué hacer -dijo perpleja-. Si hubiera usted llegado antes... Salgo esta noche en el tren de las veintitrés *y* treinta. *Debo* partir en él o no llegaré a Montreal a tiempo para firmar un importante contrato. Y así y todo, también tengo que ver a la tía Nan. He sido negligente y

desamorada. Debí haber ido a verla antes. ¿Qué podemos hacer?

-La traeré de vuelta a Kensington a tiempo para tomar el tren --dijo Jordan ansiosamente-. No hay nada que yo no pueda hacer por tía Nan... yo y Dan. Sí, la *traeré* de vuelta a tiempo. ¡Piense en la cara que va a poner tía Nan cuando la vea!

-Iré -dijo la gran cantante, sencillamente.

Caía la tarde cuando llegaron a Gull Point Farm. El sol producía como un arco dorado sobre los abetos de la parte posterior de la casa. La señora Morrison se hallaba en el establo, ordeñando, y la casa estaba sola, salvo el pequeño que dormía en la cocina y la anciana que velaba en el piso superior.

-Por aquí, señora -indicó Jordan felicitándose de que el campo estuviera libre-. La llevaré directamente a su cuarto.

Una vez arriba Joscelyn golpeó la puerta entreabierta y entró. Antes de que ésta se cerrara, Jordan oyó decir a la tía Nan:

-Joscelyn, pequeña Joscelyn! -con un tono que estremeció su corazón. Bajó la escalera dando gracias a Dios y en la cocina se topó con la señora Morrison.

-Jordan, ¿quién era esa elegante dama que llegó contigo, y qué has hecho de ella?

-Era la señorita Joscelyn Burnett-dijo- Jordan, orgulloso.

Era su hora de triunfo sobre la señora Morrison. -Fui a Kensington y la traje a ver a tía Nan. Está arriba, con ella.

-¡Dios mío! -exclamó la señora Morrison desamparadamente-. ¡Y yo ordeñando! Jordan, por amor de Dios, atiende a la criatura mientras me pongo mi vestido de seda negra. Podrías haber avisado. Confieso que no sé quién es más tonto de los dos, tú o tía Nan.

La señora Morrison escapó de la cocina y Jordan expresó su satisfacción con una pequeña carcajada.

Arriba, el cuartito estaba radiante con la gloria del sol del atardecer y la felicidad de los corazones. Joscelyn se hallaba arrodillada junto al lecho y rodeaba con sus brazos a la tía Nan. Ésta acariciaba los cabellos oscuros, suavemente.

-¡Oh, pequeña Joscelyn! -murmuró-. Eso es demasiado bueno para ser verdad. Parece un hermoso sueño. Te reconocí en cuanto entraste, mi querida; no has cambiado nada. Y eres una cantante famosa, Joscelyn. ¡Siempre supe que llegarías a serlo! ¡Quiero que cantes para mí! Sólo una canción. ¿Lo harás, querida? Canta esa que la gente prefiere entre todas. He olvidado el nombre, pero lo leí en los periódicos. Cántala para mí, pequeña Joscelyn.

Y Joscelyn, de pie junto al lecho de la tía Nan, a la luz del atardecer, entonó la canción que cantara ante muchos auditorios brillantes, en más de una importante sala de inciertos. Cantó como nunca lo había hecho, mientras la tía Nan escuchaba beatíficamente. Escaleras abajo, hasta la señora Morrison contenía el aliento extasiada por la exquisita melodía que flotaba por la vieja granja.

-¡Oh, mi pequeña Joscelyn! -suspiró latía Nan cuando terminó.

Joscelyn volvió a arrodillarse y ambas conversaron largamente de los viejos tiempos. Uno por uno exhumaron los recuerdos del lejano verano, que encerraba lágrimas y risas. Las mentes y los corazones se aventuraron por los caminos del pasado. La tía Nan era perfectamente feliz. Joscelyn le contó todas sus luchas y triunfos desde que ambas se separaron.

Cuando la luz de la luna empezaba a entrar por la ventana del cuarto, la tía Nan puso la mano sobre la cabeza de Joscelyn y murmuró:

-Pequeña Joscelyn, si no es demasiado pedir, querría que me cantaras otra canción. ¿Te acuerdas que cuando estabas aquí acostumbrábamos a cantar himnos los domingos por la noche,

y que mi preferido era *La arena del tiempo está bajando?* Nunca olvidaré cómo lo cantabas y querría volver a oírlo una vez más, querida. Canta para mí, pequeña.

Joscelyn se levantó y fue hacia la ventana. Apartando la cortina contempló el maravilloso esplendor de la noche de luna y cantó el viejo himno. Al principio, la tía Nan siguió el compás golpeando débilmente sobre el cobertor; cuando Joscelyn llegó al versículo "Con piedad y con justicia", apoyó las manos sobre su pecho y sonrió.

Al finalizar, Joscelyn se acercó al lecho.

-Me temo que ya sea hora de decirnos adiós, tía Nan.

Comprendió que la anciana se había quedado dormida. No la despertó, pero quitándose del pecho el, manojo de rosas rojas que llevaba, lo colocó bondadosamernte entre los dedos consumidos.

-Adiós, mi muy querida, mi dulce madrecita - murmuró.

Al pie de la escalera halló a la señora Morrison, esplendorosa, con su vestido de seda negra. Su ancho rostro mostraba la más amplia de las sonrisas y se deshacía en cumplidos y atenciones que Joscelyn frenó fríamente.

-Gracias, señora Morrison, pero no me= es posible quedarme ni un rato más. No, gracias, no deseo ningún refresco. Jordan me llevará a Kensington. Sólo) vine a ver a la tía Nan.

-Estoy segura que la ha hecho muy feliz --dijo la señora Morrison efusivamente-. Hace semanas y semanas que no habla más que de usted.

-Sí, se ha sentido muy feliz -dijo Joscelyn con tono grave- y yo también. Quiero mucho a tía Nan, señora Morrison, y le debo mucho. En toda mi vida, nunca encontré otra persona tan pura, desinteresadamente buena, noble y sincera.

-¡Vaya! -exclamó la señora Morrison, algo conmovida al escuchar tales elogios para la tímida tía Nan, de boca de tan famosa cantante.

Al regresar de Kensington, Jordan subió al dormitorio de la tía Nan y la encontró dormida con una sonrisa de felicidad en el rostro y con las rosas de Joscelyn entre los dedos. Así la halló la señora Morrison, cuando al día siguiente fue a llevarle el desayuno. La luz del sol iluminaba el dulce rostro y los plateados cabellos y descendía hacia las marchitas rosas rojas que descansaban sobre su pecho Feliz, sonriente y en paz yacía la tía Nan, pues mientras escuchaba cantar a su pequeña Joscelyn, había entrado en el sueño que no tiene despertar.

CAPÍTULO CINCO

El triunfo de Lucinda

El casamiento de un Penhallow era siempre la señal para que se reunieran todos los que llevaban tal apellido. De todos los rincones de la tierra llegaban Penhallow por nacimiento, Penhallow por casamiento y Penhallow por abolengo. East Grafton era la antigua región donde vivía esta "raza", y la casa del "viejo" John Penhallow constituía para ellos la Meca.

Aun para la misma familia, la relación de las diversas ramas con sus ramificaciones era un verdadero jeroglífico. `El viejo tío Julius Penhallow era considerado un verdadero prodigio, pues en un instante podía determinar qué relación tenía un Penhallow con otro Penhallow. El resto de

ellos vivían en medio de la confusión, y los jóvenes Penhallow se consideraban todos primos de una manera vaga.

En esta ocasión se casaba Alice Penhallow, hija de John Penhallow "el joven". Alice era una joven muy bonita. Ella y su boda sólo están conectadas con esta historia porque sirvieron para situar a Lucinda, de modo que no hace falta decir nada más sobre el acontecimiento.

La tarde del día de la boda (los Penhallow tenían la costumbre de efectuar sus casamientos de tarde y festejarlos con un gran baile), Penhallow Grange estaba repleta de invitados que habían llegado a tomar el té y descansar antes de dirigirse hacia la casa de John "el joven". Algunos de ellos habían viajado hasta cincuenta millas. En la enorme huerta otoñal, la juventud se dedicaba a charlar y a coquetear con toda la libertad. Arriba, en el dormitorio de la "vieja" señora Penhallow, ella y sus hijas casadas estaban reunidas en cónclave. El "viejo" John se había establecido con sus hijos y yernos en la galería. Y las tres nueras se encontraban cómodamente instaladas en el salón azul, en caluroso chismorreo. También estaban allí Lucinda y Romney Penhallow.

La delgada esposa de Nathaniel Penhallow estaba sentada en la mecedora con los pies hacia la parrilla del hogar, pues la hermosa tarde otoñal era fresca, y Lucinda, como de costumbre, tenía la ventana abierta. Ella y la obesa señora de Frederick Penhallow llevaban todo el peso de la conversación, pues la señora cíe George Penhallow se mantenía algo distante, debido a su falta de práctica social. Era la segunda esposa de George Penhallow y se había casado hacía sólo un año. En consecuencia, sus contribuciones a la conversación eran algo espasmódicas, imprevistas, deslizadas muchas veces a la ventura, y en ciertas oportunidades, no muy acertadas desde el punto de vista del clan.

Romney Penhallow estaba sentado en un rincón, escuchando la conversación de las mujeres con la inescrutable sonrisa que siempre molestaba a la esposa de Frederick. La señora de George se preguntaba qué haría allí, entre las mujeres. También pensaba a qué rama de la familia pertenecería. No era uno de los tíos, aunque no podía ser mucho más joven que George.

-Debe de tener unos cuarenta años -reflexionó-, pero está muy bien conservado y es realmente elegante y fascinante. Nunca he visto barba y hoyuelos más espléndidos.

Lucinda, con sus cabellos bronceados y el cutis más blanco que pudiera soñarse, desafiaba los rayos solares y el aire fresco. Sentada en el antepecho de la ventana abierta, miraba hacia el jardín, donde las dalias y los ásteres parecían pinceladas rojas y blancas. La brillante luz del atardecer otoñal resplandecía sobre las ondas de su cabello e iluminaba la perfección de sus rasgos de pura línea griega.

La señora de George sabía que era una prima segunda y que a pesar de sus treinta y cinco años, era la belleza reconocida de toda esa generación de Penhallow.

Era una de esas raras mujeres a quienes el tiempo respeta sus encantos. Había crecido y madurado, pero no envejecido. Las mayores de los Penhallow acostumbraban considerarla una niña aún, y las jóvenes la aceptaban como a una de ellas. Así y todo, Lucinda nunca se mostró aniñada. Todo su tacto y sentido del humor la libraban de caer en esa tentación. Era solamente una mujer hermosa y completamente formada a quien el tiempo había dado tregua; una joven en la madura juventud y con quien los años no tienen nada que hacer.

La señora de George quería y admiraba a Lucinda, y cuando aquélla quería y admiraba a una persona, tenía la inevitable necesidad de compartir sus opiniones sobre ella con el confidente más apropiado. En este caso la señora de George se dirigió hacia Romney Penhallow, a quien le dijo con dulzura:

-Realmente, ¿no le parece que nuestra Lucinda está admirablemente hermosa este otoño?

Tenía toda la apariencia de una pregunta inocente y bienintencionada y la pobre señora de George bien podía ser excusada por sentirse azorada ante el efecto que le hizo a Romney. Éste juntó sus largas piernas, se puso de pie y dio a su infortunada interlocutora un ejemplo del genio de los Penhallow.

-Lejos de mí diferir con la opinión de una dama, especialmente cuando se relaciona con otra -manifestó mientras abandonaba el salón azul.

Confundida por el tono satírico de la respuesta, la señora de George miró a Lucinda sin decir palabra. Ésta había vuelto la espalda a la reunión y observaba el jardín, pero su blanco cuello y mejillas se habían teñido de rojo. Entonces la señora de George se volvió hacia sus cuñadas. Éstas la miraban con la tolerante diversión que podía haberles proporcionado los disparates de un niño. La señora de George tuvo la impresión de que había dicho una inconveniencia. Se sintió desagradablemente ruborizada. ¿Qué pieza del engranaje Penhallow había sacudido inconscientemente? ¿Por qué alabar a Lucinda constituía tan evidentemente violación a las reglas?

El llamado a tomar el té rescató a la pobre señora de George de su embarazosa situación. Lo agradeció devotamente. Sin embargo, la comida había perdido para ella todo su interés. El mortificante recuerdo de su misterioso error y su curiosidad le quitaban el apetito. Tan pronto como finalizó el té, llevó a la señora de Frederick al jardín y en el camino de las dalias le exigió que le explicara todo.

Su cuñada estalló en carcajadas.

-Mi querida Cecilia, fue *tan* divertido -dijo con cierto aire condescendiente.

-Pero, *¿porque?-gritó* Cecilia, resentida por la condescendencia y el misterio-. ¿Por qué fue tan terrible lo que dije, o tan gracioso? ¿Y *quién* es ese Romney Penhallow a quien no se le puede dirigir la palabra?

-¡Oh! Romney es uno de los Penhallow de Charlottetown. Es abogado. Es primo hermano de Lucinda y primo segundo de George. Al menos o algo así; si quieres la genealogía tendrás que recurrir al tío Julius. Es un perpetuo embrollo esto del parentesco de los Penhallow. Y en cuanto a Romney, claro que puedes hablar con él de cualquier cosa excepto de Lucinda. ¡Oh, inocente! ¡Preguntarle a él si no le parecía que Lucinda estaba hermosa! ¡Y delante de ella! Por supuesto, él pensó que lo habías hecho a propósito, para molestarlo, por eso se mostró tan sarcástico y brusco.

-Pero, *¿por qué?* -insistió tenazmente la señora de George.

-¿No te lo ha contado George?

-No -dijo Cecilia en el punto máximo de su exasperación-. Desde que estamos casados George ha empleado su tiempo contándome cosas raras de los Penhallow, pero evidentemente no ha llegado a ésta.

-Bueno, querida, pues éste es el romance de la familia. Lucinda y Romney están enamorados y lo están desde hace quince años, pero en todo ese tiempo no se han dirigido la palabra ni una sola vez.

-¡Mi Dios! -exclamó la señora de George. ¿Será éste un método Penhallow de hacer la corte? Pero *¿por qué?*

-Hace quince años tuvieron una disputa -explicó la señora de Frederick pacientemente-. ¿Nadie sabe por qué ni cómo comenzó, salvo que fue Lucinda la equivocada; y admirablemente hermosa este otoño?

Tenía toda la apariencia de una pregunta inocente y bienintencionada y la pobre señora de George bien podía ser excusada por sentirse azorada ante el efecto que le hizo a Romney. Éste juntó sus largas piernas, se puso de pie y dio a su infortunada interlocutora un ejemplo del genio

de los Penhallow.

-Lejos de mí diferir con la opinión de una dama, especialmente cuando se relaciona con otra -manifestó mientras abandonaba el salón azul.

Confundida por el tono satírico de la respuesta, la señora de George miró a Lucinda sin decir palabra. Ésta había vuelto la espalda a la reunión y observaba el jardín, pero su blanco cuello y mejillas se habían teñido de rojo. Entonces la señora de George se volvió hacia sus cuñadas. Éstas la miraban con la tolerante diversión que podía haberles proporcionado los disparates de un niño. La señora de George tuvo la impresión de que había dicho una inconveniencia. Se sintió desagradablemente ruborizada. ¿Qué pieza del engranaje Penhallow había sacudido inconscientemente? ¿Por qué alabar a Lucinda constituía tan evidentemente violación a las reglas?

El llamado a tomar el té rescató a la pobre señora de George de su embarazosa situación. Lo agradeció devotamente. Sin embargo, la comida había perdido para ella todo su interés. El mortificante recuerdo de su misterioso error y su curiosidad le quitaban el apetito. Tan pronto como finalizó el té, llevó a la señora de Frederick al jardín y en el camino de las dalias le exigió que le explicara todo.

Su cuñada estalló en carcajadas.

-Mi querida Cecilia, fue *tan* divertido -dijo con cierto aire condescendiente.

-Pero, *¿porque?-gritó* Cecilia, resentida por la condescendencia y el misterio-. ¿Por qué fue tan terrible lo que dije, o tan gracioso? ¿Y *quién* es ese Romney Penhallow a quien no se le puede dirigir la palabra?

-¡Oh! Romney es uno de los Penhallow de Charlottetown. Es abogado. Es primo hermano de Lucinda y primo segundo de George. Al menos o algo así; si quieres la genealogía tendrás que recurrir al tío Julius. Es un perpetuo embrollo esto del parentesco de los Penhallow. Y en cuanto a Romney, claro que puedes hablar con él de cualquier cosa excepto de Lucinda. ¡Oh, inocente! ¡Preguntarle a él si no le parecía que Lucinda estaba hermosa! ¡Y delante de ella! Por

';' supuesto, él pensó que lo habías hecho a propósito, para molestarlo, por eso se mostró tan sarcástico y brusco.

-Pero, *¿por que?* -insistió tenazmente la señora de George.

-¿No te lo ha contado George?

-No -dijo Cecilia en el punto máximo de su exasperación-. Desde que estamos casados George ha empleado su tiempo contándome cosas raras de los Penhallow, pero evidentemente no ha llegado a ésta.

-Bueno, querida, pues éste es el romance de la familia. Lucinda y Romney están enamorados y lo están desde hace quince años, pero en todo ese tiempo no se han dirigido la palabra ni una sola vez.

-¡Mi Dios! -exclamó la señora de George. ¿Será éste un método Penhallow de hacer la corte? Pero *¿por que?*

-Hace quince años tuvieron una disputa --explicó la señora de Frederick pacientemente-. Nadie sabe por qué ni cómo comenzó, salvo que fue Lucinda la equivocada; y esto lo sabemos porque ella misma lo admitió tiempo después. Pero, en el primer momento de ira, Lucinda le dijo a Romney que no volvería a dirigirle la palabra mientras viviera, y Romney afirmó que no le hablaría a menos que ella dijera la primera palabra, ya que, al estar equivocada, debía ser suya la iniciativa. Y nunca se han hablado. Muchos han intentado reconciliarlos, pero todos han fracasado. No creo que Romney haya ido más allá de *pensar* en alguna otra mujer en toda su vida, y en cuanto a Lucinda, ni siquiera ha pensado en otro hombre. Habrás notado que todavía

lleva el anillo de Romney. Aún están prácticamente comprometidos y Romney dijo una vez que si Lucinda le dijera una sola palabra, aunque fuera insultante, él podría hablar, y pedirle perdón por su parte de culpa en la disputa, pues de ese modo no quebrantaría su palabra. Hace años que no dice nada al respecto, pero supongo que sigue pensando igual. Y están tan enamorados como siempre. Él siempre anda rondando por donde está ella, es decir, cuando hay gente delante. Cuando está sola, la evita como a la peste. Es por eso que hoy estaba en el salón azul con nosotras. No parece haber ni pizca de resentimiento entre ellos. ¡Si Lucinda hablara! Pero no lo hará.

-¿No cree que todavía puede hacerlo?

La señora de Frederick sacudió la cabeza sabiamente.

-Ya no. La cosa ha ido demasiado lejos. Su orgullo nunca la dejará hablar. Antes pensábamos que en cualquier momento lo harían, por olvido o por accidente; hasta le tendimos trampas, pero todo fue inútil. Es una verdadera vergüenza. Están hechos uno para el otro. Sabes, me pongo de mal humor cuando pienso en todo este tonto asunto. ¿No parece que estuviéramos hablando de una riña entre colegiales? En los últimos años hemos aprendido que no teníamos que hablarle a Romney de Lucinda, ni siquiera de la manera más vulgar; parece ofenderlo.

-Él debió haber hablado -exclamó la señora de George calurosamente-. Aun si ella hubiera tenido diez veces más culpa que él, él debió perdonarla y hablar primero.

-Pero no lo hizo. Y ella tampoco. Nunca encontrarás dos mortales más resueltos. Lo heredaron de su abuelo, por parte de madre, el viejo Absalon Gordon. Del lado de los Penhallow no son testarudos. Absalon era un hombre muy obstinado; su obstinación era un proverbio, mi querida, un proverbio. Lo que decidía lo cumplía así se cayeran los cielos. También era un hombre terrible para jurar - prosiguió la señora de Frederick penetrando en los caminos del recuerdo-. En su juventud había pasado mucho tiempo en una colonia de mineros y nunca pudo sacar la costumbre de jurar. La sangre se te hubiera helado en las venas de haberlo oído algunas veces. Y así y todo, era un anciano realmente bueno. Afortunadamente a nadie se le pegó el hábito. Pero no podía evitarlo. Decía que juraba tan naturalmente como respiraba. Su familia se mortificaba mucho. Pero ahora está muerto y a la muerte hay que respetarla. Bueno, tengo que ir a buscar a Mattie para que me arregle el cabello. Si lo hiciera sola me arrancaría limpias las mangas del vestido, y no tengo ganas de volver a desnudarme. No creo que te queden deseos de volver a hablarle a Romney **de** Lucinda, mi querida Cecilia.

-¡Quince años! -murmuró la señora de George como hablándoles a las dalias con aire desesperado-. ¡Comprometidos durante quince años y sin hablarse! ¡Oh, estos Penhallow!

Entretanto, Lucinda se vestía para la boda, serena e inconsciente de que la señora de Frederick estaba contando su historia de amor en el jardín de las lilas. A Lucinda le agradaba vestirse para una fiesta pues el espejo todavía era gentil con ella. Además, tenía un nuevo vestido. Ahora bien, un nuevo vestido -y especialmente uno tan lindo como ése- era una rareza en Lucinda, que pertenecía a una rama de los Penhallow destacada por su tacañería. En verdad, ella y su madre viuda eran positivamente pobres y por eso un nuevo vestido era un acontecimiento en su existencia. Un tío se lo había regalado. Era tan hermoso y delicado como lo soñara, pero jamás se hubiera atrevido a elegirlo sola.

Era de *voile* verde pálido, color que hacía resaltar admirablemente el rojizo destello de sus cabellos y la clara brillantez de su piel. Cuando hubo terminado de vestirse, se contempló en el espejo con franco deleite. No era envanecida, pero tenía cabal conciencia de su belleza y eso le daba un placer impersonal, como si estuviera contemplando un hermoso retrato pintado por un maestro.

La cara y el cuerpo reflejados en el espejo la satisficieron. Los pliegues y volados de *voile* verde subrayaban las perfecciones de su silueta. Lucinda alzó un brazo y llevó a sus labios una rosa roja con la mano en la que brillaba el diamante de Romney, mientras contemplaba con crítica aprobación la grácil curva de sus hombros y la espléndida línea de su mentón y de su cuello.

También notó lo bien que sentaba a sus ojos el color de la prenda, que hacía resaltar toda su profundidad. En cierta ocasión, Romney escribió un soneto donde comparaba el color de sus ojos con el de las flores salvajes. Esto puede parecer no muy poético, a menos que se recuerde el color de esas flores púrpura oscuro con cierta luz, pizarra claro otras veces y hasta también el húmedo azul de las violetas tempranas.

-Luces muy bien -comentó a la imagen en el espejo-. Nadie pensaría que eres una solterona. Pero así es. Hace quince años, cuando *tú* pensabas casarte, Alice Penhallow, que se casa esta noche, era una chiquilla de cinco. Eso te hace una solterona, querida. Bueno, es tu propia culpa, y así seguirá siendo, ¡pedazo de terca!

Se dio vuelta airada y se puso los guantes.

-Espero no manchar el vestido esta noche -reflexionó-. Deberá servirme de traje de gala por lo menos durante un año más y tengo la sensación de que es muy fácil de ensuciarse. ¡Ese buen tío Mark! ¡Cómo habría detestado que me regalara algo útil y feo, como hubiera hecho la tía Emilia!

Todos fueron a casa de John Penhallow "el joven" a la salida de la luna. Lucinda viajó las dos millas entre las colinas y valles con un joven primo segundo, llamado Carey Penhallow. La boda fue un acontecimiento brillante. Lucinda parecía ser el centro de la fiesta y dondequiera que fuese levantaba un murmullo de admiración. Era una verdadera belleza y sin embargo se sentía ligeramente aburrida y estuvo contenta cuando los invitados comenzaron a dispersarse.

-Temo estar perdiendo mi capacidad para divertirme - pensó, un poco triste-. Sí, debo de estar volviéndome vieja. Eso pasa cuando los deberes sociales comienzan a aburrirnos.

A la desdichada señora de George le tocó disparatar otra vez. Estaba en la galería cuando salió Carey Penhallow.

-Dígale a Lucinda que no podré llevarla de regreso.

Debo llevar a Mark y Cissy Penhallow hasta Bright River para que alcancen el expreso de las dos. Creo que encontrará quien la lleve.

En ese momento, George llamó a su mujer mientras luchaba con el caballo. Su esposa, apurada, volvió al salón lleno de gente. Ninguno de los Penhallow supo nunca exactamente a quién dio su mensaje. Pero una muchacha alta, de cabellos rojizos, vestida de organdí verde pálido - Anne Shirley de Avonlea- más tarde contó a Marilla Cuthbert y a Rachel Lynde que una mujercilla regordeta vestida de rosa la había tomado del brazo y le había dicho:

-Carey Penhallow no puede llevarte, tiene que acompañar a otros -y se marchó antes de que pudiera contestarle.

Así fue como Lucinda se vio abandonada, sin noticia previa, cuando salió a la galería. Los Penhallow del Grange habían partido. Pudo comprobarlo después de una búsqueda azorada y comprendió que debía ir andando a su casa esa noche. Estaba claro que nadie la acompañaría.

Lucinda se enojó. No es agradable sentirse olvidada y abandonada. Y es menos agradable aún caminar sola hasta su casa por un camino real a la una de la madrugada vestida de *voile* verde. Ella no estaba preparada para tal caminata. Llevaba zapatos de suela fina y sólo tenía para resguardarse del frío un pañuelo ligero y una chaqueta corta.

-Qué aspecto raro tendré, con este atuendo -pensó airada.

No le quedaba otra salida, a menos que explicara su situación a alguno de los invitados desconocidos y le pidiera que la llevara a casa. Su orgullo rechazaba tal pedido y el reconocimiento de debilidad que significaba. No; caminaría, ya que no quedaba otro remedio. Pero no iría por el camino real para que la contemplaran todos cuantos pasaran. Había un atajo por un sendero que cruzaba los campos; lo conocía bien aunque hacía años que no iba por allí.

Recogió su falda, se deslizó alrededor de la casa al amparo de las sombras, tomó por el sendero lateral y dio con una puerta que se abría al prado bordeado de arces donde los árboles helados brillaban a la luz de la luna. Lucinda se deslizó por el sendero, con su ira aumentando a cada paso, a medida que comprendía lo mal que la habían tratado. Creía que nadie se había acordado de ella, cosa diez veces peor que un desprecio premeditado.

Al llegar a la puerta del extremo del campo, un hombre apoyado en ella se sobresaltó y lanzó una exclamación que, para otro que no fuera Romney Penhallow o para otra mujer que no fuera Lucinda Penhallow, hubiera denotado sorpresa. Lucinda lo reconoció con mucho de disgusto y con algo de alivio. Ya no tendría que marchar sola hasta su casa. ¡Pero su acompañante sería Romney Penhallow! Quizás él pensaba que todo aquello había sido premeditado.

Romney le abrió la puerta en silencio; en silencio la cerró tras ella, y en silencio echó a andar a su lado. Cruzaron un campo aterciopelado. El aire estaba helado, calmo y quedo. Sobre el mundo caían la luz de la luna y el rocío que transformaban a las prosaicas colinas y campos de East Grafton en un país de hadas. Al principio, Lucinda se sintió aún más airada. ¡Cómo reirían por esto los Penhallow!

En lo que se refería a Romney, él también estaba furioso ante la broma que le jugaba la suerte. Le gustaba tan poco como a cualquiera estar en situación desairada y por cierto que verse obligado a cruzar los campos alumbrados por la luna a la una de la madrugada, junto a la mujer a quien amaba y con quien no cruzaba palabra en quince años, era una ironía del destino. ¿Pensaría ella que él lo había planeado? Y ¿cómo diablos Lucinda se iba a su casa andando? Cuando hubieron cruzado el campo y estaban llegando a la cuesta donde crecían los cerezos silvestres, la ira de Lucinda había sido dominada por su salvador sentido del humor. Hasta estaba sonriendo maliciosamente bajo su bufanda.

El sendero era un lugar de encantamiento. Una larga columna estaba alumbrada por la luna por donde parecían danzar las esquivas ninfas de los bosques. Los rayos cruzaban las ramas arqueadas y hacían un mosaico de plata y sombras en el camino de los amantes enemistados. A ambos lados estaban las revoloteantes sombras de los bosques, y envolviendo todo, el gran silencio no turbado por el viento.

A mitad del camino, Lucinda fue atacada por un recuerdo sentimental. Pensó en la última vez que cruzaron ese mismo sendero ella y Romney, de regreso de una fiesta en casa de John "el joven". Entonces también había luna y (Lucinda reprimió un suspiro) habían caminado tomados de la mano. Aquí, junto al haya gris, él la había detenido y le había dado un beso. Lucinda caviló si él no estaría pensando lo mismo y le echó una furtiva mirada a través del encaje de su pañuelo. Pero Romney caminaba taciturno con las manos en los bolsillos y el sombrero echado sobre los ojos. Pasó junto a la haya sin mirar a su compañera. Lucinda reprimió otro suspiro, recogió más su falda y continuó andando.

Más allá de la cuesta, los argentados campos cultivados descendían hasta el arroyo de Peter Penhallow, una corriente ancha y vadosa, cruzaba en tiempos viejos por el mohoso tronco de un árbol caído. Cuando llegaron junto al arroyo, miraron las aguas alborotadas con ojos espantados. Lucinda -recordó que no debía hablarle a Romney justo a tiempo para reprimir una

exclamación de consternación. ¡No había ningún árbol! ¡No había puente sobre el arroyo!

Aquello era algo inesperado. Pero antes de que Lucinda pudiera preguntarse, desesperada, qué podrían hacer, Romney le contestó, no con palabras, sino con hechos. Fríamente la tomó en sus brazos, como si fuera una criatura y no una mujer adulta de buen peso, y comenzó a vadear las aguas.

Lucinda se sintió impotente. No podía prohibírselo y estaba tan enmudecida por la ira que no hubiera podido decir palabra. Entonces se produjo la catástrofe. Romney perdió pie en una piedra, hubo un terrible chapoteo, y al instante, ambos estaban sentados en mitad de la corriente.

Lucinda fue la primera en ponerse de pie. Su empapado vestido se adhirió a su cuerpo en forma horrible. El recuerdo de todas sus desdichas de esa noche le acudió a la memoria y sus ojos brillaron de ira en la noche. Jamás había estado tan enojada en su vida.

-¡Maldito idiota! -dijo con voz que temblaba de ira. Romney se puso suavemente de pie.

-Lo siento muchísimo, Lucinda-dijo tratando con poco éxito de disimular la risa que había en su tono-. Fui horriblemente desmañado, pero esa piedra se escapó bajo mi pie. Por favor, perdóname eso... y otras cosas.

Lucinda no se dignó contestar. Se paró sobre una piedra y escurrió el agua de su pobre vestido. Romney la inspeccionó con aprensión.

-Apúrate, Lucinda. Te resfriarás seriamente.

-Jamás me resfrío ----contestó ella, con los dientes castañeteando-. Estoy pensando en mi vestido... Tú sí, que necesitas apurarte. Estás empapado y te resfrías con facilidad. Ven.

Lucinda alzó su falda, que había sido tan hermosa cinco minutos antes, y comenzó a andar con paso vivo. Romney la alcanzó y la tomó del brazo como en los viejos tiempos. Durante un rato caminaron en silencio. Entonces Lucinda comenzó a sacudirse de la risa. Se rió en silencio a lo largo de todo el campo y se detuvo en la empalizada junto al Grange y echando atrás la bufanda, miró desafiante a Romney:

-Estás pensando en *eso* -gritó-, y yo también. Y seguiremos pensándolo el resto de nuestras vidas, a intervalos. Pero si alguna vez me lo mencionas, ¡jamás te lo perdonaré, Romney Penhallow!

-Nunca lo haré -prometió Romney. Esta vez había algo más que una traza de risa en su voz, pero Lucinda prefirió no darse por enterada. No volvió a hablar hasta que llegaron a la puerta del Grange. Allí lo enfrentó solemnemente.

-Es un caso de atavismo -dijo-. La culpa la tiene el abuelo Gordon.

En el Grange casi todos estaban acostados. Con los huéspedes llegando por grupos y marchando soñolientos a sus habitaciones, nadie había echado de menos a Lucinda, creyendo cada uno que ella estaba con los demás. Sólo las señoras de Frederick, de Nathaniel y de George estaban levantadas. La eternamente friolenta esposa de Nathaniel había encendido un fuego de astillas en la chimenea de la habitación azul para calentar sus pies antes de retirarse y las tres mujeres estaban comentando la boda en voz baja cuando se abrió la puerta y entró la majestuosa silueta de Lucinda, majestuosa a pesar del *sucio voile y* detrás de ella ***el*** empapado Romney.

¡Lucinda Penhallow! -exhalaron las tres.

-Tuve que venir andando -dijo Lucinda fríamente-. De modo que Romney y yo vinimos cruzando los campos. No había puente sobre el arroyo, y cuando me cruzaba en brazos, perdió pie y nos caímos. Eso es todo. No, Cecilia, nunca me resfrío, de modo que no se preocupe. Sí, mi vestido está arruinado, pero eso no trae consecuencias. No, Cecilia, muchas gracias, no quiero nada caliente. Romney, vete a quitarte esas ropas mojadas inmediatamente. Me voy a acostar. Buenas noches.

- Cuando la puerta se cerró tras la pareja, las tres cuñadas se miraron. La señora de Frederick, sintiéndose incapaz de expresar sus sensaciones con sus propias palabras, empleó una cita:

"¿Duermo, sueño, o dudo y cavilo?
¿Son las cosas cual parecen, o sólo visiones?"

-Pronto habrá otra boda de los Penhallow -dijo la señora de Nathaniel en un largo suspiro-. *Por fin* Lucinda le ha hablado a Romney.

-¿*Qué* supones que le dijo? -preguntó la señora de George.

-Querida Cecilia -respondió la señora de Frederick eso nunca lo sabremos.

Y así fue.

CAPÍTULO SEIS

La hija del viejo Shaw

-Pasado mañana, pasado mañana -dijo el viejo Shaw, frotándose gozosamente sus flacas manos-. Tengo que repetirlo a cada momento, para poder creerlo. Tener a Blossom otra vez conmigo me parece demasiado bueno para ser cierto y todo está listo. Sí, creo que todo está listo, excepto la comida. ¡Y este huerto sí qué será una sorpresa para ella! La llevaré por el sendero de los abetos, y cuando lleguemos al final, me retiraré disimuladamente y la dejaré seguir sola desde bajo los árboles, sin sospechar. Valdrá la pena verle abrir sus enormes ojos castaños y oírle decir: ¿Oh, papacito! ¡Pero... papacito...!

Volvió a frotarse las manos sonriendo. Era un hombre alto y encorvado, con cabellos blancos como la nieve, pero de cara fresca y rosada. Tenía los ojos de un muchacho, grandes, azules y alegres, y su boca nunca pudo abandonar esa juvenil costumbre de sonreír ante cualquier provocación y, muy a menudo, aun sin ella.

En verdad, las gentes de White Sands no hubiesen dado una opinión favorable del viejo Shaw. Primero y principalmente, hubieran dicho que era "negligente", que hubiera dejado que se agotara su granja mientras perdía el tiempo cuidando flores y gusanos, o vagaba por los bosques, o leía junto al mar. Quizá fuera verdad, pero la vieja granja le daba para vivir y no tenía otras ambiciones. Estaba tan gozoso como un peregrino camino al Occidente. Había aprendido el raro secreto de que debe tomarse la felicidad en cuanto se la encuentra, pues de nada sirve marcar el lugar y regresar en un momento conveniente, porque entonces ya no estaría allí. Y es muy fácil ser feliz si se sabe, como lo sabía a fondo el viejo Shaw, encontrar placer en las cosas pequeñas. Gozaba de la vida; siempre lo había hecho y aun ayudaba a otros a gozarla también. En consecuencia, su vida era un éxito, no importa qué pensaran al respecto los habitantes de White Sands. ¿Qué importaba que no hubiese "mejorado" su granja? Hay gentes para quienes la vida nunca será más que el jardín tras la cocina, y otras para quienes será un palacio real con copulas y minaretes de cuentos de hadas.

El huerto de que estaba tan orgulloso era poco más que una esperanza; una floreciente plantación de arbolitos que quizá llegaran a algo algún día. La casa del viejo Shaw estaba sobre la cima de una colina desnuda y soleada, con unos pocos abetos y pinos, únicos árboles capaces de resistir la fuerza de los vientos que soplaban algunas veces fuertemente desde el mar. Los frutales

nunca crecerían allí, y eso había sido la constante pena de Sara.

-¡Oh, papacito, si pudiésemos tener un huerto! -solía decir anhelante, cuando las otras granjas de White Sands lucían blanqueadas por las flores de manzano. Y cuando partió, dejando a su padre sin nada que esperar, excepto su regreso, el anciano decidió que la hija encontraría un huerto a su vuelta.

Sobre la colina sur, amparado por los bosques de abetos y tendido al sol, había un campito tan fértil que toda una vida de mala administración no había podido agotar. Allí plantó el viejo Shaw su huerto y lo vio crecer, vigilándolo y atendiéndolo hasta que llegó a conocer y amar a cada árbol como a un hijo. Sus vecinos se reían de él, diciendo que los frutos de un huerto tan alejado de la casa serían robados. Pero todavía no había frutos, y a su debido tiempo, los habría de sobra.

-Blossom y yo tendremos cuanto querramos y los muchachos pueden quedarse con el resto, si es que les apetece más que una conciencia tranquila -dijo el poco comerciante viejo Shaw.

Al volver a su querido huerto, encontró un raro ejemplar de abeto y lo trasplantó para Sara. A ella le gustaban los abetos. Lo plantó en el costado umbrío y abrigado de la casa y se sentó entonces sobre el viejo banco junto a la puerta del jardín, a leer la última carta que recibiera de su hija. Esa carta, que era nada más que una nota, anunciaba que pronto regresaba al hogar. Sabía cada palabra de memoria, pero eso no echaba a perder el placer de releerla cada media hora.

El viejo Shaw se había casado tarde, eligiendo mujer, según decían los habitantes de White Sands, con su discernimiento habitual, cosa que, en lenguaje común, significaba que lo había hecho sin discernimiento alguno. De otro modo, nunca se hubiera casado con Sara Glover, una chicuela de grandes ojos pardos como los de una asustada criatura de los bosques y con la delicada contextura de una maya.

-Es la última mujer del mundo para un campesino; no tiene fuerzas.

Los habitantes de White Sands tampoco podían comprender por qué Sara Glover se había casado con él

-Bueno, cada día nace un tonto.

Ni el viejo Shaw (ya se le conocía por tal nombre, aunque apenas llegaba a los cuarenta) ni su joven novia se preocuparon lo más mínimo por las opiniones de White Sands. Tuvieron un año de perfecta felicidad, cosa que vale la pena vivir, aunque el resto de la vida sea un triste peregrinaje, y entonces el viejo Shaw se volvió a encontrar solo otra vez, sin más que la pequeña Blossom. La bautizó Sara, en recuerdo de su madre muerta, pero para su padre fue siempre Blossom; ` un precioso capullo cuyo brotar había costado la vida de su madre.

Los parientes de Sara Glover, especialmente una tía rica de Montreal, habían querido hacerse cargo de la niña, pero el viejo Shaw casi se enfureció ante la sugerencia. No daría la pequeña a nadie. Se tomó a una mujer para que atendiera la casa, pero era el padre quien cuidaba a la niña. Fue tan tierno, escrupuloso y fiel como una mujer. Sara nunca echó de menos el cuidado materno y se transformó en una criatura llena de luz y de vida, constante deleite para todos cuantos la conocían. Se las arreglaba siempre para alegrar la vida. Estaba dotada de todas las virtudes de los padres, con una elástica vitalidad que no pertenecía a ninguno de ellos. Cuando tuvo diez años, despidió a los sirvientes e hizo de arpa de casa para su padre durante seis deliciosos años, años en que fueron padre e hija, hermano y hermana, y además "compinches". Sara nunca fue al colegio, pero su padre la educó a su manera. Cuando terminaban la labor, vivían en los bosques y en los campos, en el jardincito que hicieron en la parte cubierta de la casa

o por la costa, donde ellos amaban el sol y la tormenta por igual. Nunca una camaradería fue tan perfecta ni tan satisfactoria.

-Son carne y uña-decían los de White Sands, mitad con envidia, mitad con reprobación.

Cuando Sara tuvo dieciséis años, la señora Adair, la rica tía de quien habláramos antes, descendió sobre White Sands con todo el esplendor de su refinamiento, de su cultura y de su mundanismo, y bombardeó al viejo Shaw con tales argumentos que no le quedó otro remedio que sucumbir. Era una vergüenza que una. muchacha como Sara tuviera que crecer en un lugar como White Sands "sin oportunidades y sin educación", como dijo la señora Adair encolerizada, sin comprender que la sabiduría y el conocimiento son dos cosas enteramente distintas.

-Por lo menos déjame darle a la hija de mi querida hermana lo que hubiera dado a la mía, si la hubiera tenido -rogó entre lágrimas-. Déjame llevarla conmigo y enviarla a un buen colegio durante unos años. Entonces, si así lo desea, puede regresar.

La señora Adair no creyó ni por un instante que Sara querría regresar a White Sands junto a su extravagante padre, luego de los tres años de vida que pensaba darle.

El viejo Shaw consintió, influido no por las fáciles lágrimas de la señora Adair, sino por su convicción de que lo exigía la justicia hacia Sara. Ésta no quería irse en modo alguno; rogó y lloró, pero su padre, convencido de que el viaje era lo mejor para ella, fue inexorable. Todo, aun los sentimientos de la muchacha, debía ceder ante eso. Mas habría de regresar a él sin estorbo ni obstáculo cuando sus clases hubiesen terminado. Sólo cuando se dejó esto bien sentado consintió Sara en irse. Sus últimas palabras, gritadas a través de las lágrimas, mientras ella y su tía se perdían por el sendero fueron:

-Volveré, papacito. Dentro de tres años volveré. No llores; espera ese día.

Y lo esperó durante los tres largos y solitarios años que siguieron durante los cuales no vio a su querida hija. Medio continente estaba entre ellos, y la señora Adair siempre con alguna excusa había vetado las visitas de vacaciones. Pero cada semana traía una carta de Sara. El viejo Shaw las tenía todas atadas con, una de sus viejas cintas azules y las guardaba en una caja de palo de rosa que había pertenecido a su madre. Pasaba las tardes de los domingos releyéndolas, con la foto de Sara ante sí. Vivía solo negándose a que no lo molestaran con gentil ayuda, pero mantenía la casa hermosamente ordenada.

-Es mejor amo de casa que labrador- decían los de White Sands. Nada había cambiado. Cuando regresara Sara, no la herirían los cambios. Nunca se le ocurrió que quizás *ella* regresara cambiada.

Y ahora esos tres interminables años habían pasado, y la muchacha regresaba a casa. Nada le escribió ella de los ruegos y reproches, y de las fáciles y fútiles lágrimas de su tía; sólo le puso que se graduaría en junio y que partiría una semana después. Desde entonces, el viejo Shaw anduvo en un estado de beatitud preparando las cosas para la llegada. Mientras estaba sentado al sol en el banco, con el mar brillante y ondulado al pie de las verdes cuestas, pensó con satisfacción que todo estaba en perfecto orden. Nada quedaba por hacer, excepto contar las horas que faltaban hasta el hermoso y ansiado pasado mañana. Se dio a soñar despierto.

Las rosas rojas habían florecido. A Sara le habían gustado siempre estas rosas rojas; eran tan vivaces como ella y poseían su intensidad de vida y de alegría de vivir. Y, además, había ocurrido un milagro en el jardín del viejo Shaw. En un rincón había un rosal, que nunca florecía a pesar de los cuidados. Sara solía llamarlo "el rosal achaparrado". ¡Milagro! Este verano había trasformado la atesorada dulzura de años en plenos capullos blancos, cual huecas copas de marfil, con una fragancia picante y embrujadora. "Aquello era en honor del regreso de Sara", soñaba el viejo Shaw. Todas las cosas, hasta "el rosal achaparrado", sabían de su regreso, y esperaban

gozosas. Se estaba deleitando con la carta de Sara cuando llegó la señora de Peter Blewett. Le dijo que había subido a ver cómo le iba y a saber si necesitaba alguna ayuda antes del arribo de Sara.

El viejo Shaw sacudió la cabeza.

-No, señora; gracias, señora. Todo está listo. No podría dejar que otro prepare las cosas para Blossom. Pensar que estará aquí pasado mañana. Estoy lleno de alegría, en cuerpo, mente y alma, al saber que tendré a mi pequeña Blossom otra vez en casa.

La señora Blewett sonrió agriamente. Cuando tal dama sonreía, anunciaba tribulaciones, y las gentes avisadas habían aprendido a recordar que tenían negocios urgentes en otra parte antes de que esa sonrisa se tradujera en palabras. Pero el viejo Shaw nunca había aprendido a ser inteligente en lo que concernía a la señora Blewett, aunque fuera su vecina más cercana durante años e importunara su vida con consejos y "visitas vecinales".

La señora Blewett era un ser con quien la vida había sido dura. El efecto de ello era hacerle considerar la felicidad ajena como un insulto personal. Le dolió la alegría del viejo Shaw ante el regreso de su hija y "consideró su deber" deshacer el hechizo cuanto antes.

-¿Cree usted que Sara estará ahora contenta con White Sands? -preguntó.

El viejo Shaw pareció ligeramente azorado.

-Desde luego que estará contenta -dijo lentamente-.

¿No es ésta su casa? Y, ¿no estoy yo aquí?

La señora Blewett volvió a sonreír, con doble desprecio ante tal simplicidad.

-Bueno, es cosa agradable que esté usted tan seguro de ello. Si fuera mi hija quien regresara a White Sands después de tres años de vida elegante entre ricos y un buen colegio, yo no tendría un minuto de paz. Sabría perfectamente que despreciaría todo aquí y que se sentiría descontenta y desdichada.

-Puede que lo hiciera su hija -dijo el viejo Shaw con más sarcasmo del que se creía capaz- pero Blossom, no.

La señora Blewett sacudió sus flacos hombros.

-Puede que no. Tengo la esperanza de que así sea, por bien de ambos. Pero yo en su lugar estaría preocupada. Sara ha estado viviendo entre gente fina y pasándolo muy bien y es razonable que encuentre a White Sands horriblemente solitario y aburrido. Fíjese en Lauretta Bradley. El invierno pasado estuvo un mes en Boston y desde entonces no ha podido resistir a White Sands.

-Lauretta Bradley y Sara Shaw son dos seres diferentes -dijo el padre de Sara tratando de sonreír.

-Y la casa de usted, también- continuó implacable la señora Blewett . Es un lugar tan raro, pequeño y viejo. ¿Qué pensará de él después de vivir en casa de su tía? He oído decir que la señora Adair vive en un palacio. Le prevengo que Sara probablemente lo desprecie a usted, y debe estar preparado para ello. Desde luego, supongo que ella creerá que debe regresar, ya que lo prometió tan solemnemente. Pero estoy segura de que no lo quiere, y no la culpo por ello.

Hasta la señora Blewett tenía que respirar alguna vez y ésa fue la oportunidad del viejo Shaw. La había escuchado, ofuscado y encogido, como recibiendo una lluvia de golpes, pero ahora cambió de repente. Le brillaron los ojos como nunca.

-Si ya ha dicho su discurso, Martha Blewett, ahora puede marcharse -dijo apasionadamente-. No voy a escuchar una sola palabra más. ¡Retírese de mi vista y del alcance de mis oídos!

La señora Blewett se fue sin decir palabra, enmudecida por tal insólito estallido por parte del suave viejo Shaw.

En cuanto partió, el viejo cayó en su asiento, disipada la ira. Su alegría estaba muerta; su corazón, pleno de dolor y amargura. Martha Blewett era una mujer retorcida y maligna, pero temía que hubiera demasiado de verdad en sus palabras. ¿Como nunca había reparado en ello? Desde luego que White Sands le parecería a Blossom feo y solitario; desde luego que la casita gris donde naciera parecería pobre comparada con los esplendores de la casa de su tía. El viejo Shaw cruzó el jardín y contempló el lugar con ojos nuevos. ¡Qué pobre y simple era todo! ¡Qué ruinosa la vieja casa! Subió hasta la habitación de Sara. Estaba pulcra y limpia, tal como ella la dejara tres años antes. Pero era pequeña y oscura; el cielo raso estaba descolorido; los muebles eran viejos y desvencijados. Aquello le parecía pequeño y miserable. Ni el huerto en la colina le traía consuelo. A Blossom no le importarían los huertos. Estaría avergonzada de su viejo y estúpido padre y de la estéril granja. Odiaría a White Sands, se irritaría ante su chata existencia y despreciaría todo lo que conspirara contra su vida, sin horizontes.

Esa noche, el viejo Shaw se sintió tan infeliz, que la señora Blewett hubiese estado bien satisfecha de haberlo sabido. Se contempló como creía que sus vecinos le consideraban: un pobre viejo tonto y sin espíritu, que sólo tenía una cosa de valor en el mundo, su hija, y que no supo lograr una posición para tenerla consigo.

-¡Oh, Blossom, Blossom! --dijo con acento tal que pareció estar hablando de alguien ya muerto.

Al poco rato había pasado su amargura. Se negó a seguir creyendo que Blossom se avergonzaría de él; sabía que no sería así. Tres años no podrían alterar su lealtad; no, ni siquiera lo hubiera podido un tiempo diez veces mayor. Pero podría haber cambiado, en esos tres años brillantes y atareados. Quizá su compañía ya no la satisficiera. ¡Qué simple e infantil había sido su espera! Sería dulce y gentil; Blossom nunca podría ser de otra forma. No mostraría abiertamente el desagrado o el descontento, nunca sería como Loretta Bradley; pero el sentimiento seguiría allí y él lo adivinaría y le destrozaría el corazón. La señora Blewett tenía razón. Cuando dejó partir a Blossom, no debió hacer a medias su sacrificio.

No debió haberla comprometido a regresar. Esa noche caminó por su jardincillo hasta muy tarde, bajo las estrellas, oyendo el mar que susurraba y lo llamaba desde la falda de la cuesta. Por fin se fue a acostar, pero no durmió, sino que quedó tendido hasta la mañana con los ojos húmedos de ' lágrimas y el corazón desesperado. Hizo su trabajo abstraído. Frecuentemente soñaba despierto, y se detenía donde quiera que estuviera, mirando sin ver. Solo una vez mostró animación. Fue cuando vio que la señora Blewett subía por el sendero. Entró en la casa como flecha y echó llave a la puerta, oyéndola golpear en silencio. Cuando la mujer se fue, abrió la puerta y encontró sobre el banco una fuente de buñuelos frescos, cubiertos con una servilleta. La señora Blewett quería indicar de esa forma que no le guardaba rencor por su poco cortés despedida del día anterior; lo más probable era que también su conciencia la martirizase un poco. Pero sus buñuelos no podrían curar la mente que había envenenado. El viejo Shaw los cogió, los llevó hasta el chiquero y se los dio a los puercos. Era el primer acto rencoroso que cometía en su vida y sintió la más inmoral de las satisfacciones al hacerlo.

A media tarde regresó al jardín, no pudiendo resistir la nueva soledad de la casa. El viejo banco estaba templado, por el sol. Se sentó con un largo suspiro, dejando caer tristemente la cabeza sobre el pecho. Había decidido qué ':- debía hacer. Diría a Blossom que podía regresar junto a su tía, sin preocuparse más por él; podía arreglárselas muy bien solo y no la culpaba por nada.

Todavía estaba sentado cavilando, cuando una muchacha subió por el sendero. Era alta y esbelta y caminaba de una manera tal, que daba sensación de levedad. Era morena, con el pelo

Librodot

color negro profundo. Sus grandes ojos pardos lo miraban todo y pequeños sonidos escapaban entre sus labios entrecerrados, como expresión de una inarticulada alegría.

Desde la puerta del jardín vio sobre el banco la agobiada figura y al instante voló por entre los rosales.

-¡Papacito! -gritó-. ¡Papacito!

El viejo Shaw se puso de pie con precipitada sorpresa. Al momento, un par de brazos rodeaban su cuello y unos labios estaban sobre los suyos; unos ojos juveniles llenos de amor lo miraban y una voz nunca olvidada, que temblaba entre lágrimas y risas, decía:

-¡Oh papacito! ¿Eres tú de verdad? ¡No puedo decirte lo bueno que es volver a verte!

El viejo Shaw la abrazó, en un silencio de sorpresa y alegría demasiado grande para creerlo. Pero, ¡si ésta era Blossom, la misma Blossom que se marchara tres años antes! Un poco más alta, un poco más mujer, pero era su querida Blossom y no otra. Al comprenderlo, descubrió un nuevo paraíso.

-¡Mi pequeña Blossom -murmuró-, mi pequeña Blossom!

Sara restregó su mejilla contra la manga de la gastada chaqueta.

-Querido papá este momento compensa todos los sacrificios, ¿no es cierto?

-Pero... pero... ¿de dónde has salido? -preguntó mientras se recobraba de la sorpresa-. No te esperaba hasta mañana. Tuviste que venir andando desde la estación, ¿no? Y tu viejo papacito que no estaba allí para recibirte.

Sara se echó a reír, apartándose y bailando a su alrededor como cuando era niña.

-Ayer descubrí que podía hacer una combinación más rápida con el Canadian Pacific y arribar anoche a mi casa. Tenía tal fiebre por llegar que aproveché la oportunidad. Desde luego que vine andando desde la estación, pero sólo son dos millas y cada paso fue una bendición. Mis baúles están allí. Iremos mañana por ellos. Ahora, quiero ver todos los rincones queridos.

-Debes comer algo antes -la acució-. No hay mucho en la casa. Iba a hornear mañana. Pero creo que podré conseguirte algo.

Estaba comenzando a arrepentirse de haber echado a los puercos los buñuelos de la señora Blewett cuando Sara borró tales pensamientos con un movimiento con la mano.

-No quiero comer ahora. Ya tomaremos algo juntos, como acostumbrábamos cuando teníamos hambre. ¿Te acuerdas cómo se escandalizaban los vecinos por nuestras comidas a horas irregulares? Tengo hambre, pero en el alma; hambre de echar una mirada a todas las habitaciones y lugares queridos de la casa. Ven, aún quedan cuatro horas de luz y quiero meter en ellas todo cuanto he echado de menos en estos tres años. Empecemos por el jardín. ¡Oh papá! ¿De qué sortilegio te has valido para hacer florecer al rosal achaparrado?

-No fue sortilegio; simplemente dio flores porque tú regresabas.

Tuvieron una gloriosa tarde, como dos niños. Exploraron primero el jardín y luego la casa. Sara bailó en cada habitación y luego subió a la suya, de la mano de su padre.

-¡Oh, que hermoso es volver a mi habitación, papacito! Estoy segura de que aquí me esperan mis viejos sueños y esperanzas.

Corrió hasta la ventana, la abrió y se asomó.

-Papá, no hay en el mundo una vista tan hermosa como la cueva del mar entre los promontorios. He contemplado un magnifico paisaje; cierro los ojos y conjuro la imagen.

Escucha al viento susurrar entre los árboles. ¡Cuánto he añorado esa música! La llevó hacia el huerto y siguió perfectamente su plan de sorpresa. Ella lo premió haciendo exactamente cuanto él soñara, golpeando sus manos y gritando:

-¡Oh papacito! ¡Pero, papacito!

Terminaron su paseo en la costa y al atardecer regresaron a sentarse en el viejo banco del jardín. Ante ellos se extendía un mar de esplendor, que brillaba como una joya que se perdía hacia occidente. Los largos promontorios a cada lado eran color púrpura oscuro y el sol dejaba tras sí un vasto y limpio arco de blanco puro y rosa indefinido. Tras el huerto, en un cielo frío y verde, brillaba un planeta de cristal y la noche derramaba sus sombras desde su cáliz. Los abetos se regocijaban al viento y hasta los maltrechos pinos cantaban al mar. Sus corazones fueron invadidos por viejos recuerdos.

-Baby Blossom -balbuceó el viejo Shaw-, ¿estás bien segura de hallarte contenta aquí? Allí -dijo señalando vagamente el horizonte que encerraba un mundo lejano - están el placer, las diversiones y todo lo demás. ¿No lo echarás de menos? ¿No te cansarás de tu viejo padre y de White Sands?

Sara le palmeó cariñosamente la mano.

-Ese mundo es un lindo lugar -dijo pensativa-. He pasado tres años espléndidos y espero que enriquezcan toda mi vida. Hay allí cosas maravillosas para ver y aprender; gentes buenas y nobles a quienes conocer; hermosos acontecimientos que admirar, pero -dijo echándole los brazos al cuello y apoyando la mejilla en la suya- papacito no estaba allí.

Y el viejo Shaw contempló silenciosamente el crepúsculo, y más lejos, a través del crepúsculo, un esplendor más bello y radiante del cual las cosas son pálidos reflejos que no merecen la atención de aquellos que tienen el don de ver la verdadera belleza.

CAPÍTULO SIETE

El pretendiente de la tía Olivia

Tía Olivia nos habló de él a Peggy y a mí en la tarde en que fuimos a ayudarla a recoger las rosas tardías. Por lo general le gustaba la alegría suave; estaba siempre dispuesta a escuchar los chismes de East Grafton y sujeta a repentinos ataques de risa casi infantil que por un rato disipaban la atmósfera de soltería que la envolvía. En tales instantes no nos costaba creer (como solía ocurrir) que tía Olivia fue niña alguna vez.

Ese día recogía las rosas, distraída, echándolas en su canastilla con el aspecto de una mujer cuyos pensamientos están lejos. Nada dijimos, sabiendo que a su debido tiempo se nos descubrían siempre los secretos de la tía Olivia. Cuando recogimos todas las flores las llevamos al piso superior en fila india, y la tía Olivia cerraba la marcha para recoger cualquier pétalo que pudiera caérsenos. En la habitación sudoeste, donde no había alfombra que pudiese decolorarse, las esparcimos sobre el piso encima de papeles de diario. Luego colocamos nuestras canastillas en el lugar que les correspondía, dentro del armario que les correspondía y en la habitación que les correspondía. Qué nos hubiera ocurrido a nosotras, o nuestras canastillas, de no haber hecho eso, es cosa que desconozco. En casa de la tía Olivia nada podía permanecer un solo instante fuera de su lugar exacto.

Cuando bajamos, la tía nos pidió que fuésemos a la sala. Tenía que contarnos algo, dijo, y

mientras abría la puerta, un ligero rubor le cubrió la cara. Yo lo noté, con sorpresa, pero no sospeché la verdad, pues nunca nadie unió la idea de admiradores o de casamiento con esta estirada solterona, Olivia Sterling.

La sala de tía Olivia se parecía a ella: era dolorosamente pulcra. Cada pieza del moblaje estaba exactamente en su lugar de costumbre. Nada era turbado nunca. Las borlas del almohadón estaban siempre en mismo sitio y la cabecera tejida cubría exactamente el mismo ángulo del respaldo de la mecedora. Jamás se veía una mota de polvo y ni siquiera una mosca invadió jamás ese sagrado recinto.

La tía Olivia alzó una persiana para dejar entrar la poca luz que se filtraba entre los pámpanos, y se sentó en una silla de alto respaldo, que había pertenecido a su bisabuela. Cruzó las manos sobre la falda y nos contempló con una tímida súplica en los ojos. Estaba claro que le era difícil contarnos su secreto, y sin embargo tenía un aire de orgullo y triunfo y algo, también, de una nueva dignidad. De haber sido posible, hubiera dicho que en ese instante tía Olivia era capaz de la autoafirmación.

-¿Me han oído alguna vez hablar del señor Malcolm MacPherson? -preguntó tímidamente.

Nosotras no habíamos oído a ella ni a nadie hablar del señor Malcolm MacPherson, pero nada en el mundo podría habernos dicho más sobre él que el tono de *voz* de tía Olivia cuando pronunció su nombre. Supimos, como si lo hubiesen proclamado las trompetas, que el señor Malcolm MacPherson debía ser el pretendiente de la tía, y eso nos quitó la respiración. Hasta nos olvidamos de ser curiosas, tan grande fue nuestra sorpresa.

Y allí estaba sentada tía Olivia, orgullosa y tímida, radiante y avergonzada, a un tiempo.

-Es hermano de la esposa de John Seaman, que vive del otro lado del puerto -explicó con una sonrisa tonta-. Claro que ustedes no lo recuerdan. Se fue a la Columbia Británica hace veinte años. Pero regresa ahora... y... y... dile a tu padre, quieres... a... mí... yo no quiero decírselo... el señor Malcolm MacPherson y yo nos vamos a casar.

-¡A casar! -exclamó *Peggy*, y yo repetí sus palabras estúpidamente.

La tía se irguió un poco.

-No hay nada de raro en eso, creo -exclamó algo erizada.

-¡Oh, no, no! -me apresuré a asegurarle, mientas daba a Peggy un puntapié a escondidas, para desviar pensamientos que le provocarían risa-. Lo que pasa es que usted debe entender, tía Olivia, que esto es una gran sorpresa para nosotras.

-Así lo pensé -contestó complacida-. Pero tu padre comprenderá. Espero que no me crea una tonta. Una vez pensó que el señor Malcolm MacPherson no era persona adecuada para casarse conmigo. Pero esto fue hace mucho tiempo, cuando él era muy pobre. Ahora tiene una muy buena situación.

-Cuéntenos, tía Olivia --dijo Peggy, que, para mi salvación, ni me miraba. De haberla visto cuando la tía decía "el señor Malcolm MacPherson" con tal tono, me hubiese desternillado de risa.

-Cuando yo era niña, los MacPherson vivían del otro lado del camino. El señor Malcolm MacPherson era entonces mi pretendiente. Pero mi familia, y tu padre en especial (espero que no se enoje ahora) se oponían a sus atenciones y eran muy fríos con él. Creo que fue por eso que entonces no me habló de casamiento, y luego de un tiempo partió, como ya les dije, y no tuve noticias suyas directas durante años. Desde luego, su hermana me daba algunas de tiempo en tiempo. Pero en junio pasado recibí carta suya. Decía que regresaba para quedarse en la vieja Isla y me pedía que me casara con él. Le contesté que sí. Quizás hubiese debido consultar a tu padre, pero temía que pensara que debía dar calabazas al señor Malcolm MacPherson.

-No creo que papá se oponga-dijo Peggy, tranquilizadora.

-Espero que no, porque de todas maneras es mi deber cumplir con la promesa. Él estará la semana próxima en Grafton, como huésped de su hermana, la señora de John Seaman, que vive al otro lado del puente.

La tía Olivia lo había dicho con tanta exactitud como si lo estuviese leyendo en la sección de noticias sociales del

Daily Enteiprise.

-¿Y cuándo tendrá lugar la boda? -pregunté.

-¡Oh! -dijo la tía Olivia, acongojada-. No sé la fecha exacta. Nada puede acordarse definitivamente hasta que llegue el señor Malcolm MacPherson. Pero no será antes de septiembre. Habrá tanto que hacer... Se lo dirás a tu padre, ¿no es cierto?

Le prometimos que sí y la tía se puso de pie con un suspiro de alivio. Peggy y yo salimos corriendo hacia casa y nos detuvimos para reír cuando estuvimos fuera de su alcance. Los romances de la gente madura podrán ser para ellos tan tiernos y dulces como los de los jóvenes, pero suelen tener mucho de cómico para los espectadores. Solo la juventud puede ser sentimental sin provocar la risa. Queríamos a la tía Olivia y nos alegraba su felicidad tardía, pero también nos divertía. El recuerdo de su "señor Malcolm MacPherson" era demasiado para nosotras cada vez que pensábamos en ello.

Papá estuvo incrédulo al comienzo, pero cuando lo convencimos, estalló en carcajadas. La tía Olivia no necesitaba ya temer oposición alguna por parte de su cruel familia.

-MacPherson era un tipo bastante bueno, pero horriblemente pobre -dijo papá-. He oído que le ha ido muy bien por el oeste, y si él y Olivia se conocen lo suficiente, en lo que a mí respecta pueden casarse cuando quieran. Díganle a Olivia que no se desmaye si alguna vez él le llena la casa de lodo.

De esta forma todo fue convenido y, antes de que nos percatáramos, la tía Olivia estaba medio sumergida en sus preparativos de boda, para los cuales éramos indispensables Peggy y yo. Nos consultaba respecto a todo y casi vivíamos en su casa en los días que precedieron a la llegada del señor Malcolm MacPherson.

La tía se sentía a todas luces feliz e importante. Siempre había querido casarse; no era una mujer de carácter fuerte y su larga soltería fue una espina para ella. Creo que la consideraba como una desgracia. Y sin embargo era esencialmente solterona; contemplándola y tomando en cuenta sus manías y su estiramiento, era bastante imposible imaginársela esposa del señor Malcolm MacPherson, o de cualquier otro.

Pronto descubrimos que para ella el señor Malcolm MacPherson representaba una proposición meramente abstracta: el hombre que debía concederle la dignidad de matrona tanto tiempo rehusada. Su romance comenzaba y terminaba allí, aunque estaba bastante inconsciente de ello y creía amarlo profundamente.

-¿Cuál será el resultado, Mary, cuando él llegue de verdad y ella se vea obligada de tratar con un "señor Malcolm MacPherson" de carne y hueso, en lugar de con la nebulosa "parte contratante" del contrato matrimonial? -preguntó Peggy, mientras dobladillaba servilletas para la tía Olivia, sentada sobre los bien fregados escalones de arenisca, al tiempo que ponía todos los trocitos de hilo sobrantes dentro de la canastilla que la tía colocara allí para tal propósito.

-Puede ser que se trasforme de una solterona egoísta en una mujer para quien el casamiento no parezca cosa tan incongruente.

Peggy y yo fuimos a verla el día en que esperaba al señor Malcolm MacPherson. Teníamos pensado estar alejadas, creyendo que los enamorados querrían encontrarse sin testigos,

pero la tía Olivia insistió en que estuviéramos presentes. Estaba visiblemente nerviosa; lo abstracto estaba por concretarse. Su casita estaba impecable del techo al piso. La propia tía había rasqueteado esa mañana el piso del sótano y barrido los escalones de la bohardilla, con tanto cuidado como si esperase que el propio señor Malcolm MacPherson se lanzara a revisarlo todo y de ello dependiese su opinión.

Peggy y yo la ayudamos a vestirse. Insistió en ponerse su mejor vestido de seda negra, que la hacía parecer de una belleza poco natural. La suave muselina le quedaba mucho mejor, pero no conseguimos convencerla de que se la pusiese. No he visto cosa más relamida ni acartonada que la tía Olivia cuando hubo terminado de vestirse. Peggy y yo la contemplamos cuando bajaba las escaleras, con la falda tiesa alzada para que no arrastrara por el piso.

-"El señor Malcolm MacPherson" tendrá tal pavor en cuanto la vea, que se quedará contemplándola inmóvil - susurró Peggy-. Desearía que llegase de una vez; esto me está destrozando los nervios.

La tía Olivia entró en la sala, se acomodó en la vieja silla tallada, y cruzó las manos. Peggy y yo nos sentamos en la escalera, a esperar la llegada, intranquilas. El gato de tía Olivia, una criatura bigotuda y gorda, que parecía de terciopelo, compartió nuestra espera.

Desde la ventana del vestíbulo podíamos ver el sendero del jardín y la puerta, y dedujimos que tendríamos noticia inmediata del arribo del señor Malcolm MacPherson. No fue extraño, por lo tanto, que diésemos, un salto cuando un golpe atronador sonó en la puerta y rebotó por toda la casa. ¿Había caído de los cielos el señor Malcolm MacPherson?

Tiempo después supimos que había venido a través del campo y que dio vuelta a la casa desde atrás; pero en aquellos momentos, su súbita aparición nos pareció misteriosa. Bajé las escaleras y abrí. En el escalón estaba un hombre de unos seis pies y dos pulgadas de estatura, de cuerpo y fortaleza proporcionados. Poseía espléndidos hombros, una abundante cabellera negra ensortijada; ojos grandes y brillantes, color azul y una tremenda barba negra que caía sobre su pecho en rizadas ondas. En resumen, el señor Malcolm MacPherson era lo que se podía llamar, sin temor a equivocarse, un "magnífico ejemplar de masculinidad".

En una de sus manos traía un ramo de flores.

-Buenas tardes -dijo con una resonante voz, que pareció posesionarse de la soñolienta tarde estival-. ¿Está en casa la señorita Olivia Sterling? ¿quisieran ustedes decirle que la espera Malcolm MacPherson?

Lo hice pasar a la sala. Peggy y yo nos pusimos a espiar por una rendija de la puerta. Cualquiera lo hubiera hecho en nuestro lugar, y no nos arrepentimos, ya que lo que vimos valió la carga de conciencia.

La tía se puso de pie y avanzó tendiendo tiesamente la mano.

-Señor MacPherson, ¡qué contenta estoy de verlo! -dijo muy cumplida.

-Eres tú, Nillie -dijo el señor Malcolm MacPherson, dando dos zancadas.

Dejó caer las flores al suelo, llevó una mesita por delante y lanzó la otomana dando vueltas contra la pared. Luego, tomó en sus brazos a la tía Olivia y... *¡chuik... chuik... chuik...!* Peggy se sentó sobre los escalones con el pañuelo metido dentro de la boca.

¡Estaban besando a la tía Olivia!

Al instante, el caballero la separó, sin soltarla de entre sus manazas, y la contempló. Vi los ojos de la tía que miraban por sobre su brazo la mesa patas arriba y las flores esparcidas sobre el piso. Sus rizos estaban revueltos y su toquilla de encaje estaba del otro lado del cuello. Parecía desolada.

-No has cambiado nada, Nillie -dijo admirado el señor Malcolm MacPherson-, y me

siento muy bien al volver a verte. ¿Estás contenta de verme, Nillie?

-Desde luego que sí -dijo la tía Olivia.

Se liberó y fue a arreglar la mesa. Luego se volvió a las flores pero el señor Malcolm MacPherson ya las había juntado dejando un montón de hojas y tallos sobre la alfombra.

-Las recogí para ti en el prado del río, Nillie -dijo-.

¿Tienes algo donde ponerlas? Aquí está, esto servirá.

Tomó un frágil vaso pintado que se apoyaba en el mantel de la chimenea, dispuso allí las flores y lo colocó sobre la mesa. La cara de la tía Olivia acabó con mis fuerzas. Dándome vuelta, tomé a Peggy de un hombro y la arrastré fuera de la casa.

-Si sigue así sacará el alma del cuerpo de tía Olivia --exhalé-. Pero es espléndido, ¡y la quiere tanto! *¿y alguna vez* escuchaste besos como esos, Peggy?

No nos costó mucho intimar con el señor Malcolm MacPherson. Casi embrujó la casa de la tía y ésta insistió en que estuviésemos allí la mayoría del tiempo. Me parecía que sentía temor de hallarse sola con él. Aunque la hacía horrorizarse a cada instante estaba orgullosa de él y le gustaba que le gastaran bromas al respecto… La ponía dichosa saber que lo admirábamos.

-Claro que es muy distinto en su aspecto de lo que es en realidad -dijo-. ¡Es tan horrorosamente grande! A mí no me gustan las barbas, pero no tengo valor para pedirle que se la afeite. Temo que se ofenda. Ha comprado la vieja casa de los Lynde en Avonlea y quiere casarse dentro de un mes.

A Peggy y a mí nos gustaba mucho el señor Malcolm MacPherson. Y a papá también. Nos agradaba ver que consideraba a tía Olivia lo más perfecto del mundo. Era terriblemente feliz, pero la tía, a despecho de toda su importancia y orgullo superficiales, no lo era. A pesar de lo cómico de las cosas, Peggy y yo olimos la tragedia que ellas encerraban.

El señor Malcolm MacPherson no podría acostumbrarse jamás a los modos de una solterona, y hasta la tía pareció comprenderlo. Nunca se limpió las botas al entrar, aunque ella puso un raspador junto a cada puerta con tal fin. Pocas veces andaba por la casa sin tirar al suelo alguno de los tesoros de la tía. Fumaba cigarros y esparcía las cenizas sobre el piso. Le traía flores todos los días y las colocaba en el receptáculo que estuviera más a mano. Se sentaba sobre sus almohadones y hacía bollos con las carpetas. Ponía los pies sobre las silla... y todo sin la menor noción de estar haciendo algo inconveniente. Nunca se percató de la visible nerviosidad de su amada. Peggy y yo nos reímos más de lo conveniente en esas circunstancias. Fue cómico ver a la tía Olivia revolotear ansiosamente de un lado a otro, alzando tallos y siguiendo a su prometido para enderezar todo. Una vez hasta se trajo un cepillo y una palita para recoger las cenizas, ante los propios ojos de él.

-No es necesario que te molestes en esas cosas, Nillie -protestó Malcolm-. ¡No me importa un comino!

¡Qué bueno y alegre era! Qué canciones cantaba; qué cuentos relataba; qué atmósfera de sinceridad trajo a aquella casita, donde reinara tantos años una estancada tristeza. Adoraba a tía Olivia, y esa adoración se corporizaba en una lluvia de regalos. En cada visita traía algún presente, una joya por lo general. Brazaletes, anillos, cadenillas, aros, broches, caían sobre nuestra puntillosa tía, quien los aceptaba despreciativa, sin ponérselos jamás. Esto hería un poco al novio, pero ella le aseguraba que alguna vez se los pondría.

-No estoy acostumbrada a las joyas, señor Malcolm

MacPherson -solía decirle.

Lo único que llevaba era el anillo de compromiso, una combinación algo chillona de oro grabado y ópalos. Alguna vez él la vio darlo vueltas en el dedo con cara atribulada.

-Si no estuviera tan enamorado, tendría lástima del señor Malcolm MacPherson -decía Peggy-. Pero ya que **la** cree la mejor del mundo, no merece compasión.

-Yo lo siento por la tía -contesté-. Sí, Peggy. El señor Malcolm MacPherson es un hombre espléndido, pero latía Olivia ha nacido solterona y es un atentado ay su naturaleza querer otra cosa. ¿No ves cuánto la hiere? Sus modales le atormentan el alma; no puede salir de su pequeña senda y al arrancarla de ella se moriría.

-Tonterías -dijo Peggy. Luego, con una carcajada, añadió-: Mary, ¿viste alguna vez algo tan cómico como la tía Olivia sentada sobre las rodillas del "señor Malcolm MacPherson"?

Era cómico. A la tía no le parecía muy correcto hacerlo ante nosotras, pero él la obligaba. Solía decir, con su gran risa alegre: "no te preocupes por las muchachas", y la ponía sobre sus rodillas. Nunca olvidaré la expresión de la pobre tía.

Pero a medida que pasaban los días y él insistía en que se fijase la fecha de la boda, la tía Olivia parecía más turbada se aquietó muchísimo y no reía sino a la fuerza. Además, mostraba signos de fastidio cuando alguno de nosotros, especialmente papá le hacía bromas sobre su pretendiente. Yo la compadecía, porque creía comprender qué sentimientos la embargaban. Pero ni siquiera yo estaba preparada para las cosas que ocurrieron. Creí siempre que sus deseos por casarse, en abstracto, superarían las desventajas de la encarnación de ese hecho. Pero uno nunca puede valorar el carácter de una solterona de verdad.

Una mañana, Malcolm MacPherson dijo a todos que vendría esa noche a pedir a la tía Olivia que fijara la fecha. Peggy y yo reímos, diciéndole que era hora que hiciese valer su autoridad, y él se fue, cruzando el río al son de una canción escocesa cuya melodía silbaba. Pero tía Olivia parecía una mártir. Ese día tuvo un ataque de "limpieza" y puso todo en impecable orden.

-Parecía que fueran hacer un funeral en la casa -gruñó Peggy.

Ese anochecer ella y yo estábamos en la habitación sudoccidental, arreglando una manta, cuando oímos al señor Malcolm MacPherson llamar a gritos en el piso bajo. Bajé corriendo, pero la tía Olivia salió de sus habitaciones y se adelantó.

-Señor MacPherson -la oí decir con su tono más estirado-, ¿quisiera usted pasar a la sala? Debo decirle algo.

Entraron y yo retorné a nuestra habitación.

-Peggy, parece que hay complicaciones -dije-. Estoy segura por la cara de la tía; era *gris.* Y ha bajado *sola…y* ha cerrado la puerta.

-Voy a escuchar qué le dice -dijo Peggy, resuelta-. Es su propia culpa; nos ha echado a perder al insistir que estuviésemos presentes durante sus entrevistas. Ese pobre hombre ha tenido que cortejarla bajo nuestros propios ojos. Ven, Mary.

La habitación estaba directamente sobre la sala y había un pozo de chimenea que las unía. Peggy retiró la sombrerera que lo cubría y nos pusimos a escuchar *a nuestras anchas* con toda desvergüenza y deliberación.

Se podía oír claramente o que él decía en ese momento.

-He venido a que fijemos la fecha, Nillie, como te dije. Vamos, mujercita, di el día.

Chuik!

-No, señor MacPherson! -dijo tía Olivia. Hablaba con la voz de una mujer que debe hacer algo muy desagradable y que está ansiosa por terminarlo cuanto antes. -Hay algo que debo decirle: no puedo casarme con usted.

Hubo una pausa. Hubiera dado cualquier cosa por verlos.

Cuando él habló, en su voz había sorpresa.

-Nillie, ¿que quieres significar con eso?

-No puedo casarme con usted señor MacPherson-repitió tía Olivia.

-¿Por que no? -la sorpresa era reemplazada por el desmayo.

-No creo que pueda usted entender, señor MacPherson -dijo la tía con tono decidido-. No comprende cuánto significa para una mujer abandonar todo, su hogar y amigos, todo su pasado por así decirlo, e irse lejos con un extraño.

-Supongo que será algo duro. Pero, Nillie, Avonlea no está muy lejos; no son más que una docena de millas.

-¡Doce millas! Es igual que si estuviese del otro lado del mundo -continuó obstinada-. Allí no conozco a nadie, excepto a Raquel Lynde.

-Entonces, ¿por qué no lo dijiste antes de que comprara el lugar? Puedo venderlo y comprar algo en East Grafton si eso te agrada, aunque no existe allí un lugar tan lindo como aquél. ¡Pero yo arreglaré las cosas!

-No, señor MacPherson-dijo la tía Olivia con firmeza-. Esto no termina con las dificultades. Sabía que usted no comprendería. Mis costumbres no son las suyas y no puedo cambiarlas. Usted... trae barro... dentro... y... no se preocupa cuando deja las cosas desarregladas.

La pobre tía Olivia no podía ser otra cosa que sí misma; si la quemaran atada a una estaca, estoy segura de que haría grotesco el momento.

-¡Al diablo! -dijo el señor MacPherson, no como blasfemia, sino de puro sorprendido. Y añadió: -Nillie, tú debes de estar bromeando. Soy bastante descuidado (el oeste no es el lugar más a propósito para aprender a ser cortesano), pero tú puedes enseñarme. ¡No me vas a rechazar porque traigo barro en los zapatos!

-No me puedo casar con usted, señor MacPherson -dijo otra vez la tía Olivia.

-¿No estás bromeando? -exclamó él, empezando a comprender, aunque le resultaba difícil entender aquel acertijo-. Nillie, ¡Me estás rompiendo el corazón! Haré cuanto quieras, iré donde quieras, seré lo que tú quieras; pero no me trates así.

-No me puedo casar con usted, señor MacPherson -repitió tía Olivia por cuarta vez.

-¡Nillie! ---exclamó el señor Malcolm MacPherson.

En sus palabras había tal dolor que Peggy y yo nos sentimos de pronto contritas. ¿Qué estábamos haciendo? No teníamos derecho a escuchar una entrevista tan dolorosa. El dolor y la protesta a su vez habían desvanecido todo lo cómico de ella, dejando en su lugar la tragedia. Salimos de la habitación en puntas de pie, avergonzadas de nosotras mismas.

Cuando el señor Malcolm MacPherson hubo partido, después de una hora de inútiles ruegos, tía Olivia llegó hasta nosotras, pálida, estirada y decidida, y nos dijo que no habría boda. No pudimos fingir sorpresa, pero Peggy se aventuró a protestar débilmente.

-¡Oh, tía Olivia! ¿Cree usted que ha procedido bien?

-Era lo único que podía hacer. No podía casarme con él y se lo dije. Por favor, díselo a tu padre, y les ruego que no me digan nada más sobre el asunto.

Luego, la tía Olivia bajó las escaleras, tomó una escoba y barrió el barro que había dejado el señor Malcolm MacPherson sobre los escalones.

Peggy y yo fuimos a casa y le contamos todo a papá. Estábamos aplastadas, pero ya nada se podía hacer o decir. Papá se rió de todo, pero yo no pude. Lo sentía por el señor Malcolm MacPherson y, a pesar de mi enojo, por la tía también. Era visible que sufría mucho por sus esperanzas y planes desvanecidos, pero había adquirido una extraña y desconcertante reserva, que nada ni nadie podía romper.

-No es más que un caso de soltería crónica -decía papá impaciente.

Las cosas fueron mal por una semana. No supimos más del señor MacPherson y lo echamos mucho de menos. La tía Olivia era inescrutable y se lanzaba entusiastamente a tareas superfluas.

Una noche, papá llegó con noticias.

-Malcolm MacPherson parte hacia el oeste mañana, en el tren de las 07:30 -dijo-. Ha alquilado su casa en Avonlea y se va. Dicen que está furioso por lo que le hizo Olivia.

Después de tomar té, Peggy y yo fuimos a ver a tía Olivia, que nos había pedido consejo sobre el cobertor. Cosía con toda su alma y su cara era más fría y estirada que nunca. Me pregunté si tendría noticias sobre la partida de MacPherson. La delicadeza me prohibía preguntarlo, pero Peggy no compartía tales escrúpulos.

-Tía Olivia, su pretendiente se marcha -anunció alegremente-. Ya no la molestará más. Se va al oeste en el tren expreso.

La tía se puso de pie, dejando caer su costura. Nunca vi una trasformación como la suya. Fue tan completa y repentina que parecía sobrenatural. La solterona se desvaneció, dejando aparecer una mujer, plena de emoción y de dolor.

-¿Qué debo hacer? -gritó con voz terrible-. Mary, Peggy, ¿qué debo hacer?

Fue casi un chillido. Peggy empalideció.

-¿Le importa mucho? -preguntó estúpidamente.

-¿Que si me importa? Si Malcolm MacPherson se va, me *moriré.* He debido de estar loca. Casi me he muerto de soledad desde que lo eché. ¡Pero pensé que volvería! Debo verlo: tengo tiempo de alcanzar el tren si voy a campo traviesa.

Echó a correr hacia la puerta. La detuve, ante la visión de una tía Olivia que corría agitada, por los campos, con la cabeza descubierta.

-Un momento, tía. Peggy corre hasta casa y haz que papá enganche a Dick al cochecillo tan pronto como pueda. Llevaremos a la tía hasta la estación. Llegaremos en un periquete.

Peggy voló y la tía se lanzó escaleras arriba. Yo me detuve a recoger su costura, y cuando subí ya tenía el sombrero y la capa puestos. Sobre la cama se hallaban las cajas de regalos que le había traído el señor Malcolm MacPherson, y tía Olivia estaba esparciendo sus contenidos sobre su persona. Anillo, tres broches, una plaqueta, tres cadenas y un reloj, todo se lo puso como pudo. Era un hermoso espectáculo ver a la tía Olivia adornada de esa manera.

-No las llevé antes, pero ahora me las pongo para que vea qué triste estoy -dijo con los labios temblones.

Cuando nos acomodamos las tres en el cochecillo, la tía se apoderó del látigo antes de que pudiéramos evitarlo, y dio al pobre Dick un latigazo como no recibiera en su vida. El caballo se lanzó por el camino empedrado en tal forma que nos hizo gritar, alarmadas. Tía Olivia era por lo general la más tímida de las mujeres, pero ahora parecía desconocer el miedo. Azotó y azuzó al pobre Dick todo el camino, sin prestar atención a nuestras afirmaciones de que había bastante tiempo. La gente que nos encontró esa noche debió pensar que estábamos medio locas. Yo tenía las riendas, *Peggy* se aferraba al costado del carricoche, y la tía Olivia iba inclinada hacia adelante, con los cabellos al viento y la cara enrojecida, con el látigo en la mano. Así cruzamos el pueblo e hicimos las dos millas del camino hasta la estación.

Cuando llegamos allí, el tren maniobraba entre las sombras; tía Olivia saltó del coche y corrió para la plataforma, con el sombrero al viento y sus broches y cadenas brillando a la luz. Tiré las riendas a un muchacho que allí estaba y la seguí. Bajo la lámpara de la estación vimos al señor Malcolm MacPherson valija en mano. Por fortuna no había nadie muy cerca, aunque hubiese sido igual que lo rodeara una multitud. Tía Olivia se echó en sus brazos.

-Malcolm -gritó-, no te vayas, no te vayas; me casaré contigo, iré a cualquier parte, y no te preocupes si traes barro en los zapatos.

La sincera explosión de la tía Olivia había aliviado un poco la tensión de la situación. El señor MacPherson la tomó de la cintura y la llevó hacia las sombras.

-Bueno, bueno -dijo consolador-. Desde luego que no me voy. No llores, Nillie.

-¿Y volverás ahora conmigo? -imploró tía Olivia, colgándose de su cuello como si temiera que se lo sacasen si lo dejaba un instante.

-Claro que sí, claro que sí.

Un amigo llevó a Peggy a su casa, y la tía, y el señor MacPherson y yo regresamos en el cochecillo. El señor MacPherson tenía a tía Olivia sobre las rodillas; ella hubiese seguido allí aunque hubiera una docena de asientos libres. Se colgaba a su cuello de la manera más escandalosa y todo su antiguo estiramiento había desaparecido. Lo besó una docena de veces y le dijo que lo amaba, esta vez ni siquiera tuve ganas de sonreírme. Caso extraño, no me pareció cómico entonces, ni ahora tampoco, aunque sin duda lo parezca a los demás. En sus sentimientos había demasiada intensidad para dejar lugar al ridículo. Tan unidos íbamos, que ni siquiera me sentí superflua.

Los dejé a salvo en el jardín de tía Olivia y regresé, completamente olvidada de la pareja. Pero a la luz de la luna, vi algo que atestiguó elocuentemente el cambio de la tía Olivia. Había llovido esa tarde y el jardín estaba barroso. Sin embargo, entró por la puerta delantera y llevó consigo al señor Malcolm MacPherson, ¡sin echar siquiera una mirada al raspador!

CAPÍTULO OCHO

La cuarentena en la casa de Alexander Abraham

Me negué a hacerme cargo de esa clase en la Escuela Dominical la primera vez que me lo pidieron. No era que objetara enseñar allí; por el contrario, me gustaba la idea. Pero me lo solicitó el reverendo Allan, y ha sido siempre para mí una cuestión de principios no hacer nada que me pidiera un hombre, -si podía evitarlo. Me destaco por ello. Alivia muchas contrariedades y simplifica magníficamente las cosas. Debo de haber nacido así, porque, a lo que recuerdo siempre fue una de mis más marcadas características la antipatía hacia hombres y perros. Me destaco por ello. Mis experiencias en la vida sólo sirvieron para acentuarla; cuanto más traté a los hombres, más amé a los gatos.

41 De modo que cuando el reverendo Allan me preguntó si quería hacerme cargo del curso en la Escuela Dominical, le contesté en forma que no le quedasen dudas al respecto. Si hubiese enviado a su mujer al comienzo, en lugar de hacerlo después, habría conseguido antes lo que deseaba. La gente hace por lo general en seguida lo que le pide la señora Allan, porque sabe que así ahorra tiempo.

La señora Allan hablo suavemente durante media hora antes de mencionar la Escuela Dominical y me dijo algunos piropos. Esa dama es famosa por su tacto. Llaman tacto a la facultad de llegar a las cosas dando rodeos, en lugar de tomar el camino recto. Yo no tengo tacto;

me destaco por ello. Tan pronto como vi que la señora Allan llevaba la conversación hacia la Escuela Dominical, le dije francamente:

-¿Que clase quiere usted que dirija?

La señora Allan se llevó tal sorpresa, que se olvidó de su tacto y contestó directamente por una vez en la vida.

-Dos son los cursos que necesitan una maestra: el de los varones y el de las niñas. Yo he estado enseñando a las niñas, pero tengo que dejar de hacerlo por causa de la salud de mi hijo. De modo que usted puede elegir, señorita MacPherson.

-Entonces me encargaré de los varones --dije decidida.

- Me destaco por mi decisión-. Ya que se han de trasformar en hombres, mejor será educarlos desde ahora. Está bien que en cualquier momento pueden convertirse en un problema, pero si una se hace cargo de ellos desde jóvenes, quizá no lleguen a ser algo tan terrible como si los dejaran solos por el mundo, hasta que se trasformen en la desgracia de cualquier pobre mujer.

-La señora Allan pareció dudar. Yo sabía que esperaba que me hiciera cargo de las niñas.

-Son un conjunto de salvajes.

-Nunca conocí muchachos que no lo fueran.

-Yo... Yo... creí que quizá le gustasen más las niñas -dijo la señora Allan, dudosa. De no haber sido por una cosa (que por nada del mundo admitiría ante la señora Allan), hubiese creído que las niñas eran mejores. Pero lo cierto era que Anne Shirley iba a esas clases, y era la única criatura viviente a quien yo temía. No era que me disgustase. Pero tenía la costumbre de hacer tales preguntas áridas e imprevistas, que no las hubiesen contestado los siete sabios de Grecia. La señorita Rogerson dio una vez clase y Anne Shirley la derrotó en toda la línea. *Yo* no me iba a hacer cargo de una clase con una preguntona tal. Además, pensé que la señora Allan necesitaba que la desairasen un poco. Las esposas de los reverendos, si no se las corrige a menudo, llegan a creer que son capaces de manejar todo y a todos.

-Señora Allan, no debemos considerar lo que *yo* creo que es mejor -respondí-, sino lo que es mejor para esos muchachos. Tengo la sensación de que yo seré lo mejor para *ellos.*

-¡Oh, señorita MacPherson, no lo dudo! -respondió amigable la señora Allan. Aunque fuera la mujer del ministro, dudaba. Pensaba que yo sería un horrible fracaso como maestra de niños.

Pero no lo fui. Casi nunca fracaso cuando decido hacer algo. Me destaco por ello.

-Es maravillosa la reforma que ha llevado usted a cabo en ese curso, señorita MacPherson, maravillosa -dijo el reverendo Allan algunas semanas después. No tenía intenciones de que se notara cuán sorprendente le parecía que lo hubiese conseguido una solterona que se destacaba por odiar a los hombres. Pero su cara lo traicionó.

-¿Dónde vive Jimmy Spencer? -pregunté secamente-. Vino un domingo tres semanas atrás y no ha reaparecido. Tengo intenciones de saber por qué.

El señor Allan tosió.

-Tengo entendido que está trabajando en casa de Alexander Abraham Bennett, por el camino a White Sands.

-Pues entonces voy a casa de Alexander Abraham Bennett, por el camino a White Sands, a saber por qué no viene Jimmy Spencer a la Escuela Dominical -dije con firmeza.

El señor Allan guiñó ligeramente el ojo. Siempre he insistido en que si no fuese religioso, ese hombre tendría sentido del humor.

-Posiblemente, el señor Bennett no apreciará su bondadoso interés. Manifiesta una

singular aversión hacia el sexo de usted, según creo. Desde que murió su hermana hace veinte años, no se sabe que ninguna otra mujer haya pisado su casa.

-De modo que se trata de ése -dije, recordando-. Es el "odiamujeres" que amenaza con clavar con su horquilla a la mujer que traspase sus dominios. Bueno, le aseguro que *a mí* no me pincha.

El señor Allan dejó escapar una risita; una risita ministerial, pero risita al fin. Aquello me irritó un poco, porque parecía implicar que pensaba que Alexander Abraham Bennett sería demasiado para mis fuerzas. Pero no demostré que me molestara. Es siempre un gran error dejar que un hombre vea que puede vejarnos.

La tarde siguiente enganché el caballo al cochecillo y viajé hacia la casa de Alexander Abraham Bennett. Como de costumbre, lleve a William Adoiphus como compañía. William Adolphus es el favorito de mis seis gatos. Es negro, con el hociquito y las zarpas blancas. Se sentó a mi lado y parecía más señor que muchos hombres en esa misma posición.

El lugar adonde íbamos estaba a unas tres millas por el camino de White Sands. Tan pronto la vi, reconocí la casa por su descuidado aspecto. Necesitaba una buena mano de pintura; las persianas estaban rotas y la maleza crecía hasta en la misma puerta. Era bien visible que por *allí* no andaba ninguna mujer. Sin embargo, era una linda casa, y sus graneros, espléndidos. Mi padre solía decir que cuando los graneros de un hombre eran más grandes que su casa, sus ingresos excedían a sus egresos. De modo que era aceptable que fueran grandes, pero no lo era el que necesitaran pintura y arreglo. Pero, pensé, ¿que otra cosa se puede esperar de alguien que odia a las mujeres?

-Mas no se puede negar que Alexander Abraham sabe su trabajo de granjero, aunque sea un "odiamujeres" -comenté a William Adolphus cuando descendí del coche y até el caballo.

Había llegado a la casa por detrás y ahora estaba frente a una puerta lateral, que daba a una galería, Pensé que podría ir hasta allí, de manera que tomé a William Adoiphus bajo mi brazo y marché por el sendero. Cuando estuve a mitad de camino, un perro apareció corriendo hacia mí. Era el perro más feo que viera jamás, y ni siquiera ladraba; se acercaba callada y rápidamente, con aspecto de hacer concienzudamente las cosas.

Nunca me detengo a discutir con un perro que no ladra. Sé cuándo la discreción es la mejor parte del valor. Sosteniendo firmemente a William Adoiphus eché a correr, no hacia la puerta, pues el perro se interponía entre ella y yo, sino hacia un cerezo de grandes ramas que estaba en el fondo de la casa. Lo alcancé justo a tiempo. Coloqué a William Adolphus sobre una rama y trepé al bendito árbol sin detenerme a pensar qué le parecería a Alexander Abraham si estuviera mirando.

El momento de reflexionar llegó cuando estuve encaramada en el árbol, con William Adolphus a mi lado. El gato estaba bastante tranquilo. No puedo decir lo mismo respecto a mí. Por el contrario, admito que me sentía considerablemente turbada.

El perro estaba sentado al pie del árbol y se podía ver, por su aspecto descansado, que ése no era su día de labor. Enseñaba los dientes y gruñía cada vez que lo miraba.

-Eres el digno perro de un "odiamujeres" -le dije. Quise insultarlo, pero la bestia lo tomó por un cumplido.

Entonces me dediqué a resolver el problema. ¿Como salir de este atolladero?

No parecía muy fácil encontrarle solución.

-¿Debo gritar, William Adolphus? -le pregunté a mi inteligente criatura. El gato sacudió la cabeza y yo estuve de acuerdo con él.

-No, no gritaré, William Adolphus - dije-. Probablemente, sólo podrá oírme Alexander

Abraham, y tengo mis dudas respecto a sus tiernas mercedes. Ahora bien, ni pensar en bajar. Entonces, ¿es posible subir, William Adolphus?

Miré hacia arriba. Justo sobre mi cabeza había una ventana abierta, con una rama razonablemente segura cerca.

-¿Probamos, William Adolphus?

El gato, sin perder tiempo, comenzó a trepar. Seguí su ejemplo. El perro caminaba en círculos alrededor del árbol y echaba miradas terribles. Posiblemente le hubiera traído un alivio hablar, de no haber sido cosa tan contra sus principios.

Entré por la ventana con facilidad, y me encontré en un dormitorio en tal estado de desorden y suciedad como no había visto en mi vida. Pero no me detuve a ver detalles. Con William Adolphus bajo el brazo, bajé, rogando no encontrar a nadie en el camino.

Así fue. El vestíbulo estaba vacío y polvoriento. Abrí la primera puerta que encontré y entré. Junto a la ventana estaba un hombre que miraba afuera con visible mal humor. Hubiera reconocido en él a Alexander Abraham donde quiera que lo viese. Tenía la misma apariencia descuidada de su casa e, igual que ésta, no hubiera sido tan feo una vez arreglado un poco. Su cabello parecía no haber conocido el peine y sus patillas eran salvajes.

Me miró lleno de sorpresa.

¿Dónde está Jimmy Spencer? -pregunté-. He venido a verle.

-¿Cómo él la ha dejado entrar? -preguntó el hombre, mirándome fijamente.

-Él no me dejó entrar -respondí-. Me corrió por todo el parque y sólo encaramándome a un árbol pude salvarme de ser hecha pedazos. ¡Debían demandarlo por tener tal perro! ¿Dónde está Jimmy?

En lugar de contestarme, Alexander Abraham comenzó a reírse de la manera menos agradable.

-Es indiscutible que una mujer entra en la casa de un hombre, si se lo propone.Viendo que tenía intenciones de vejarme, permanecí fría y sosegada.

-¡Oh, no me interesa mucho entrar en su casa, señor Bennett! -dije con calma-. No me quedó otra elección. Fue eso u otra cosa peor. No era a usted ni a su casa lo que deseaba ver, aunque reconozco que es algo que vale la pena para quien desee conocer cuán sucia *puede* estar una casa.

Es a Jimmy a quien busco. Por tercera y última vez, ¿Dónde está Jimmy?

-Jimmy no está aquí dijo el señor Bennett, ceñudo, aunque no muy seguro-. Se fue la semana pasada a trabajar con alguien en Newbridge.

-En ese caso -dije alzando a William Adolphus, que había estado explorando la habitación con aire desdeñoso-, no le molestaré más. Me retiro.

-Sí, creo que será lo más acertado -dijo Alexander Abraham, esta vez no en forma desagradable, sino reflexiva, como si el asunto fuera algo dudoso-. La haré salir por la puerta trasera. Entonces el... ejem... perro no la molestará. Por favor, váyase pronto y sin ruido.

Pensé si Alexander Abraham creería que yo me iría como un trueno. Pero nada dije, creyendo que era la forma más digna de comportarse, y lo seguí hacia la cocina tan rápida y calladamente como me había pedido. ¡Qué cocina aquélla!

Alexander Abraham abrió la puerta, que estaba cerrada con llave, al tiempo que entraba en el campo un coche con dos hombres.

-¡Demasiado tarde! -exclamó en tono trágico.

Comprendí que algo terrible debía haber ocurrido, pero no me importó, ya que, como inocentemente creía, aquello no me incumbía. Pasé frente a Alexander Abraham, que parecía tan

culpable corno si lo hubiesen pescado robando, y me encaré con el hombre que descendía del coche. Era el viejo doctor Blair, de Carmody, y me miraba como si me hubiera encontrado haciendo una ratería.

-Mi querida Peter -dijo gravemente-, siento *tanto* verla aquí; verdaderamente lo siento mucho.

Admito que me exasperó. Además, ningún hombre en la

Tierra tiene derecho a llamarme "mi querida Peter", aunque sea el viejo médico de la familia.

-No hace falta sentirlo tanto, doctor -dije-. Si una mujer de cuarenta y ocho años, miembro concurrente de la Iglesia Presbiteriana, no puede visitar a uno de los alumnos de la Escuela Dominical sin escándalo a ¿qué edad puede hacerlo? El doctor no contestó mi pregunta. En lugar de ello, miró a Alexander Abraham con reproche.

-Así es como mantiene su palabra, señor Bennett -dijo-. Pensé que no dejaría usted entrar a nadie en la casa.

-Yo no la dejé entrar -¡los cielos, hombre, si ella trepó por una ventana del primer piso, a pesar de la presencia de un policía y un perro! ¿Qué se puede hacer con una mujer así?

-No sé que significa todo esto -dije dirigiéndome al médico e ignorando a Alexander Abraham-, Pero si mi presencia aquí es tan extremadamente inconveniente a todos, pronto pueden verse librados de ella. Me voy inmediatamente.-Lo siento mucho, mi querida Peter -dijo el doctor firmemente-, pero eso es exactamente lo que yo no puedo dejarla hacer. Esta casa está en cuarentena viruela. Tendrá que quedarse aquí. debido a la ¡Viruela! Por primera y última vez en mi vida perdí los estribos claramente frente a un hombre. Caí furiosa sobre Alexander Abraham.

-¿Por qué no me lo dijo? -Grité.

¡Decírselo! -respondió mirándome-. Cuando la vi Por primera vez, era muy tarde para ello. Pensé que lo mejor sería callarme la boca y dejarla ir en feliz ignorancia. Esto le enseñará, señora, a no tomar por asalto la casa de un hombre.

-Bueno, bueno, no riñan, buenas gentes -terció el doctor seriamente, aunque vi una chispa en sus ojos-. Tendrán que pasar algún tiempo juntos bajo el mismo techo y los desacuerdos no mejorarán la situación. Escuche, Peter, las cosas pasaron así: El señor Bennett estuvo ayer en el pueblo (donde, como usted sabe, hay un gran brote de viruela) y cenó en una taberna donde una de las camareras estaba enferma. Anoche, la muchacha mostró síntomas claros de viruela. La comisión de sanidad buscó inmediatamente a todos cuantos estuvieron ayer en la casa y los ha puesto en cuarentena. Yo vine esta mañana y expliqué las cosas al señor Bennett. Puse a Jeremiah Jeffries de guardia frente a la casa y el señor Bennett me dio su palabra de que no dejaría entrar a nadie por detrás, mientras yo iba a buscar a otro policía y lo disponía todo. He traído a Thomas Wright y he asegurado los servicios de otro hombre para que atienda el trabajo del granero y traiga las provisiones. Jacob Green y Cleophas Lee harán guardia de noche. No creo que el señor Bennett se haya contagiado, pero hasta que estemos seguros, usted debe permanecer aquí, Peter.

Había estado pensando mientras escuchaba al doctor. Me hallaba en la peor situación de mi vida y no había razón para empeorar las cosas.

-Muy bien, doctor dije con calma-. Le adelanto que me vacuné hace un mes, en cuanto llegaron las noticias de viruela. Cuando pase por Avonlea, por favor, pídale a Sarah Pye que vaya a vivir a mi casa durante mi ausencia y que cuide todo, especialmente los gatos. Dígale que les dé leche fresca dos veces al día y una pulgada de manteca por cabeza una vez por semana. Haga que ponga un par de vestidos oscuros, algunos delantales y mudas de ropa interior en la peor valija y

que me la envíe. Mi caballo está atado a la cerca; por favor, llévelo de vuelta a la casa. Me parece que eso es todo.

-No, no es todo -dijo Alexander Abraham con un gruñido-. Manden ese gato a casa también. No quiero tenerlo aquí; antes quisiera la viruela.

Contemplé lentamente a Alexander Abraham, con ese modo que tengo, de los pies a la cabeza. Pensé un rato y luego dije en voz baja:

-Puede que tenga a ambos. De todas maneras, tendrá que aguantar a William Adolphus. Está en cuarentena tanto como usted y como yo. ¿Supone usted que dejaré que el gato ande a sus anchas por Avonlea, sembrando gérmenes de viruela entre la gente inocente? Yo tendré que resistir ese perro suyo y usted deberá tolerar a William Adolphus.

Alexander Abraham gruñó, pero pude ver que la forma en que lo miré lo había domesticado considerablemente.

El doctor se fue y yo entré en la casa, prefiriendo eso a seguir viendo las muecas de Thomas Wright. Colgué mi abrigo en el vestíbulo y dejé mi sombrero cuidadosamente sobre la mesa de la sala, después de haber limpiado un trozo del mueble con mi pañuelo. Ansiaba caer sobre esa casa para limpiarla, pero tuve que esperar a que volviera el doctor con ropa apropiada para ello. No podía ponerme a limpiar una casa con mi traje nuevo y mi corpiño de seda.

Alexander Abraham estaba mirándome, sentado en una silla. De pronto dijo:

-No quisiera pecar de curioso, ¿pero podría usted tener la gentileza de decirme por qué el doctor la llamó Peter?

-Supongo que es porque ése es mi nombre -contesté, sacudiendo un almohadón para William Adolphus y, por lo tanto, alzando un polvo de años.

Alexander Abraham tosió gentilmente.

-¿No es... ejem... un nombre algo peculiar para una dama?

-Lo es -contesté calculando cuanto jabón habría en la casa, si es que había algo.

-No quisiera pecar otra vez de curioso -insistió-, pero, ¿tendría inconveniente en decirme cómo fue que le pusieron ese nombre?

-Como esperaban un varón, mis padres pensaban llamarme Peter, en honor de un tío rico. Cuando, afortunadamente, resultó que era una niña, mi madre decidió que me llamara Angelina. Me bautizaron con ambos nombres y todos me llamarían Angelina, pero tan pronto crecí lo bastante para razonar, decidí que se me llamara Peter. Es bastante malo, pero no tanto como que me digan Angelina.

-Yo diría por el contrario, que es cosa más apropiada -dijo Alexander Abraham, tratando, según percibí, de ser desagradable.

-Precisamente -asentí con calma-. Mi apellido es MacPherson y vivo en Avonlea. Y ya que usted *no es* curioso, esa será toda la información que necesite sobre mí.

-¡Oh! -Alexander Abraham tomó el aspecto de alguien para quien se ha hecho la luz de pronto-. He oído hablar de usted. Usted... bueno... finge que le desagradan los hombres.

¡Fingir! Sólo Dios sabe qué hubiese sido de Alexander Abraham en ese mismo instante de no haberse abierto la puerta para dar paso a un perro: *el* perro. Supongo que se habrá cansado de estar al pie del cerezo, esperando que bajásemos William Adolphus y yo. Adentro era más horripilante que afuera.

-¡Oh, Mr. Riley, Mr. Riley, mire lo que ha dejado usted entrar! -dijo Alexander Abraham en tono de reproche.

Pero Mr. Riley -tal era el nombre del bruto- no le prestó atención alguna. Tuvo la visión de William Adolphus acurrucado sobre el sillón y se dirigió a investigar, cruzando la habitación.

El gato se sentó y empezó a darse por enterado.

-Espante ese perro -dije previniendo a Alexander Abraham.

-Espántelo usted -contestó-. Ya que usted trajo ese gato, protéjalo.

-No estaba hablando por bien de William Adolphus. Él puede protegerse solo.

Mi gato podía y lo hizo. Enarcó el espinazo, aplastó las orejas, maulló y saltó sobre Mr. Riley. Aterrizó justo sobre la mosqueada espalda del perro y pronto se aferró, maullando, erizándose y arañando.

Nunca vi perro más sorprendido que Mr. Riley. Con un ladrido de terror, saltó a la cocina; de allí, al vestíbulo; a través del vestíbulo, hacia la habitación; desde allí, a la cocina, y otra vez al vestíbulo. Con cada circuito, la velocidad iba en aumento, hasta que apareció una línea moteada con un relámpago blanco y negro encima. Nunca vi miedo tal y me eché a reír hasta llorar. Mr. Riley no hacía más que dar vueltas y vueltas, con William Adolphus aferrado a sus espaldas. Alexander Abraham enrojeció de ira.

-Mujer, espante ese gato infernal, antes de que mate a mi perro -gritó por encima de los ladridos y maullidos.

-No lo matará -le dije tranquilizadora- y, además, corre demasiado para oírme si lo llamo. Señor Bennett, si usted es capaz de parar a su perro le garantizo que haré entrar en razón a William Adolphus. Pero es en vano tratar de argumentar con un relámpago.

Alexander Abraham arremetió frenético contra el relámpago cuando pasó a su lado, con el resultado de que perdió el equilibrio y cayó sobre el piso con estruendo. Corrí a ayudarlo y ello sólo consiguió enfurecerlo más.

-Mujer -farfulló colérico-, quisiera que usted y su demonio de gato estuviesen en... en....

-En Avonlea -terminé rápidamente, para evitar que blasfemase-. Yo también, señor Bennett, lo deseo de todo corazón. Pero ya que no es así, tratemos de sacar el mejor partido de ello, como gente sensata. ¡Y en el futuro, me hará usted el bien de recordar que mi nombre es señorita MacPherson y *no* mujer!

Con esto llegó el fin, cosa que agradecí, pues era tal el ruido que hacían esos dos animales, que temí que el policía, a pesar de la viruela, entrara corriendo a ver si Alexander Abraham y yo estábamos por asesinarnos mutuamente. Mr. Riley terminó de pronto su loca carrera y saltó a un oscuro rincón entre la leñera y la estufa. El gato lo dejó escapar justo a tiempo.

Desde entonces, nunca tuve dificultades con Mr. Riley. Jamás pude hallar un perro más manso. William Adolphus había ganado con todos los honores y mantenía su posición de triunfador.

En vista de que los ánimos se habían calmado, y ya que eran las diecisiete, decidí tomar té. Dije a Alexander Abraham que lo prepararía si se molestaba en decirme dónde estaban las cosas.

-No hace falta -gruñó-. Tengo la costumbre de preparármelo solo desde hace veinte años.

-Lo supongo. Pero no tiene la costumbre de preparar el mío -dije con firmeza-. No comería nada que usted hornease, aunque tuviese que morirme de hambre. Si quiere ocuparse de algo, consiga algún ungüento y cure la espalda de ese pobre perro.

Alexander Abraham dijo algo que prudentemente no escuché. Viendo que no me proporcionaría información alguna, hice una expedición exploratoria a la despensa. El lugar era indescriptiblemente horrible y por vez primera sentí en mi pecho una vaga sensación de piedad por aquel hombre. Cuando un hombre debía vivir en tal lugar, no era de extrañarse que odiara a las mujeres; tenía derecho a odiar a toda la humanidad.

Pero me las arreglé para preparar algo. El pan era de Carmody y pude hacer un buen té con excelentes tostadas. Además, encontré un tarro de duraznos en conserva que, como eran comprados en el pueblo, no tuve miedo en probar.

Ese té con tostadas ablandó a Alexander Abraham a pesar de sí mismo. Comió hasta la última miga y gruñó cuando di a William Adolphus toda la crema que sobró. Mr. Riley no pareció querer nada; había perdido hasta el apetito.

A esta altura, el muchacho del médico había llegado con mi valija. Alexander Abraham fue lo bastante civilizado para hacerme saber que del otro lado del vestíbulo había una habitación disponible, que yo podía ocupar. Me puse un delantal y fui allí. En la habitación había un lindo juego de muebles y una cama cómoda. ¡Pero el polvo! William

Adolphus me siguió adentro y las marcas de sus patas quedaron sobre el piso.

-Ahora --dije activamente cuando regresé a la cocina voy a limpiar todo y empezaré por aquí. Será mejor que se vaya a la sala, señor Bennett, de modo que no moleste.

Alexander Abraham me contempló.

-No estoy dispuesto a que me revuelvan la casa. Así me agrada. Si no le gusta, puede irse.

-No, no puedo, esa es la lástima -dije con buen tono -Si pudiera hacerlo, no me quedaría ni un minuto aquí. Ya que no es así, debo limpiar esto. Puedo tolerar hombres y perros por obligación, pero no debo ni quiero tolerar el desorden y la suciedad. ¡Váyase a la sala!

Y se fue. Mientras cerraba la puerta, le oí decir con mal tono: "¡Qué mujer inaguantable!"

Limpié la cocina y la despensa. Eran las veintidós cuando terminé y Alexander Abraham se había ido a dormir sin más palabras. Encerré a Mr. Riley en una habitación y a William Adolphus en otra, y yo también me fui a acostar. Nunca en mi vida me había sentido tan horriblemente cansada. Había sido un día duro.

Pero a la mañana siguiente me levanté fresca y preparé un magnífico desayuno que Alexander Abraham condescendió a comer. Cuando llegó el hombre con las provisiones, le grité desde la ventana que por la tarde me trajese una caja de jabón. Luego la emprendí con la sala.

Poner esa casa en orden me llevó lo mejor de una semana, pero lo hice a conciencia. Me destaco por hacer las cosas a conciencia. Al cabo de ese tiempo, estaba limpia del sótano al techo. Alexander Abraham no hizo comentarios sobre mis operaciones, aunque gruñía alto y a menudo, haciendo cáusticos comentarios al pobre Mr. Riley, quien no tenía espíritu para contestarle después de lo pasado. A pesar de mis principios, hice concesiones a aquel hombre, porque la vacuna le había prendido y su brazo era todo dolor. Una vez que las cosas se arreglaron, me dediqué a cocinar elegantes comidas, ya que no tenía mucho que hacer. La casa estaba llena de provisiones; Debo hacer justicia a Alexander Abraham al respecto. En conjunto, estaba más cómodo de lo que esperaba. Cuando mi huésped no quería hablar, lo dejaba solo, y cuando quería, yo empezaba a decir cosas tan sarcásticas como las que él acostumbraba, sólo que yo las decía sonriendo. Podía ver que me tenía un temor reverente. Pero una que otra vez olvidaba ese estado de ánimo y hablaba como un ser humano. Tuvimos una o dos conversaciones realmente interesantes. Era un hombre inteligente, aunque de ánimo muy retorcido. Una vez le dije que creía que debió haber sido un niño bueno.

Un día me sorprendió al aparecer con cuello duro y peinado a la hora de la cena. Ese día tuvimos un menú de primera calidad y le preparé un budín que fue demasiado para un "odiamujeres". Cuando hubo devorado un par de raciones, suspiró y me dijo:

-Por cierto que usted sabe cocinar. Es una lástima que sea tan detestable en otros aspectos.

-Es conveniente serlo. Entonces la gente tiene cuidado de cómo se porta. ¿No se ha dado usted cuenta de ello?

-Yo no soy detestable -gruño resentido-. Todo lo que hago es pedirles que me dejen solo.

Pues ésa es la cosa más detestable. Una persona que quiere que la dejen sola desafía a la Providencia, que ha decretado que los hombres por su propio bien no pueden andar solos. Pero alégrese, señor Bennett. La cuarentena terminará el martes y por cierto que usted quedará solo por el resto de su vida natural, por lo menos en lo que se refiere a mí y a William Adolphus. Entonces podrá usted volver a revolcarse en el lodo y a estar tan sucio y cómodo como antaño.

Alexander Abraham gruñó otra vez. Las perspectivas no parecieron alegrarlo todo cuanto yo esperaba. Entonces hizo algo sorprendente: volcó un poco de crema en un plato y se lo ofreció a William Adolphus. El gato la tomó, sin sacar los ojos de Alexander Abraham, no fuera que cambiase de parecer. Para no dejarme ganar, alcancé un hueso a Mr Riley.

Ni Alexander Abraham ni yo nos habíamos preocupado mucho por la viruela. No creíamos que él estuviese contagiado, ya que ni siquiera había visto a la muchacha enferma. Pero a la mañana siguiente, lo vi llamarme desde el rellano de la escalera.

-Señorita MacPherson -dijo con voz tan suave que me dio que pensar-. ¿Cuáles son los síntomas de la viruela?

-Escalofríos, dolores en los miembros y en la espalda, náuseas y vómitos -respondí rápidamente, pues los había estado leyendo en un almanaque.

-Pues los tengo todos -dijo con voz hueca.

No sentí tanto miedo como debí esperar. Después de lidiar con un "odia mujeres", un perrro y el desorden de la casa, y habiéndolos vencido a todos, la viruela me parecía bastante insignificante. Fui hasta la ventana y pedí a Thomas Wright que llamase al médico.

El doctor bajó con aspecto grave de la habitación de Alexander Abraham.

-Todavía no me puedo pronunciar sobre la enfermedad -dijo-. No hay certeza hasta que aparece la erupción.

Pero, desde luego, todo parece indicar viruela. Es una lástima. Temo que será difícil obtener una enfermera. Todas las del pueblo que podrían hacerse cargo de una viruela están sobrecargadas de trabajo, pues la epidemia todavía dura allí. Sin embargo, veré que puedo hacer esta noche. Mientras tanto, ya que el señor Bennett no requiere atención por el momento, no debe usted andar cerca de él, Peter.

Ningún hombre iba a darme órdenes, de modo que cuando se marchó el doctor, fui a la habitación de Alexander Abraham con algo de comer. Había una crema de limón que pensé que comería aunque tuviese viruela.

-No debió acercarse -gruñe. Está arriesgando la vida.

-No voy a ver morirse de hambre a un semejante, aunque sea un hombre.

-Lo peor de todo -se quejó entre dos cucharadas de crema- es que el doctor dice que debo tener una enfermera. Me he acostumbrado tanto a tenerla a usted en la casa, que no me incomoda ya, pero es demasiado para mí el solo pensar que vendrá otra mujer. ¿Le dio algo de comer a mi pobre perro?

-Ha cenado mejor que muchos cristianos.

Alexander Abraham no debió haberse preocupado por la venida de otra mujer. El médico regresó pensativo esa noche.

-No sé qué hacer; no encuentro un alma que pueda venir.

-Yo lo cuidaré -dije con dignidad-. Es mi deber y nunca lo esquivo. Me destaco por ello. Es un hombre y tiene viruela, y además tiene un vil perro, pero no lo voy a dejar morir por falta de cuidados a pesar de todo eso.

-Es usted un ángel, Peter -dijo el médico, aliviado, como todos los hombres tan pronto

encuentran una mujer que se hace cargo de la responsabilidad.

Cuidé a Alexander Abraham durante toda la viruela, y él pareció no preocuparse mucho. Enfermo era mucho más amable que sano, y además, la enfermedad lo atacó en forma muy suave. Reiné suprema en el piso de abajo, y Mr. Riley y William Adolphus estaban juntos como el león y la oveja. Alimenté al perro con regularidad, y una vez, viéndolo solitario, le di unas palmaditas. Aquello fue mejor de lo que pensara. El perro alzó la cabeza y me miró con tal expresión, que ya no me extrañó que su amo lo quisiera tanto.

Cuando Alexander Abraham pudo sentarse, trató de recuperar el tiempo que había perdido al ser gentil. No puedo imaginar nada más sarcástico que un hombre convaleciente. Yo sólo me reía, ya que había descubierto que eso lo irritaba. Para enojarlo más aún, limpié otra vez toda la casa. Pero lo que lo vejaba más era ver a Mr. Riley seguirme por todos lados, moviendo la cola.

-No fue bastante que viniese usted a mi tranquila casa a revolverlo todo, sino que hasta tuvo que robarme el cariño de mi perro -se quejaba.

-Ya volverá a quererlo cuando yo regrese a mi casa -lo consolé-. Los perros no son muy particulares en eso. Lo que quieren son huesos. Los gatos sí que quieren desinteresadamente. William Adolphus nunca ha abjurado de su afecto por mí, aunque usted le haya dado crema en la despensa.

Alexander Abraham pareció un tonto. Nunca pensó que yo lo supiera.

No me contagié, de modo que una semana después vino el médico y envió al policía de vuelta al pueblo. Me desinfectaron, fumigaron a William Adolphus y pudimos irnos.

-Adiós, señor Bennett -dije, ofreciendo un apretón de manos con espíritu de perdón-, no me queda duda de que está usted contento de verse libre de mí, pero yo lo estoy más de irme. Supongo que la casa estará dentro de un mes más sucia que nunca y que Mr. Riley se habrá librado de las buenas maneras que tiene. La reforma no es nunca muy profunda ni en los hombres ni en los perros.

Con esto salí de la casa, suponiendo que nunca volvería a tener noticias de ella ni de Alexander Abraham.

Estuve contenta de regresar a casa, pero aquello parecía raro y solo. Los gatos apenas me reconocieron y William Adolphus vagaba con aire de exiliado. Yo ya no hallaba tanto placer en cocinar, pues me parecía un poco tonto preocuparme tanto por mí misma. La vista de un hueso me hacía pensar en el pobre Mr. Riley. Los vecinos me esquivaban sutilmente, pues temían que tuviera viruela en cualquier momento. Mi clase en la Escuela Dominical estaba en manos de otra persona y yo me sentía fuera de lugar.

Llevaba yo una semana de esta vida, cuando apareció de pronto Alexander Abraham. Entró un atardecer y yo no lo reconocí, tan arreglado y afeitado estaba. Pero William Adolphus, sí. Parece increíble, pero el gato, *mi* gato, se restregó contra su pierna, con un claro ronroneo de satisfacción.

-Tuve que venir, Angelina. No pude resistir más

-Mi nombre es Peter-dije fríamente, aunque me sentía ridículamente contenta.

-No, no lo es -dijo tozudamente-. Para mí, es y será siempre Angelina. Nunca la llamaré Peter. Angelina le sienta perfectamente, y Angelina Bennett le sentará aún más. Debe usted regresar, Angelina. Mr. Riley está triste por usted, y yo no puedo vivir sin alguien que aprecie mis sarcasmos, ahora que me ha acostumbrado usted a ese lujo.

-¿Y los otros cinco gatos? -exigí.

Alexander Abraham suspiró.

-Supongo que tendrán que venir también, aunque no dudo de que echarán de la casa al

pobre Mr. Riley. Puedo vivir sin él, pero no sin ti... ¿Cuándo podrás casarte conmigo?

-No he dicho que me casaré con usted-dije ácidamente, por conservar las formas, pues sentía todo lo contrario.

-No, pero lo harás, ¿no es así? dijo ansioso- Porque si no lo hicieras mejor habría sido que me hubieras dejado morir de viruela. Acepta, querida Angelina.

¡Pensar que un hombre pudo atreverse a llamarme "querida Angelina"! ¡Y pensar que no me importó!

-Donde yo vaya, irá William Adolphus -dije-, pero regalaré los otros cinco gatos por... por Mr. Riley.

CAPÍTULO NUEVE

La compra de Pa Sloane

Creo que nos estamos quedando sin miel -dijo Pa Sloane con voz insinuante-. ¿Qué les parece si voy a Carmody esta tarde y consigo un poco más?

-Hay todavía casi medio galón -dijo Ma Sloane implacable

-¿Ah, sí? Bueno, además he notado que el recipiente de kerosene no estaba muy lleno la última vez que cargué la lata. Supongo que habrá que conseguir más.

-Tenemos bastante kerosene para una semana-. Ma continuó comiendo con cara impasible, pero en sus ojos había una chispita. Por temor de que Pa la viera y se sintiese

F. con alas, continuó mirando el plato.

Pa Sloane lanzó un suspiro. Su inventiva se gastaba.

-¿No me dijiste anteayer que faltaban nueces moscadas? -preguntó, luego de unos momentos de severa reflexión.

-Ayer compré al buhonero -respondió Ma, evitando con un gran esfuerzo que se extendiera a toda su cara la risa que brillaba en sus ojos. Pensaba si este tercer fracaso aplacaría a Pa, pero éste era de los que no se aplacaban.

-Bueno, de todos modos - dijo avivándose bajo la influencia de una súbita inspiración-, tendré que ir a hacer herrar a la yegua. De modo que, si necesitas que te haga compras mientras espero, hazme una lista mientras engancho.

Llevar a herrar a la yegua estaba fuera de los deberes de Ma, aunque tenía sus sospechas sobre la necesidad de herrar al animal.

-¿Por qué no dejas de disimular de una vez por todas, Pa? -preguntó, con despreciátiva piedad-. Puedes decir qué es lo que te lleva a Carmody. Adivino tus designios. Quieres escaparte a ver el remate de los Garland. Eso es lo que te tiene sobre ascuas, Pa Sloane.

-No lo había pensado, pero puede ser que vaya, ya que están tan cerca. Pero la yegua necesita herraduras de verdad, Ma -protestó Pa.

-Siempre hay algo que debe hacerse, si te conviene -respondió Ma-. Tu manía por los remates terminará por arruinarte, Pa. Un hombre de cincuenta y un años debería estar escarmentado de esas cosas Pero cuanto más viejo estás, peor te pones. De todos modos, si a mí me gustaran los remates, eligiría alguno que fuera importante, y no gastaría mi tiempo en cosas

Librodot

como el de los Garland

-Allí se pueden conseguir cosas baratas.

-Bueno, pero no vas a conseguir nada, ni caro ni barato, Pa Sloane, porque iré contigo para que no lo hagas. Sé que no podré impedir que vayas, pero te acompañaré en defensa propia. La casa está tan llena de cachivaches que has traído de los remates, que parece que todo está hecho de sobrantes.

Pa Sloane volvió a suspirar. No había placer en asistir a un remate con Ma. Nunca lo dejaría pujar por nada. Pero comprendió que estaba fuera de las fuerzas humanas alterar la mente de su mujer, de modo que salió a enganchar la yegua.

El único vicio de Pa Sloane era ir a los remates y comprar lo que nadie quería. Los pacientes esfuerzos de su mujer durante treinta años habían conseguido sólo una reforma parcial. Algunas veces, Pa se contenía y no iba a un remate durante seis meses, pero luego se ponía peor que nunca, iba a todos cuantos había y volvía a casa con un carro cargado de cachivaches. Su última hazaña había sido comprar una vieja mantequera por cinco dólares (los muchachos la habían ido subiendo de precio por reírse) y así fue como se la trajo a la airada Ma, que había estado haciendo su manteca en una mantequera de último modelo. Para colmo, ésta era la segunda mantequera de ese tipo que Pa compraba en un remate. Eso empeoró las cosas. Ma decretó que desde ese entonces acompañaría a Pa a todos los remates.

Pero ese era el día de suerte de Pa. Cuando llegó a la puerta, donde Ma le esperaba, un diablillo de diez años se cruzó entre Ma y el coche.

-¡Oh, señora Sloane! -dijo con voz entrecortada-. ¿Quisiera venir enseguida a casa? El niño tiene cólicos y mamá está loca y él tiene la cara negra.

Ma fue, pensando que los astros habían determinado apartar a una mujer de proteger a su marido. Pero primero sermoneó a Pa.

-Tendré que dejarte ir solo. Pero te encargo que no pujes por nada; *por nada*, ¿me entiendes?

Pa entendió y prometió con toda su mejor intención. Marchó contento. En otra ocasión, Ma hubiese sido una excelente compañía. Pero echaba a perder el gusto de un buen remate.

Cuando Pa llegó al almacén de Carmody, vio que el patio de la casa Garland estaba ya lleno de gente. El remate había empezado, de modo que Pa se apresuró, para no perder más. La yegua podía esperar por sus herraduras.

Ma no se había equivocado al llamar insignificante al remate de Garland. Era muy miserable, especialmente si se lo comparaba con el gran remate de Donaldson de un mes atrás, que Pa revivía feliz en sus sueños.

Horace Garland y su esposa habían sido pobres. Cuando murieron con un intervalo de seis semanas, uno de tuberculosis y otro de neumonía, no dejaron otra cosa que deudas y unos pocos muebles. La casa era alquilada.

La puja por varios de los artículos caseros puestos a la venta no fue muy brillante, pero tenía un algo de resignada determinación. Los vecinos de Carmody sabían que estas cosas debían ser vendidas para pagar deudas, y no podía haber venta sin compradores. Sin embargo, fue un asunto sin mucha vida.

Una mujer salió de la casa llevando en sus brazos a un niño de unos dieciocho meses y se sentó en el banco bajo la ventana.

-Ahí está Martha Blair con el niño de los Garland -dijo Robert Lawson a Pa-; me gustaría saber qué será de ese pobrecillo.

-¿No hay ningún pariente que se encargue de él? -preguntó Pa.

-No, Horace no tenía parientes. Su mujer tenía un hermano, pero se fue hace años a Manitoba y no sabemos dónde estará. Alguien tendrá que recoger al pequeño y nadie parece muy ansioso de hacerlo. Yo ya tengo ocho; si no, lo pensaría. Es un lindo chiquillo.

Pa, a quien le zumbaba en los oídos la admonición de despedida de Ma, no pujó por nada. Nunca se sabrá de cuánto autodominio necesitó para ello, hasta que hacia el fin, cedió pujando por una colección de floreros, pensando que podía gratificarse por aquello por su esfuerzo. Pero Josiah Sloane había recibido órdenes de su mujer de llevar esos floreros a su casa, de modo que Pa los perdió.

-Bueno, eso es todo -dijo el rematador, secándose la cara con un pañuelo, pues era un caluroso día de octubre.

-Ya no queda nada, a menos que vendamos al niño.

La risa corrió por la multitud. El remate había sido un asunto poco alegre, y no vino mal un poco de diversión. . Jacob Blair sacó al pequeño Teddy Garland de entre los brazos de Martha y lo colocó sobre la mesa, colmando al muchachillo con su gran manaza. El chiquillo tenía un mechón de rizos rubios, una carita blanca y rosada y enormes ojos azules. Se reía y agitaba los bracitos de alegría. Pa Sloane pensó que nunca había visto un niño tan hermoso.

-Aquí hay un niño para vender -gritó el rematador-. Un artículo genuino, tan bueno como si fuese nuevo. Un niño de verdad, con garantía de andar y hablar un poco. ¿Cuánto ofrecen? ¿Un dólar? ¿He oído a alguien tan miserable como para ofrecer un dólar? No, señores, los niños no están tan baratos, especialmente los de cabellos rizados.

La multitud volvió a reír. Pa Sloane, para seguir la broma, gritó:

-¡Cuatro dólares!

Todos miraron. Tuvieron la sensación de que Pa Sloane hablaba seriamente queriendo significar con aquello que deseaba llevar al niño a su casa. Estaba en buena situación y su único hijo era mayor y casado.

-¡Seis! -gritó _John Clarke desde el otro lado del patio. Este señor vivía en White Sands y no tenía hijos.

Esa oferta de John Clarke fue la perdición de Pa. No tenía enemigos, pero el único rival de Pa era John Clarke. En todos los remates, uno pujaba contra el otro. En el último, Clarke venció en todas las ocasiones a Pa, ya que no tenía temor de su mujer. La sangre guerrera de Pa se alborotó: olvidó a Ma; olvidó la razón de su puja; olvidó todo, excepto su determinación de que John Clarke no volviese a ganar.

-¡Diez! -chilló.

-¡Quince! -gritó Clarke.

-¡Veinte! -vociferó Pa.

-¡Veinticinco! -, exhaló Clarke.

-¡Treinta! -casi se rompió una vena por gritar, pero ganó. Clarke se dio vuelta, riendo y encogiéndose de hombros, y el rematador, que hasta ese entonces tuvo a la multitud en risas mediante una andanada de bromas, entregó el niño a Pa. Hacía mucho que en Carmody los vecinos no se reían tanto.

Pa Sloane se adelantó, o quizá lo empujaron. Le pusieron el niño en los brazos. Se dio cuenta de que se esperaba que se quedara con el niño y estaba demasiado mareado para negarse; además el niño le robó el corazón.

El rematador contempló, dudando, el dinero que le alcanzó Pa en silencio.

-Supongo que eso fue sólo una broma --dijo.

-En absoluto-dijo Robert Lawson-. Todo el dinero no alcanzará para pagar las deudas. Se

le debe la cuenta al médico y esto alcanzará para eso.

Pa Sloane regresó a su casa con la yegua sin herrar, el niño y el magro paquete de ropas de la criatura. El niño no le molestó mucho; durante los últimos dos meses se había acostumbrado a los extraños y pronto se durmió. Pero Pa no iba muy contento; al final de aquel viaje estaba Ma esperándolo.

F La encontró aguardándolo junto a la puerta, cuando llegó al caer el sol. En cuanto vio al niño, su cara mostró la mayor sorpresa.

-Pa Sloane -preguntó-, ¿de quién es ese jovencito y dónde lo encontraste?

-Yo... yo.... lo compré en el remate, Ma -dijo Pa balbuceante. Entonces espero la explosión. Pero no ocurrió.

Esta última hazaña de su marido fue demasiado para Ma.

Con un sonido entrecortado, sacó al niño de entre los brazos de Pa y le ordenó que fuese a desenganchar la yegua. Cuando éste regresó a la cocina, su mujer había colocado al niño sobre el sofá cercándolo con sillas para que no se cayese, y le daba un cocimiento de miel.

-Ahora, Pa Sloane, me harás el favor de explicarte.

Pa se explicó. Su esposa lo escuchó en ceñudo silencio hasta que finalizó. Entonces le dijo con tono severo:

-¿Supones que vamos a quedarnos con el niño?

-Bueno... no -dijo Pa. Y lo creía.

-Pues *no.* He criado a un hijo y es bastante. No tengo pensado molestarme más. Nunca me gustaron los niños. Dices que Mary Garland tenía un hermano en Manitoba. Bueno, le escribiremos para que venga a llevarse a su sobrino.

-Pero ¿cómo vamos a hacerlo, si nadie conoce su dirección? -objetó Pa, mirando ansioso al alegre y delicioso niño.

-Encontraré su dirección aunque tenga que poner avisos en los diarios -respondió Ma-. En cuanto a ti, ni siquiera se te puede poner en el manicomio. Supongo que en el próximo remate te comprarás una esposa.

Pa, bastante herido por el sarcasmo de su mujer, arrimó la silla para cenar. Ma tomó al niño y se sentó a la cabecera de la mesa. El pequeño Teddy reía y le pellizcaba la cara. ¡Imagínense, hacerle eso a Ma! ésta parecía enojada, pero lo alimentó con tanta destreza, como si no hiciese treinta años que no lo hacía. Pero es que la mujer que es madre una vez nunca olvida esas cosas.

Luego, Ma despachó a Pa a casa de su hijo, William Alexander, a traer prestado una silla alta.

Cuando regresó, el niño estaba otra vez sobre el sofá entre sillas y Ma andaba atareada en el desván. Estaba bajando la cunita que ocupara una vez su propio pequeño y la estaba colocando en su dormitorio para Teddy. Luego desnudó al pequeño y lo meció cantándole una canción de cuna. Pa Sloane se sentó silenciosamente a escuchar, con dulces recuerdos de tiempos viejos, cuando él y Ma eran jóvenes y orgullosos y el barbudo William Alexander, un chiquillo de cabellos rizados como aquél.

Ma no tuvo necesidad de publicar un aviso buscando al hermano de la señora Garland. Ese personaje vio la noticia de la muerte de su hermana en un diario de la localidad y escribió al jefe de correos de Carmody pidiendo noticias. La carta fue pasada a Ma, y ella contestó.

Le puso que se habían hecho cargo del pequeño, por el momento, pero que no tenían intención de conservarlo, y que le pedía instrucciones. Luego cerró la carta y escribió el sobre con mano segura; pero, cuando hubo hecho esto, contemplo a su marido que estaba del otro lado

de la mesa, sentado en el sillón con el niño sobre las rodillas. Estaban pasando un gran momento. Pa había sido siempre un tonto por los niños. Parecía diez años más joven Los ojos de Ma se ablandaron un poco al verlos.

Llegó una pronta respuesta. El tío de Teddy escribió que tenía seis hijos, pero que estaba dispuesto a cobijar a su sobrinito. Pero no podía ir a buscarlo. Josiah Spencer, de White Sands, iría a Manitoba esa primavera. Si quisieran hacerle el favor de tenerlo hasta que fueran los Spencer, quizá habría ocasión de recogerlo antes.

-Esa ocasión no se presentará -dijo Pa con tono de satisfacción.

-No, por desgracia -respondió Ma, erizada.

Pasó el invierno, el pequeño Teddy crecía y prosperaba y Pa Sloane lo adoraba. Ma era también muy buena con él y el niño los quería a ambos.

Sin embargo, a medida que se acercaba la primavera, Pa se deprimía más y _más. Algunas veces suspiraba, especialmente cuando oía referencias casuales al viaje de los Spencer.

Una tarde cálida de mayo, llegó Josiah Spencer. Encontró a Ma tejiendo plácidamente en la cocina, mientras Pa cabeceaba con el periódico en las manos y el pequeño jugaba con el gato sobre el piso.

-Buenas tardes, señora Sloane -dijo-. He venido a ver a este jovencito. Nos vamos el próximo miércoles; cíe modo que será mejor que nos lo envíen el lunes o el martes para que se vaya acostumbrando a nosotros, y...

-¡Oh, Ma! -empezó a decir Pa, poniéndose, implorante, de pie.

Ma lo inmovilizó con una mirada.

-Siéntate, Pa --ordenó.

Pa obedeció con aspecto de infeliz.

Entonces Ma contemplo al sonriente Josiah, quien se 191 sintió momentáneamente tan culpable como si lo hubieran pescado robando ovejas.

--Le estamos muy agradecidos, señor Spencer-dijo Ma con voz fría voz-. pero este niño es *nuestro.* Negocios son negocios. Pagué por el niño y no pienso perder mi dinero. Vamos a quedarnos con este niño a pesar de todos sus tíos de Manitoba. ¿Está bastante claro, señor Spencer?

-Cierto, cierto -tartamudeó el infortunado, sintiéndose más culpable que nunca-, es que pensé que como le había escrito al tío...yo...

-Yo en su lugar no pensaría tanto dijo Ma gentilmente-.

Debe de costarle mucho. ¿No quisiera quedarse a tomar el té? Pero no, Josiah no tenía la menor intención. Estaba muy contento de escapar tan fácilmente.

Pa se puso de pie y se acercó a la silla de Ma. -Ma, eres una gran mujer -dijo suavemente. -Vete, hombre.

CAPÍTULO DIEZ

El noviazgo de Prissy Strong

Esa tarde no pude asistir a la iglesia, porque tenía jaqueca, pero Thomas fue, y en cuanto regresó, supe por sus ojos que traía alguna noticia.

-¿Con quién crees que regreso Stephen Clark de la reunión? -dijo riéndose entre dientes.

-Con Jane Miranda Blair -respondí prontamente. La esposa de Stephen había muerto hacía dos años y según yo sabía, él no se fijaba en nadie. Pero todo Carmodv le "adjudicaba" a Miranda, y por cierto que no sé por qué no le agradaba, excepto que fuese por la costumbre que tienen los hombres de no hacer lo que se espera de ellos, especialmente cuando se trata de matrimonio.

Thomas volvió a reír entre dientes.

-Te equivocaste. Se acercó Prissy Strong y salió con ella. ¡Imagínate!

-¡Prissy Strong! -alcé los brazos echándome a reír-. Ni tendría que fijarse en ella. Emmeline ya se les cruzó en el camino hace veinte años y volverá a hacerlo.

-Emmeline es una vieja chiflada -gruñó Thomas, quien la detestó desde siempre.

-Ya lo creo -asentí-, y por eso puede hacer lo que quiere con Prissy. Acuérdate de lo que digo: se entrometerá en cuanto lo sepa.

Thomas estuvo de acuerdo conmigo. Esa noche permanecí despierta largo tiempo después de acostarnos, pensando en Prissy y Stephen. Por lo general, no me preocupo por las cosas de los demás, pero Prissy era una criatura tan desamparada, que no me la podía sacar del pensamiento.

Hacía veinte años, Stephen trató de cortejar a Prissy. Aquello ocurrió poco después de que muriera el padre de la muchacha. Ella y Emmeline vivían juntas. Emmeline tenía treinta años, diez más que su hermana, y si alguna vez hubo dos hermanas completamente distintas en todo, ésas fueron ellas.

Emmeline se parecía a su padre; era trigueña, alta *y* fea *y* la criatura más dominante que existiera. Simplemente regía a la pobre Prissy con puño de hierro.

Prissy era una linda muchacha; así por lo menos pensaba la mayoría. Honestamente, debo decir que nunca me gustó su aspecto. Me gustan con más energía. Era delgada y rosada, con ojos azules suaves y suplicantes y un cabello rubio pálido que le caía en rizos alrededor de la cara. Era tan tímida y dócil como su aspecto lo anunciaba y no había en ella un átomo de maldad. Siempre la quise, aunque no me agradase su belleza como a tantos.

De todos modos, fue claro que a Stephen le gustó. Comenzó a cortejarla y no quedó duda de que a Prissy le agradó. Entonces Emmeline puso una barrera al asunto. Lo hizo de pendenciera. Stephen era un buen partido y nada se podía decir en su contra. Pero Emmeline estaba decidida a no dejar casar a su hermana. Ella no había podido hacerlo y estaba resentida.

Claro que si Prissy hubiese tenido algo de carácter, no se habría rendido. Pero no lo tenía; creo que se habría cortado las narices, si su hermana se lo ordenaba. Si alguna vez una muchacha no hizo honor a su nombre, fue Prissy Strong.' En ella no había nada de fuerte.

Una noche, cuando salieron de la iglesia, Stephen se le acercó como de costumbre y le pidió acompañarla a casa. Thomas y yo estábamos detrás (aún éramos solteros) y lo oímos. Prissy miró asustada y suplicante a Emmeline y dijo:

-No, gracias, esta noche, no.

Stephen se dio vuelta y partió. Era un muchacho orgulloso y supe que nunca olvidaría un desprecio público como ese. Si hubiera sido más sensato, habría visto a Emmeline detrás de todo

aquello, pero no lo fue. Empezó a cortejar a Althea Gillis y se casaron al año siguiente. Althea era una muchacha bastante linda, aunque voluble, y creo que ella y Stephen fueron felices juntos. En la vida real a menudo las cosas pasan así.

Nadie trató de cortejar a Prissy desde entonces; supongo que Emmeline les daría miedo. La belleza de Prissy pronto se desvaneció. Siempre tenía aspecto dulce, pero perdió la lozanía y se volvió cada vez más tímida y débil de carácter. Ni siquiera se habría atrevido a ponerse un vestido cualquiera sin permiso de Emmeline. Le gustaban mucho los gatos, pero su hermana no le dejaba tener ninguno. Emmeline hasta cortaba el folletín del semanario religioso antes de dárselo a su hermana, porque no creía que debieran leerse novelas. Aquello me enfurecía. Fueron mis vecinas cuando me casé con Thomas, y conocía sus intimidades. Algunas veces me molestaba que Prissy cediera en tal forma; pero, después de todo, no podía evitarlo; había nacido así.

Y ahora Stephen iba a probar suerte otra vez. Por cierto que era cómico.

Cuatro veces acompañó Stephen a Prissy antes que Emmeline lo supiera. Ésta no acudía a las reuniones de la iglesia porque estaba furiosa con el señor Leonard. Había demostrado su desaprobación porque enterraron al viejo Naon Clark en el camposanto " como si fuera un cristiano", y el señor Leonard había dicho algo que no le gustó. No sé de qué se trató, pero lo que sé es que cuando el señor Leonard se enoja tanto como para regañar a alguien, esa persona se acuerda de ello por un largo rato.

Me di cuenta de que había descubierto lo de Prissy, porque ésta dejó de ir a las reuniones repentinamente.

Me preocupó, y aunque Thomas me pidió por todos los santos que no me metiese donde no me importaba, me sentí en la obligación de hacer algo. Stephen Clark era un buen hombre y Prissy tendría un buen hogar, y, además, los dos niños de Althea necesitaban urgentemente una madre. Además, sabía muy bien que, en lo más profundo de su corazón, Prissy deseaba casarse. Emmeline también, pero nadie quería ayudarla a ello.

El resultado de mis meditaciones fue que invité a Stephen a cenar con nosotros una noche después de la reunión. Se rumoreaba que iba a ver a Lizzie Pye en Avonlea, y decidí que era hora de moverse. Si se hubiera tratado de Jane Miranda, no sé si me hubiera preocupado; pero Lizzie Pye ni siquiera servia para madrina de los niños. Tenía demasiado mal genio y era muy mezquina.

Stephen vino. Parecía triste y preocupado y con pocas ganas de hablar. Después de cenar, hice una insinuación a Thomas.

-Vete a dormir. Quiero hablar con Stephen.

Thomas se encogió de hombros y se fue. Probablemente pensaba que me estaba buscando problemas, pero no dijo nada. Tan pronto como nos vimos libres de él, comenté casualmente a Stephen que entendía que iba a llevarse a una de mis vecinas cosa que no sentía, aunque fuera una buena vecina, y que la echaría mucho de menos.

-Sospecho que no tendrá la oportunidad de echarla de menos -dijo Stephen hoscamente--. Me han dicho allí que no soy persona grata.

Me sorprendió que Stephen fuera tan franco, pues no creí llegar tan fácilmente al fondo del asunto. No era de los que se sinceran, pero parecía aliviarle hablar. Nunca vi a un hombre tan herido por algo. Me contó todo.

Prissy le había escrito una carta; la sacó de un bolsillo y me la dio. Era la escritura pequeña de Prissy, y sólo decía que sus atenciones "no eran bienvenidas" y que debía "hacer el bien de evitarlas". No era de extrañar que el pobre hombre hubiese ido a ver a Lizzie Pye.

-Stephen, me sorprende que usted crea que Prissy escribió esa carta.

-Es su letra -respondió testarudo.

-Desde luego. "La mano es la mano de Esaú, pero la voz es la voz de Jacob" -dije, aunque sin estar muy segura de si la cita era apropiada-. Emmeline dictó la carta a Prissy; estoy tan segura como si lo hubiera visto. Y usted debía saberlo, también.

-Pensé que podría demostrar a Emmeline que soy capaz de conseguir a Prissy a pesar suyo -dijo Stephen con acento salvaje-. Pero si Prissy no me quiere, no voy a obligarla a atenderme.

Bueno, hablamos durante un rato y al final acepté sondear a Prissy y buscar su verdadero pensamiento. No creía que me fuera difícil, y así fue. La vi al día siguiente, porque me enteré de que Emmeline iba de compras. La encontré sola, cosiendo una carpeta. Su hermana la obligaba constantemente a hacerlo, supongo que porque eso le desagradaba mucho. Lloraba cuando entré y a los pocos minutos me lo había contado todo.

Prissy quería casarse, casarse con Stephen, y Emmeline no la dejaba.

-Prissy Strong -dije exasperada-, tienes menos carácter que una mosca. ¿Por qué le escribiste esa carta?

-Emmeline me obligó -dijo Prissy, como si no hubiese apelación a tal orden, y yo supe que para Prissy no la había. También comprendí que si quería ver a Stephen, su hermana no debía saberlo. Y se lo dije a él, cuando vino la noche siguiente, con la excusa de necesitar una azada. Era hacer mucho camino para buscar una azada.

-Entonces, ¿qué debo hacer? -preguntó-. De nada servirá escribir, pues es probable que Emmeline lo descubra. No dejará sola a Prissy después de esto, y ¿cómo puedo saber cuándo no está la vieja?

-Por favor, no insulte a las viejas. Le diré qué haremos. ¿Ve usted el ventilador de nuestro granero desde su casa? ¿Con sus catalejos puede usted descubrir una bandera o cosa por el estilo?

A Stephen le pareció que sí.

-Bueno; eche una mirada de vez en cuando. Tan pronto salga Emmeline, alzaré la señal.

Pasó una quincena antes de que se presentase la oportunidad. Entonces, una tarde vi a Emmeline que cruzaba el prado detrás de nuestra casa. Tan pronto como se hubo perdido de vista, corrí a ver a Prissy.

-Sí, Emmeline ha ido a acompañar a Jane Lawson - dijo toda ruborizada y temblorosa.

-Entonces, ponte tu vestido de muselina y arréglate el cabello. Voy a casa a hacer que Thomas ate algo a ese ventilador.

¿Creen ustedes que fue capaz de hacerlo? No. Dijo que debía algún respeto a su situación de decano de la iglesia. Al final, tuve que hacerlo yo misma, aunque no me gusta andar subiendo escaleras. Até al ventilador la bufanda de lana roja de mi marido y rogué que Stephen la viese. La vio, pues en menos de una hora apareció en su coche y ató el caballo a nuestro granero. Estaba elegantemente vestido y tan nervioso y excitado como un colegial. Fue derecho hacia Prissy y me quedé con la conciencia tranquila. Nunca sabré porqué se me ocurrió de pronto ir al altillo a asegurarme de que mis sábanas no estaban apolilladas, pero siempre he creído que fue un aviso de la providencia. Subí y se me ocurrió mirar por la ventana, y vi que Emmeline venía cruzando el prado.

Volé escaleras abajo y crucé corriendo entre los abetos entré cono una bomba en la cocina, donde los tórtolos estaban arrullándose.

-Stephen, venga pronto. Emmeline ya está aquí.

Prissy miró por la ventana y se retorció las manos.

-Oh, está en el sendero. Stephen no puede salir de la casa sin que lo vea. Rosanna, ¿que haremos?

Realmente, no sé qué hubiera sido de esos dos pobres, si yo no hubiese existido para darles ideas.

-Lleva a Stephen al altillo y escóndelo allí –dije firmemente-, y hazlo enseguida.

Prissy lo llevó pronto, pero apenas hubo regresado a la cocina, cuando irrumpió Emmeline, hecha una furia, porque alguien le había ganado el tirón con la oferta de acompañar a Jane Lawson, y perdió la oportunidad de meter la nariz en todo mientras Jane dormía. En cuanto puso los ojos sobre Prissy, sospechó algo. No era de sorprenderse, pues allí estaba su hermana vestida de punta en blanco, con las mejillas arreboladas y los ojos brillantes. Estaba temblando de excitación y parecía diez años más joven.

-¡Priscilla Strong, has estado esperando a Stephen esta noche! -estalló-. ¡Criatura perversa, falsa, simuladora y desagradecida!

Y continuó descargándose sobre Prissy, que comenzó a llorar, y pareció tan débil e infantil, que temí que lo contase todo.

-Esto es cosa de ustedes dos -dije-, y no voy a molestar. Pero quiero que vengas a mi casa a enseñarme ese nuevo dibujo de bordado que aprendiste en Avonlea, y como creo que será mejor hacerlo antes que oscurezca, quisiera que vinieses ahora.

-Creo que iré -dijo Emmeline con pocas ganas-, pero Priscilla irá también, pues veo que después de esto no debo perderla de vista

Tuve esperanzas de que Stephen nos viera desde el altillo y aprovechara para escaparse. Pero no quise dejarlo todo a la suerte y, cuando Emmeline estuvo ocupada con el bordado, me excusé y salí. Por suerte la cocina estaba del otro lado de la casa, pero así y todo me sentía muy nerviosa mientras cruzaba el campo y volaba escaleras arriba en casa de Emmeline. Fue una suerte que llegara, pues Stephen no sabía nada. Prissy lo había escondido tras el telar y ni se movió por temor de que Emmeline oyera crujir el piso. Estaba todo cubierto de telarañas.

Lo escondí en nuestro granero, donde quedó hasta que oscureció y las hermanas Strong regresaron a su casa. Emmeline comenzó a regañar a su hermana en cuanto salieron de mi casa.

Entonces entró Stephen y conversamos. Él y Prissy habían empleado bien su tiempo, aunque fuera corto. Ella le había prometido casarse con él, y todo cuanto quedaba era llevar a cabo la ceremonia.

-Y eso no será cosa fácil -le previne-. Ahora que Emmeline sospecha, no la perderá de vista hasta que usted se case con otra, aunque pasen años. La conozco. Y a su hermana también. Si fuera cualquier otra mujer, se escaparía o se las arreglaría de cualquier modo; pero ella, no. Está demasiado acostumbrada a obedecer a Emmeline. Tendrá usted una esposa obediente, Stephen, si es que la consigue alguna vez.

Stephen tenía las apariencias de pensar que ello no sería desventaja. Corrían rumores de que Althea había sido muy mandona. No lo sé; quizá fuera cierto.

-¿No me aconseja algo, Rosanna? -imploró-. Nos ha ayudado hasta ahora, y nunca lo olvidaré.

-Lo único que puedo decirle es que prepare la licencia matrimonial, que hable con el señor Leonard y que no pierda de vista mi ventilador -le dije-. En cuanto se presente una oportunidad, pondré allí una señal.

Bueno, la cosa fue que yo estuve de guardia y Stephen también, y el señor Leonard entró en la maquinación. Prissy estaba entre sus preferidas, y se hubiera necesitado ser más que santo (y a él poco le falta) para tenerle algo de amor a Emmeline, que siempre está tratando de traerle

tropiezos en la iglesia.

Pero Emmeline podía más que todos nosotros. Jamás perdía de vista a Prissy. Adondequiera que fuese, arrastraba a su hermana consigo. Después de un mes, yo estaba casi desesperada. El señor Leonard debía partir una semana después para la asamblea y los vecinos de Stephen estaban empezando a hablar de él. Decían que un hombre que andaba por su prado con un catalejo y confiaba todo el trabajo a un peón, no podía estar del todo en sus cabales.

Casi no pude creer a mis ojos cuando un día vi partir sola a Emmeline. Tan pronto como la perdí de vista, fui a su casa en compañía de Anne Shirley y Diana Parry.

Esa tarde, ambas estaban de visita en mi casa. La madre de Diana era mi prima segunda y, como nos visitábamos con frecuencia, veía a menudo a Diana. Pero nunca había visto a su compinche, Anne Shirley, aunque había oído sobre ella bastantes cosas como para despertar la curiosidad de cualquiera. De modo que cuando regresó del Colegio de Redmond para las vacaciones de verano, pedí a Diana que se apiadase de mí y me la trajera alguna tarde.

No me desilusionó. La consideré una belleza, aunque algunos no pensasen así. Poseía el más magnifico cabello rojo y los ojos más grandes y brillantes que vi en muchacha alguna. En cuanto a su risa, me hacía rejuvenecer. Ella y Diana habían reído mucho esa tarde, pues les había contado, bajo promesa de no divulgarlo, todo el romance de la pobre Prissy. De modo que no harían nada, excepto acompañarme.

Me sorprendió el aspecto de la casa. Todas las persianas estaban cerradas y la puerta tenía la llave echada. Golpeé una y otra vez sin recibir respuesta. Di vueltas a la casa hasta encontrar una ventanita sin persiana. Sabía que pertenecía a la habitación de las muchachas. Por allí llamé a Prissy. Al poco rato, ésta abrió. Estaba tan pálida y triste, que la compadecí con todo mi corazón.

-Prissy, ¿adónde fue Emmeline?

-A Avonlea, a casa de Roger Pye. Allí están con sarampión y no me quiso llevar, porque yo no lo he tenido

¡Pobre Prissy! Nunca había tenido todas esas cosas que es lógico tener.

-Entonces abre la puerta y ven a mi casa -dije triunfante-, tendremos allí a Stephen y al ministro en un periquete.

-No puedo. Emmeline me ha encerrado y se ha llevado la llave.

Quedé confundida. Por aquel ventanuco sólo podría entrar o salir un niño.

-Bueno -añadí-, de todos modos haré la señal a Stephen y veremos qué se puede hacer cuando llegue.

No sabía cómo poner la señal en el ventilador, pues era un día en que me daban desvanecimientos. Y si me daba uno en la escalera del granero, habríamos tenido funeral en vez de boda. Anne Shírley se ofreció a poner la señal y lo hizo. Nunca la había visto hasta entonces y no la he vuelto a ver, pero opino que son pocas las cosas que no podrá hacer, si está empeñada en ello.

Stephen tardó un poco en aparecer y trajo consigo al ministro. De modo que todos, incluyendo a Thomas, que estaba comenzando a interesarse por el romance, a pesar suyo, hicimos un consejo de guerra bajo la ventana.

Mi marido sugirió que se rompieran las puertas y se sacara a Prissy descaradamente, pero vi que el señor Leonard dudaba y hasta el propio Stephen dijo que aquello sería el último recurso. Estuve de acuerdo. Seguramente que Emmeline lo demandaría por violación de domicilio. Estaría tan furiosa que aprovecharía cualquier excusa. Entonces, Anne Shirley, que no podía haber estado más excitada de haber sido ella quien se casaba, vino al rescate.

- ¿No se podría poner una escalera hasta esa ventana para que se subiera el señor Clark y

los casara así? ¿Pueden, señor Leonard?

El ministro estuvo de acuerdo en que sí. Siempre fue el hombre de aspecto más santo, pero en ese instante creo que había un poquito de malicia en sus ojos.

-Thomas, ve a traer nuestra escalerilla -ordené.

Thomas olvidó que era decano de la iglesia y trajo la escalerilla con toda la rapidez que le permitió su gordura. Resultó corta para llegar hasta la ventanilla, pero no había tiempo para conseguir otra. Stephen subió y se estiró, y Prissy se inclinó, y apenas si pidieron estrecharse las manos. Jamás olvidaré el aspecto cíe Prissy. La ventana era tan pequeña, que apenas si podía sacar un brazo y la cabeza. Además se moría de miedo.

El señor Leonard quedó al pie de la escalerilla y los casó. Por lo general, hace de tal ceremonia una cosa larga y solemne, pero esta vez cortó todo lo innecesario. Y fue mejor así, pues apenas los hubo declarado marido y mujer, Emmeline entró en el prado.

Supo perfectamente bien lo que había ocurrido en cuanto vio al ministro con su libro en la mano. No dijo ni una palabra. Abrió la puerta delantera y subió. Siempre he estado convencida de que fue una suerte que la ventana fuese tan pequeña, pues, de haber podido, hubiera precipitado a Prissy desde allí. Bajó a su hermana y literalmente la tiró en brazos de Stephen.

-Aquí tiene; llévese a su mujer --dijo--. Le enviaré todas sus cosas y jamás quiero volver a verlos ni a ella ni a usted.

Entonces, se volvió hacia Thomas y a mí.

-En lo que respecta a ustedes, que hayan ayudado y apoyado a esa tonta, salgan de mi casa y jamás vuelvan a pisar mi umbral.

-Por Dios, ¿quien quiere hacerlo, vieja bruja? -dijo Thomas.

No era cosa para que él la dijera, pero todos somos humanos, hasta los decanos. A las muchachas también les llegó su turno. Emmeline les echó una mirada asesina.

-Esto les servirá para contarlo en Avonlea -dijo-. Sus habladurías servirán por un tiempo. Para eso salen de Avonlea, para llevar chismes.

Finalmente apuntó al ministro.

-Después de esto, iré a la Iglesia bautista en Spencervale-. El tono de su voz significaba mil otras cosas. Entró en su casa como un torbellino y dio un portazo.

El señor Leonard nos echó una mirada piadosa, mientras Stephen ponía en el coche a la semidesmayada Prissy.

-Lo siento mucho -dijo con ese su modo tan santo de ser- por los bautistas.

CAPÍTULO ONCE

Milagro en Carmody

Salome miró por la ventana de la cocina y arrugó, preocupada, la frente.

-¡Oh, señor! ¿Qué habrá estado haciendo Lionel Hezekiah?

-Involuntariamente, alargó la mano en busca de su muleta, pero estaba fuera de su alcance, caída sobre el suelo, y sin ella Salome no podía dar un paso.

-Bueno, de todos modos, Judith lo trae tan pronto como puede -reflexionó- Debe de haber hecho alguna de las suyas, pues parece muy enojada y camina como sólo lo hace cuando está

furiosa. Algunas veces estoy tentada de pensar que Judith y yo hemos cometido un error al adoptar al niño. Supongo que dos solteronas no saben mucho sobre la crianza de un muchachito. Pero *no* es malo y creo que debe de haber alguna forma de hacer que se porte mejor.

El monólogo de Salome fue cortado por la entrada de su hermana Judith, que traía aferrado de las muñecas a Lionel Hezekiah.

Judith March tenía diez años más que su hermana y ambas eran tan distintas como el día y la noche. Salome, a pesar de sus treinta y cinco años, era casi juvenil. Era menuda, de tez rosada, con pequeños rizos de cabello dorado y ojos grandes, azules y suaves como los de una paloma. Quizá su cara fuera débil, pero era muy dulce y atrayente.

Judith March era alta y morena, con cara trágica y cabellos grises. Sus ojos eran negros y sombríos y cada rasgo demostraba una insobornable determinación. En ese momento parecía "muy enojada", tal como dijera su hermana, y las funestas miradas que echaba al pequeño mortal que traía hubieran hecho temblar al criminal más avezado; pero a él, no.

Lionel Hezekiah, no importa cuáles fueran sus defectos, no tenía mal aspecto. En realidad, era el geniecillo más atrayente que luciera un par de grandes ojos pardos y aterciopelados. Era regordete y de miembros firmes, con una mota de hermosos rizos rubios que eran su desesperación y el orgullo de Salome; y su cara redonda era por lo general el lugar preferido de hoyuelos y sonrisas.

Pero ahora el chiquillo estaba marchito; había sido descubierto en *flagranti delictusy* estaba muy avergonzado de sí mismo. Agachaba la cabeza y arrastraba los pies ante la mirada de reproche de Salome. Cuando ésta lo miraba así, Lionel Hezekiah sentía que su diversión le costaba demasiado cara.

-¿Qué crees que le descubrí haciendo otra vez? -Preguntó Judith.

-No sé.

-Tirando-al-blanco-a-la-puerta-del-gallinero-con-huevosrecién-puestos -dijo Judith con estudiado cuidado-. Usó todos los huevos puestos hoy, menos tres. En lo que respecta a la puerta del gallinero...

Judith se detuvo, con gesto indignado destinado a dar idea de que Salome debía imaginar el estado de tal puerta, ya que no existían palabras para describirlo.

-¡Oh, Lionel Hezekiah!, ¿por qué haces tales cosas? -Preguntó Salome, mortificada.

-Yo... no sabía que estaba mal -dijo el niño rompiendo a llorar-. Yo... yo... creí que era risa. Parece que todo lo que es risa está mal.

El corazón de Salome no podía resistir las lágrimas, y Lionel Hezekiah lo sabía bien. Pasó su brazo alrededor del culpable y lo atrajo hacia sí.

-No sabía que hacía mal --dijo desafiante a Judith.

-Pues entonces hay que enseñarle -fue la respuesta-. No trates de protegerlo, Salome. Irá a la cama sin cenar.

-¡No sin cenar! -imploró Salome-. No podrás mejorar la moral de un niño lastimando su estómago.

-Sin cenar, digo -repitió Judith, inexorable-. Lionel Hezekiah, sube a la habitación del sur y métete en la cama en seguida.

El niño subió y se acostó inmediatamente. No era ni malhumorado ni desobediente. Salome lo oyó subir las escaleras con un sollozo en cada paso, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

-Salome, por amor de Dios, no te pongas a llorar -dijo Judith, irritada-. Creo que es bien poco castigo. Es capaz de agotar la paciencia de un santo y yo nunca lo fui - terminó con toda

veracidad.

-Pero no es malo -suplicó Salome-. Sabes que nunca hace dos veces la misma cosa, cuando se le ha dicho que está mal.

-¿Para qué sirve eso, si inventa algo nuevo que es dos veces peor? Nunca vi a alguien que tuviera tantas ideas para el mal. Fíjate en todo lo que hizo durante los últimos quince días, en sólo dos semanas, Salome. Trajo una serpiente viva y casi te mata de susto; bebió una botella de linimento y por poco se envenena; se metió en la cama con tres sapos; subió al techo del gallinero, se cayó y mató una gallina; se pintó la cara con tus acuarelas; y ahora, *esta* hazaña. ¡Y huevos a veintiocho centavos la docena! Te digo, Salome, que este niño es un lujo caro.

-Pero no podemos pasar sin él -protestó Salome.

-Yo puedo. Pero como tú no, o por lo menos así lo crees, tendremos que quedarnos con él. Pero la única forma de vivir tranquilas será atarlo en el prado y tomar a alguien para que lo vigile.

-Debe de haber alguna manera de manejarlo --dijo

Salome, desesperada. Pensó que su hermana hacía demasiado hincapié en eso de atarlo. Judith era terriblemente seria en sus decisiones. -Creo que inventa tantas cosas porque no tiene nada que hacer. Si tuviera algo de qué ocuparse. Quizá si lo enviáramos al colegio...

-Es demasiado pequeño para ello. Papá decía siempre que ningún niño debía ir a la escuela hasta los siete años, y no pienso enviar a Lionel Hezekiah. Bueno, voy a ver qué puedo hacer en esa puerta con un cubo de agua caliente y un cepillo. ¡Con todo lo que tenía que hacer esa tarde!

Judith le acercó la muleta a Salome y partió a purificar la puerta del gallinero. Tan pronto como se hubo perdido de vista, Salome tomó su muleta y se acercó dolorosamente al pie de la escalera. No podía subir a consolar a Lionel Hezekiah; por esa razón Judith lo envió arriba. Salome no había subido desde hacía quince años. Tampoco se atrevía a llamar al niño por temor a que regresara su hermana. Además, también merecía castigo, pues se había portado mal.

-Pero me gustaría darle un poco de comida de contrabando -murmuró sentándose en el último escalón y escuchando-. No oigo ningún ruido. Supongo que habrá llorado hasta dormirse, pobre niño. Por cierto que es terriblemente maquiavélico. Pero me parece que eso significa que tiene una mente investigadora, y si se la pudiera encauzar... Cómo me gustaría que Judith me dejara hablar con el señor Leonard sobre Lionel Hezekiah. Ojala no odiara así a los ministros. No me importa que no me deje ir a la iglesia, porque soy tan lisiada que sería demasiado doloroso, pero me gustaría hablar con el señor Leonard de estas cosas una que otra vez. No puedo creer que ella y papá tuvieran razón; estoy segura de que no. Hay un Dios y temo que es malo no ir a la iglesia. Pero sólo un milagro podría convencerla, y de nada vale pensar en eso. Sí, Lionel Hezekiah debe de haberse quedado dormido.

Salome se lo imaginó con sus largos rizos que le rozaban las rosadas mejillas mojadas por las lágrimas y los puñitos cerrados sobre el pecho, como era su costumbre. El corazón se le caldeó ante el cuadro. Los padres del niño, Abner y Martha Smith, habían muerto un año atrás dejando nada más que muchos hijos. Éstos fueron adoptados en varios hogares de Carmody, y Salome March sorprendió a su hermana, al pedirle permiso para hacerse cargo del "niñito" de cinco años. Al principio Judith se rió de la idea, pero cedió ante la insistencia de su hermana. Siempre cedía, excepto en un punto.

-Si quieres tener al niño, supongo que así ha de ser -dijo al fin-. Me habría gustado que tuviese un nombre decente. Hezekiah es malo, y Lionel peor; pero los dos juntos, precediendo a Smith, es cosa que sólo a su madre se le hubiese ocurrido. Su capacidad de juicio fue igual tanto para elegir marido como para elegir nombres.

De modo que así entró el niño en casa de Judith y en el corazón de Salome. Ésta pudo quererlo a sus anchas, pero siempre con Judith que vigilaba su crianza con ojo crítico. Posiblemente era para bien, pues, de otro modo, Salome lo hubiera echado a perder con su indulgencia. Ella, que siempre hacía suyas las opiniones de Judith, aunque le hicieran mal, difirió con respecto a los decretos de su hermana sobre el niño y sufría más que él cuando lo castigaban.

Allí estuvo sentada hasta quedarse dormida, con la cabeza entre los brazos. Así la encontró Judith cuando regresó, severa y triunfante, de limpiar la puerta del gallinero. Una maravillosa ternura se dibujó en su cara al verla.

-A pesar de sus años, no es más que una niña -pensó. Una niña que ha visto su vida arruinada por una culpa que no es suya. ¡Y todavía hay quien dice que hay un Dios que es justo y bueno! Si lo hay, es un tirano injusto y cruel y lo odio.

Los ojos de Judith estaban llenos de amarga venganza. Pensó que tenía muchos agravios contra el Supremo Poder que rige en el mundo, pero el principal era la desgracia de Salome. Ella, que quince años antes fuera la más brillante y feliz de las doncellas, plena de gloria de vivir. Si Salome pudiese andar como las otras mujeres, Judith no odiaría el Poder tiránico.

Durante cuatro días después del episodio de la puerta del gallinero, Lionel Hezekiah estuvo calmo y angélico. Entonces hizo una de las suyas. Una tarde entró con los rizos llenos de cardos y llorando. Judith no estaba en casa y Salome dejo caer su tejido y lo contempló con desmayo.

-¡Oh, Lionel Hezekiah! ¿Qué has estado haciendo?

-Me puse los cardos porque jugué al jefe pagano -sollozó el niño-. Fue fantástico, pero duele mucho cuando hay que sacarlos.

Ninguno de los dos olvidó la hora horripilante que siguió. Con ayuda del peine y las tijeras, Salome pudo, al fin, despejar los rizos de cardos. Será imposible decidir quién de los dos sufrió más en el proceso. Salome lloraba tanto como Lionel Hezekiah, y cada corte de tijera y cada tirón del peine le arrancaba una lágrima. Estaba casi exhausta cuando terminó aquello, pero puso sobre sus rodillas al cansado Lionel Hezekiah y apoyó contra su cabeza la húmeda mejilla.

-Lionel Hezekiah, ¿qué te hace ser tan malo?

Lionel Hezekiah frunció el ceño.

-No sé -anunció por fin-, a menos que sea porque no me mandan a la Escuela Dominical.

Salome se irguió como tocada por una corriente eléctrica.

-Pero, ¿quién te ha puesto esa idea en la cabeza?

-Bueno, todos los otros muchachos van -dijo desafiante-y todos son mejores que yo y sospecho que ésa es la razón. Teddy Markham dice que todos los niñitos deben ir a la Escuela Dominical y que si no van, tienen que ir a un lugar malo. No sé cómo esperan que sea bueno, si no me mandan a la Escuela.

-¿Te gustaría ir? -preguntó Salome con un suspiro.

-Brutalmente -dijo el niño sucinta y francamente.

-No uses esa palabra -suspiró Salome-. Veré qué se puede hacer. Le preguntaré a tu tía Judith.

-¡Oh!, ella no va a dejarme ir -dijo Lionel Hezekiah, desalentado-. La tía Judith no cree que haya Dios ni lugar malo. Así dice Teddy Markham. Dice que es muy perversa porque nunca está en la iglesia. Tú debes ser perversa porque tampoco vas. ¿Por qué no vas?

-Tu... tu tía Judith no me deja -tartamudeó Salome más perpleja que nunca.

-Bueno, no me parece que se diviertan mucho los domingos -comentó el pequeño, desalentado-; si yo fuera una de ustedes, sí que me divertiría. Supongo que es porque son

mujeres. Estoy contento de ser hombre. Mira a Abel Blair, qué bien lo pasa los domingos. Nunca va a la iglesia, pero va a pescar, a las riñas de gallos y se emborracha. Cuando yo crezca, voy a hacer eso los domingos, ya que no tendré que ir a la iglesia. No me gusta ir a la iglesia, pero me gustaría ir a la Escuela Dominical.

Salome escuchaba dolorida. Cada palabra era irresistible para su conciencia. De modo que éste era el resultado de su poca resistencia frente a Judith; este inocente la consideraba una malvada y, peor aún, tenía al viejo y depravado Abel Blair como modelo. Oh, ¿era demasiado tarde para remediar el mal? Cuando regresó Judith, su hermana le contó todo.

-Lionel Hezekiah debe ir a la Escuela Dominical -concluyó implorante.

La cara de Judith pareció de piedra.

-No, no irá -dijo tozuda-. Nadie que viva en mi casa irá jamás ni a la iglesia ni a la Escuela Dominical. Cedí cuando me pediste que te dejase enseñarle las oraciones, aunque sabía que eso no era más que una tonta superstición, pero no cederé una pulgada más. Ya conoces mi modo de pensar al respecto, Salome; igual que mi padre. Ya sabes que odiaba las iglesias y a los fieles; sin embargo, ¿conociste a alguien más bueno, gentil y amable que él?

-Mamá creía en Dios y siempre fue a la iglesia.

-Mamá era débil y supersticiosa como tú -respondió inflexible Judith-. No creo que haya un Dios, pero si lo hay, es injusto y lo odio.

-¡Judith! -boqueó Salome, horrorizada ante la impiedad. Casi esperaba ver caer a su hermana fulminada a sus pies.

-¡No me digas Judith en ese tono! -respondió ésta, apasionada por la extraña ira que le despertaba cualquier discusión sobre el tema-. Eso es lo que pienso. Antes de que quedaras lisiada, no me importaba mucho lo uno o lo otro; tanto me hubiera inclinado por mamá como por papá. Pero cuando tú quedaste así, supe que papá tenía razón.

Por un instante, Salome se sintió descorazonada. Comprendió que no podía ni se atrevía a hacerle frente a Judith. No lo hubiera hecho por algo suyo, pero el pensar en el niño la desesperó. Apretó salvajemente sus blancas manos.

-Judith, mañana iré a la iglesia -gritó-; te digo que iré. No seré ni un día más un mal ejemplo para Lionel Hezekiah. No lo llevaré, en eso no iré contra ti, pues tú lo alimentas y lo vistes. Pero yo iré.

-Si lo haces, Salome, no te lo perdonaré jamás -dijo Judith con la cara oscurecida por la ira. Luego salió, pues tenía miedo de seguir la discusión.

Salome se abandonó a las lágrimas y lloró casi toda la noche. Pero no cedió. Iría a la iglesia, por el futuro de su querido pequeño.

Judith no le habló durante el desayuno. Esto casi le quebró el corazón, pero no se ablandó. Después, se arrastro penosamente hasta su habitación y, más penosamente aún, se vistió. Cuando hubo terminado, sacó de su caja una pequeña Biblia gastada. Había pertenecido a su madre y Salome leía un capítulo cada noche, aunque a escondidas de su hermana.

Cuando se arrastró dentro de la cocina, Judith la contemplo con cara endurecida. En sus ojos brilló una llama de ira y, entrando en la sala, cerró la puerta con violencia, como si separara a su hermana para siempre de su vida y de su corazón. Salome, con los nervios en tensión, intuyó el significado de esa puerta cerrada. Vaciló por un instante; no podía ir contra Judith. Estaba por volver a su habitación, cuando Lionel Hezekiah entró corriendo y se detuvo a contemplarla, admirado.

-Estás fantástica, tía Salome -dijo-. ¿Adónde vas? -No emplees esa palabra, Lionel Hezekiah -rogó-. Voy a la iglesia.

-Llévame -dijo el niño. Salome sacudió la cabeza.

-No puedo, querido. No le gustaría a tu tía Judith. Quizá te deje ir dentro de un tiempo. Pórtate bien mientras yo no esté. No hagas cosas malas.

-No las haré, si sé que son malas -concedió el niño-. Pero ése es el problema; no sé cuales son malas y cuáles son buenas. Probablemente las conozca cuando vaya a la Escuela Dominical.

Salome salió del prado por el sendero bordeado de ásteres y margaritas. Por fortuna, la iglesia estaba al fin del sendero, del otro lado del camino real, pero le fue muy difícil cubrir una distancia aun tan corta. Se sentía agotada cuando llegó y cruzó el pasillo hasta el antiguo reclinatorio de su madre. Dejó las muletas sobre el asiento y, con un suspiro, se hundió en el rincón junto a la ventana.

Había elegido llegar temprano para poder estar allí antes de que arribase la gente. La iglesia estaba aún vacía, excepto un curso de niños de la Escuela Dominical, que ocupaban con su maestro un lugar en un rincón y que interrumpieron su lección para mirar sorprendidos a Salome March que entraba en la iglesia.

El gran edificio, sombreado por los altos olmos que lo rodeaban, estaba muy quedo. De una habitación tras el púlpito, donde se hallaba congregado el resto de la Escuela Dominical, llegaba un débil murmullo. Frente al púlpito había una tarima con geranios. Conos de luz se filtraban a través de los ventanales. Salome sintió que el corazón se le llenaba de paz y de felicidad. Hasta la ira de su hermana perdió importancia. Apoyó la cabeza contra el ventanal y se dejó llevar por la corriente de recuerdos que la embargaba.

Recordó los días de su niñez, cuando se sentaba allí junto a su madre. Judith también venía, y siempre le parecía a Salome que los diez años eran demasiada distancia entre ellas. Su padre, alto y reservado, jamás asistió. Salome sabía que los vecinos de Carmody lo llamaban infiel y lo consideraban un malvado. Pero no lo era: al contrario, era bueno y gentil a su manera.

La madre amorosa había muerto cuando Salome tenía diez años, pero fueron tantos los cuidados que le prodigara Judith, que su hermana no la echó de menos. Judith March quería a su hermana con intensidad maternal. Era una muchacha simple, poco atrayente, apreciada por pocos y no festejada por ningún hombre; pero estaba decidida a que Salome tuviese todo cuanto ella no poseyera: admiración, amistad, amor. Viviría su propia juventud en la de Salome.

Todo fue según sus planes hasta que Salome cumplió dieciocho años y entonces comenzaron las tribulaciones. Su padre, a quien Judith había comprendido y querido, murió; el novio de Salome pereció en un accidente ferroviario y, por último, la propia Salome tuvo los síntomas de una enfermedad en la cadera que, partiendo de una herida sin importancia, la convertiría en una tullida. Se hizo todo lo posible por ella. Judith, que había recibido una pequeña fortuna de una tía, no reparó en gastos para conseguir la mejor atención médica. Pero los médicos fracasaron totalmente.

Judith había sobrellevado valientemente la muerte de su padre, a pesar de su dolor; había visto agotarse a su hermana con el corazón lleno de pena, pero sin amargura; mas cuando supo que Salome nunca podría caminar, excepto arrastrándose con su muleta, entonces las fuerzas reprimidas de su alma rompieron los diques e inundaron su naturaleza con una rebelión contra el Ser que les había enviado o que no había querido evitarles esas calamidades. No maldijo ni gritó su ira; ése no era su modo de ser. Pero nunca volvió a la iglesia y pronto se acepto en Carmody que Judith era tan infiel como había sido su padre.

O quizá peor, ya que no dejaba ir a la iglesia a su hermana y cerró la puerta en las narices del ministro cuando éste fue a verla.

-Debí haberme opuesto por mi conciencia -reflexionaba Salome desde su banco-. Creo

que ahora no me perdonará. Y no podría vivir si no me perdonara. Pero debo resistir por el niño. Ya ha recibido bastante daño por mi causa. Dicen que lo que un niño aprende antes de los siete años, nunca lo olvida; de modo que a Lionel Hezekiah sólo le queda un año para aprender estas cosas. ¡Oh, espero que ya no sea demasiado tarde!

Cuando comenzaron a entrar los vecinos, Salome sintió dolorosamente sus miradas. Adondequiera que mirara, las encontraba, a menos que mirase a la ventana. De modo que allí clavó los ojos, con la cara llena de rubor. Por allí se veía su casa y a Lionel Hezekiah haciendo tortas de barro en el jardín. De pronto, vio a su hermana salir de casa y dirigirse hacia los pinos del fondo. Judith siempre iba allí en los momentos difíciles para su espíritu.

Salome podía ver el sol que brillaba en los rizos del niño mientras jugaba. El placer de contemplarlo la hizo olvidar donde estaba y los ojos curiosos que la observaban. De pronto, Lionel Hezekiah dejó de jugar con el barro y fue hacia la esquina de la cocina de verano, desde donde procedió a subir por la ventana contra tormentas y desde allí trepó al inclinado techo de la cocina. Salome retorció las manos desesperada. ¿Y si el niño se caía? Oh, por qué Judith lo habrá dejado solo. Y si... y si... y entonces, mientras su cerebro imaginaba una docena de posibles catástrofes, algo ocurrió de verdad. Lionel Hezekiah resbaló, manoteó salvajemente y se deslizó techo abajo, zambulléndose con un remolino de brazos y piernas dentro de un gran tonel, que estaba por lo general lleno de agua de lluvia hasta el borde. Era un recipiente lo bastante grande para tragarse a una docena de niñitos que se dedicaran a trepar los domingos por los techos de las cocinas.

Entonces ocurrió algo que todavía se recuerda en Carmody y se discute mucho, tantas y tan apasionadas son las opiniones. Salome March, que no había caminado sin ayuda durante quince años, saltó sobre sus pies con un grito y echó a correr por el pasillo.

Cada hombre, cada mujer o niño que allí estaba, la siguió; hasta el ministro, que acababa de anunciar el sermón. Cuando todos estuvieron fuera, Salome ya se hallaba a mitad de camino por el sendero, corriendo salvajemente. En su corazón sólo había lugar para un pensamiento. ¿Se ahogaría Lionel Hezekiah antes de que llegara?

Abrió la puerta del jardín y lo cruzó corriendo, mientras una alta mujer, con cara triste aparecía por detrás de la casa y se quedaba como si hubiese echado raíces ante lo que veían sus ojos.

Mas Salome no vio a nadie. Se echó sobre el tonel y miró, enferma de terror. Pero sólo pudo ver al niñito sentado, con el agua a la cintura. Parecía un poco mareado y perplejo, pero aparentemente no tenía heridas.

El jardín estaba lleno de gente, pero nadie había pronunciado una palabra; un temor reverente mantenía a todos en silencio. Judith fue la primera en hablar. Se abrió paso entre la multitud. Tenía la cara blanca y los ojos, según contó después la señora de William Blair, eran como para llenar de pavor a cualquiera.

-Salome --dijo con voz aguda y poco natural-. ¿Dónde está tu muleta?

Ante aquella pregunta, Salome volvió en sí. Por primera vez comprendió que había caminado, o mejor dicho, corrido toda esa distancia entre la iglesia, sola y sin ayuda. Empalideció, se inclinó y hubiera caído al suelo de no haberla sostenido su hermana.

El viejo doctor Blair se acercó.

-Éntrela -dijo-, y no se acerquen. Necesita soledad y descanso por un tiempo.

La mayoría de los vecinos retornaron obedientes a la iglesia, charlando volublemente. Unas pocas mujeres ayudaron a Judith a entrar a su hermana y a recostarla sobre el sofá de la cocina, seguidas por el doctor Blair y por el mojado Lionel Hezekiah, que había sido sacado del

Librodot

tonel y a quien nadie prestaba atención.

Salome tartamudeó su historia y sus oyentes la atendían con emociones encontradas.

-Es un milagro -dijo Sam Lawson con voz sobrecogida.

El doctor Blair sacudió los hombros.

-Aquí no hay tal milagro. Es todo perfectamente natural. La enfermedad de la cadera se ha curado evidentemente hace tiempo. La naturaleza hace curas así cuando se la deja actuar sola. La dificultad residía en que los músculos estaban paralizados por la larga inactividad. Esa parálisis fue vencida por un fuerte esfuerzo instintivo. Salome, póngase de pie y camine por la cocina.

La mujer obedeció. Caminó por la cocina lentamente, con paso duro y vacilante, ahora que había desaparecido el estímulo del miedo frenético; pero todavía podía andar. El médico asentía con satisfacción.

-Haga eso todos los días. Camine tanto como pueda sin cansarse y pronto estará tan ágil como antes. No le hacen falta más muletas, pero en esto no hay nada milagroso.

Judith March se volvió hacia él. Desde que preguntara por la muleta, no había pronunciado palabra. Ahora dijo apasionadamente.

-*Fue un* milagro. Dios lo ha provocado para probarme su existencia y yo acepto la prueba.

El viejo doctor volvió a encogerse de hombros. Siendo un hombre inteligente, sabía cuando callar.

-Bueno, acuesten a Salome y déjenla dormir el resto del día. Está agotada. Y, por amor de Dios, que alguien le ponga ropas secas a ese niño antes de que se resfríe de muerte.

Ese atardecer, cuando Salome contemplaba el sol desde la cama, con el corazón pleno de felicidad y gratitud, Judith entró en su habitación. Vestía su mejor vestido y sombrero y traía de la mano a Lionel Hezekiah. Éste lucía su cara limpia y los rizos le caían sobre el cuello de su traje de terciopelo.

-¿Cómo te sientes ahora, Salome? -preguntó gentilmente.

-Mejor. He dormido muy bien. Pero, ¿adónde vas, Judith?

-A la iglesia -respondió ésta con voz firme-, y llevo a Lionel Hezekiah conmigo.

CAPÍTULO DOCE

El fin de una disputa

Nancy Rogerson se sentó sobre el umbral de la puerta de Louisa Shaw lanzando un largo suspiro de placer con atisbos de tristeza. Todo parecía ser lo mismo; el jardín cuadrado era tan cuadrado como siempre y tan desordenado, con la misma encantadora mezcla de frutas y flores, matorrales de grosellas y lilas, un manzano retorcido que aparecía aquí y allá y un espeso matorral de cerezas al pie. Detrás se veía una línea de afilados abetos, que se destacaban contra el rosado poniente, sin parecer un día más viejos que veinte años antes, cuando Nancy era una jovencita que caminaba y soñaba a su sombra. El viejo sauce estaba tan grande y llorón como entonces y también, pensó Nancy estremeciéndose, tan lleno de orugas. Nancy había aprendido muchas cosas en sus veinte años de exilio de Avonlea, pero no pudo aprender a dominar su temor

a las orugas.

-Pocos cambios hay, Louisa -dijo, apoyando el mentón entre sus manos regordetas y blancas, mientras aspiraba el deleitoso olor de la menta aplastada por los pies de Louisa-. Me alegro; temía regresar por miedo a que hubieras mejorado el jardín, matándolo, o peor aún, trasformándolo en un campo ordenado. Está tan magníficamente desarreglado como siempre y la cerca aún se balancea. No *puede* ser la misma, pero lo parece. No, todo ha cambiado muy poco. Gracias, Louisa.

Louisa no tenía la menor idea de por qué Nancy le daba las gracias, pero nunca la había entendido mucho, a pesar de todo lo que la quisiera en los días de la niñez, que ahora le parecían más lejanos que a Nancy. Louisa estaba separada de ellos por la plenitud de su casamiento y su maternidad, mientras que su amiga los contemplaba por la estrecha rendija que forman los años vacíos.

-Tú no has cambiado mucho, Nancy-dijo contemplando admirada la elegante figura en uniforme de enfermera que su amiga se había puesto para mostrarle cómo era. Tenía la tez rosada y blanca y los ondulados cabellos castaños dorados-. Te has conservado maravillosamente bien.

-¿Si? -dijo Nancy, complacida-. Los métodos modernos de masaje y el *cold crean* han alejado las arrugas y, por fortuna, poseo la tez de los Rogerson. No pensarías que tengo treinta y ocho años, ¿no? ¡treinta y ocho! Hace veinte años consideraba a cualquiera de esa edad como a un Matusalén con faldas. Y ahora me siento tan horrible y ridículamente joven, Louisa. Cada mañana, cuando me levanto, me digo solemnemente tres veces: "Nancy Rogerson, eres una solterona", para no olvidarlo durante el día.

-Sospecho que no te preocupa mucho serlo –dijo Louisa encogiéndose de hombros. Ella no hubiera sido una solterona por nada del mundo: y, sin embargo, envidiaba a Nancy su libertad, su amplia vida en el mundo, su frente sin arrugas y su descuidada ligereza de espíritu.

-Sí que me importa -respondió Nancy con franqueza-. Odio ser una solterona.

-¿Y por qué no te casas? -preguntó Louisa, reconociendo inconscientemente la eterna posibilidad de su prima de contraer matrimonio.

Nancy sacudió la cabeza.

-No, eso tampoco me vendría bien. No quiero estar casada. ¿Recuerdas la historia que contaba hace tiempo Anne Shirley sobre la alumna que quería ser viuda porque "si estabas casada, tu marido mandaba y si no estabas casada, la gente te llamaba solterona"? Bueno, ésa es precisamente mi opinión. Me gustaría estar viuda. Entonces tendría la libertad de las solteras, con los privilegios de las casadas; podría hacer la torta y comérmela. ¡Oh, quién fuera viuda!

-¡Nancy! -dijo Louisa con tono espantado.

Aquélla rió, y su risa corrió por el jardín con el suave tono de un arroyuelo.

-Louisa, todavía puedo espantarte. Así solías decirme hace mucho, como si hubiera trasgredido los diez mandamientos.

-Dices cosas tan raras -protestó Louisa-, y la mitad de las veces no sé qué quieres significar con ellas.

-Tampoco yo lo sé. Quizá la dicha de regresar a estos viejos lugares me ha trastornado un poco. He encontrado aquí mi niñez perdida. En este jardín *no puedo* tener treinta y ocho años, me resulta completamente imposible. Tengo dieciocho, y dos pulgadas menos de cintura. Mira, el Sol se pone. Todavía usa su viejo truco de echar sus últimos destellos sobre la granja de los Wright. ¿A propósito, Louisa, vive allí todavía Peter Wright?

-Sí -Louisa echó una mirada interesada a su aparentemente plácida amiga.

-Casado, supongo, y con media docena de chiquillos -dijo ésta indiferente, mientras

alzaba algunos ramos de menta y los prendía a su pecho. Quizás el esfuerzo de inclinarse le hizo subir los colores a la cara. Pero allí había más colores que los de los Rogerson, y Luisa, a pesar de lo lento de sus procesos mentales en algunos aspectos, creyó comprender el significado de aquel rubor, así como el de los que siguieron. Se inflamaron en ella sus instintos de casamentera.

-Por cierto que no -respondió prontamente-. Peter Wright no se casó. Ha sido fiel a tu recuerdo, Nancy.

-¡Uf! Me haces sentir muerta y enterrada en el cementerio de Avonlea, con una lápida con un sauce llorón grabado -dijo Nancy estremeciéndonse-. Cuando se dice que un hombre ha sido fiel al recuerdo de una mujer, por lo general eso quiere significar que no pudo conseguir otra que cargase con él.

-Ése no es el caso de Peter -protestó Louisa-. Es un buen partido y muchas hubieran cargado con él, y todavía lo harían. Sólo tiene cuarenta y tres años. Pero no ha demostrado el menor interés por ninguna desde que lo dejaste, Nancy.

-Yo no fui. Él me dejó -dijo Nancy, plañidera, contemplando a lo lejos, a través de los campos y el valle de los abetos, los blancos edificios de la granja de los Wright que brillaban al sol mientras el resto del valle de Avonlea se envolvía en las sombras. En sus ojos había risa, y Louisa no podía ver si había algo bajo aquella mirada.

-¡Vamos! -dijo Louisa-. ¿Por qué riñeron Peter y tú? - añadió curiosa.

-Muchas veces me lo pregunté.

-¿Y desde entonces no lo has vuelto a ver?

-No. ¿Ha cambiado mucho?

-Bueno, algo sí. Tiene los cabellos grises y aspecto cansado. Pero no es cosa de extrañarse, por la vida que lleva. No ha tenido ama de llaves en dos años, desde que murió su tía. Vive solo y hasta se cocina. Nunca estuve en su casa, pero dicen que hay un desorden terrible.

-Sí, no creo que Peter tenga alma de buen dueño de casa -dijo Nancy ligeramente, tomando otro ramo de menta-. Piensa, Louisa, que de no haber sido por aquella vieja disputa, ahora podría yo ser la señora de Peter Wright, madre de la antedicha media docena, y estar quebrándome los cascos por la comida, los calcetines y las vacas de Peter.

-Supongo que estarás mejor así.

-No lo sé. -Nancy volvió a contemplar la blanca casa sobre la colina.- He llevado una vida magnífica, pero eso no parece satisfacerme. Para ser sincera (y la sinceridad es cosa rara entre mujeres cuando se habla de hombres) creo que preferiría estar cocinando para Peter y limpiando su casa. Ahora no me importarían sus errores de gramática. He aprendido por ahí un par de cosas valiosas y una de ellas es que no importa cómo habla un hombre, con tal de que no te insulte. A propósito ¿Peter sigue enfadado con la gramática?

-Yo... yo no sé. Nunca supe que lo estuviera.

-¿Dice todavía "lo qué" y "cosa"?

-Nunca lo noté -confesó Louisa.

-¡Envidiable Louisa! ¡Ojala hubiera nacido yo con esa bendita facultad de no notar nunca las cosas! Sienta más eso a una mujer que la belleza o la inteligencia. Yo sí notaba los errores de Peter. Cuando decía "lo qué", me llevaban los diablos. Traté, con todo tacto, de reformarlo en ese campo. A Peter no le gustaba ser reformado; los Wright tienen muy buena opinión sobre ellos mismos. Reñimos por una cuestión de sintaxis. Peter me dijo que tendría que tomarlo como era, con su sintaxis y todo, o irme sin él. Y me fui sin él; y desde entonces he estado cavilando si lo sentí de verdad o era simplemente un pesar sentimental que estaba tratando de meter en mi corazón. Me atrevo a decir que es esto último. Ahora bien, Louisa, estoy viendo el comienzo de

la maquinación en el fondo de tus ojos. Ahógalo, querida. De nada vale tu intención de unirnos ahora; no, ni siquiera una tímida invitación a tomar té una tarde, como estás pensando en este momento.

-Bueno, tengo que ir a ordeñar -tartamudeó Louisa, casi contenta de escaparse. El poder de leer los pensamientos que tenía Nancy la ponía incómoda. Temía quedarse junto a su prima un rato más, no fuera que Nancy sacara a luz todos sus secretos.

Nancy se quedó sentada mucho tiempo después que Louisa hubo partido; se quedo allí hasta que cayó la noche dulcemente sobre el jardín y las estrellas parpadearon sobre los abetos. Ése había sido el hogar de su niñez. Allí había vivido y cuidado la casa de su padre. Cuando éste murió, Curtis Shaw, recién casado con su prima Louisa, compró la granja y se mudó. Nancy quedó con ellos, esperando tener pronto casa propia. Ella y Peter Wright estaban comprometidos.

Entonces ocurrió la misteriosa disputa, sobre cuya causa quedaron ignorantes amigos y familiares de ambas partes. Pero de sus resultados tuvieron completa noticia. Nancy hizo sus maletas y partió a setecientas millas de Avonlea. Fue a un hospital en Montreal y estudió para enfermera. En los veinte años que siguieron nunca regresó. Su súbito regreso ese verano era un brote de su añoranza por aquel jardín. No había pensado en Peter. A decir verdad, poco había pensado en él durante los últimos quince años. Creía haberlo olvidado. Pero ahora, sentada en el viejo umbral donde estaba a menudo durante los días de su noviazgo, con Peter reclinado a sus pies, algo le tocó el corazón. Miró a través del valle la luz encendida en la cocina de los Wirght y se presentó a Peter sentado allí, solo y sin quien la cuidara, ocupándose él mismo de sus cosas.

-Bueno, debería haberse casado. -dijo——. No voy a preocuparme porque sea un viejo solterón, cuando todos estos años lo he creído casado. Por lo menos, podría tomar a alguien que lo cuide en casa. Puede pagarlo; el lugar parece próspero. Yo tengo una buena cuenta en el Banco y he visto casi todo lo que vale la pena de verse en el mundo; pero tengo varios cabellos grises bien escondidos y la terrible convicción de que la gramática no es, después de todo, una de las cosas esenciales en la vida. Bueno, no voy a estarme quejando más. Voy a leer la más excitante de las novelas que he traído.

Durante la semana siguiente, Nancy se divirtió a sus anchas. Leyó y se hamacó en el jardín, se internó por los campos, los bosque y las solitarias mesetas.

-Eso me gusta más que ver gente -dijo-cuando Louisa le sugirió que visitara a éstos o aquellos-, especialmente a los vecinos de Avonlea. -Todas mis antiguas compinches se han ido, o están casadas y cambiadas, y las nuevas no me conocen y me hacen sentir terriblemente avejentada. Es peor sentirme avejentada que vieja, ¿sabes? En los bosques me siento externamente joven como la naturaleza. Y es tan lindo no tener que lidiar con los termómetros, la temperatura y los caprichos de los demás. Déjame que me ocupe de mis caprichos, Louisa, y dame unos azotes cuando llegue tarde a cenar. Ni siquiera volveré a ir a la iglesia. Fue tan horrible ayer. Esa iglesia es terriblemente nueva.

-Se la considera la iglesia más linda de estos alrededores -protestó Louisa, un poco herida.

-Las iglesias no necesitan ser lindas; deben tener por lo menos cincuenta años y poseer una belleza añeja. Las iglesias nuevas son abominables.

-¿Viste a Peter Wright allí? -preguntó Louisa, que estaba deseando preguntarlo.

Nancy asintió.

-Por cierto que sí. Se sentó frente a mí, en el banco de la esquina. No me pareció que haya cambiado para mal. El cabello gris le sienta. Pero me sentí terriblemente desilusionada en lo que a mí respecta. Esperaba haber sentido por lo menos un romántico estremecimiento, pero todo lo que sentí fue un reconfortante interés, como si se hubiese tratado de un viejo amigo. Hice cuando

Librodot

pude, Louisa, pero no conseguí estremecerme.

-¿Se acercó a hablarte? -preguntó Louisa, quien no tenía la menor idea de qué quería significar Nancy con sus estremecimientos.

-Ay, no. Y no fue por mi culpa. Me quedé afuera, junto a la puerta, con mi expresión más amistosa, pero Peter simplemente pasó sin mirar en ninguna dirección. Mi vanidad se conformaría un poco, si creyera que ello se debió a su orgullo. Pero hablando con franqueza, querida *Weezy*, aquello me dio la impresión de que él ni siquiera lo pensó. Estaba más interesado en su charla con Oliver Sloane sobre la cosecha de heno; a propósito, Sloane está peor que nunca.

-Si te sientes como dijiste la otra noche, ¿por qué no fuiste a hablarle?

-Porque ahora no me siento así. Aquello fue sólo algo pasajero. Y tú no sabes nada sobre eso. No conoces qué es desear desesperadamente en un instante algo que no tomarías por nada del mundo una hora después.

-Pero eso es una tontería.

-Una tontería completa. Pero ¡es tan lindo ser tonto después de haber sido obligada a ser terriblemente sensata durante veinte años! Bueno, esta tarde iré a recoger fresas, Louisa. No me esperes para el té; probablemente no regresaré hasta que oscurezca. Me quedan cuatro días y quiero aprovecharlos al máximo.

Nancy fue lejos en su vagabundeo de esa tarde. Cuando hubo llenado su cesto, todavía camino sin rumbo fijo. De pronto se encontró en un sendero del bosque, que iba a parar a un campo donde un hombre segaba heno. Era Peter Wright. Nancy anduvo más de prisa cuando lo descubrió, sin haberlo mirado, y las espesuras pronto la cubrieron. Sus recuerdos le indicaron que estaba en los campos de Peter Morrison, y calculó que si seguía derecho, iría a parar donde estuviera la vieja casa de los Morrison. Sus cálculos fueron bastante acertados, pero con una ligera variante. Llegó a unas cincuenta yardas al sur de la casa abandonada de los Morrison y se encontró en los fondos de la granja de los Wright.

Al pasar junto a la casa, donde había anhelado ser la señora una vez, fue vencida por la curiosidad. El lugar no estaba a la vista de ninguna otra casa cercana. Con toda deliberación se acercó, con intención de echar una mirada por la ventana de la cocina. Pero, viendo que la puerta estaba abierta, se acercó allí y se detuvo en el umbral, mirando agudamente a su alrededor.

La cocina estaba horriblemente desordenada. Aparentemente, hacía un par de semanas que no se barría el piso. Sobre la desnuda mesa estaban los restos del almuerzo de Peter, una comida que no era para tentar a nadie.

-¡Qué lugar más miserable para que viva un ser humano! -murmuró Nancy-. Miren las cenizas en esa cocina. No son de extrañar las canas de Peter. ¡Esta tarde tiene que trabajar duro en la cosecha, para venir a encontrar *esto!*

De pronto surgió una idea en su cerebro. Al principio pareció horrorizarse, pero luego se echó a reír y miró su reloj.

-Lo haré, por divertirme algo y por un poco de lástima. Son las catorce y treinta, y Peter no regresará por lo menos hasta las dieciséis. Tengo más de una hora para terminar y salir a escape. Nadie lo sabrá jamás, ya que no pueden verme.

Nancy entró, se sacó el sombrero y empuñó la escoba. Lo primero que hizo fue dar a la cocina un buen barrido. Luego, encendió fuego y puso una marmita con agua a calentar y atacó a los platos. Por el número de éstos, dedujo que Peter no los lavaba desde hacía una semana.

-Supongo que usa los limpios hasta que se acaban y luego hace gran lavado -pensó riendo-. ¿Dónde guardará los repasadores; si es que tiene?

Evidentemente, Peter no los tenía. Por lo menos, Nancy no pudo hallar ninguno. Entró

valientemente en la polvorienta sala y exploró los cajones del antiguo aparador, confiscando una toalla que encontró allí. Mientras trabajaba, canturreaba, sus pasos eran leves y los ojos le brillaban de excitación. Nancy se divertía en grande; no quedaba duda sobre ello. El granito de malicia que había en la empresa la alegraba mucho.

Una vez lavados los platos, sacó un mantel limpio, aunque amarillo por la falta de uso, y procedió a tender la mesa para el té de Peter. En la despensa encontró pan y manteca; un viaje al sótano la proveyó de crema y volcó impertérrita sobre el plato de Peter el resto de un pote de dulce. Hizo el té y lo dejó al rescoldo. Y, como toque final, bajó al jardín y preparó un gran cuenco con rosas, que puso sobre la mesa.

-Ahora debo marcharme -dijo en voz alta-. Valdrá la pena ver la cara de Peter. Me he divertido haciendo esto; pero, ¿por qué? Nancy Rogerson; no te hagas preguntas raras. Ponte el sombrero y vete a casa, y, de paso, prepara una coartada para la falta de tus fresas.

Nancy se detuvo y miró pensativa a su alrededor. Había trasformado el lugar en algo lindo, alegre y hogareño. Sintió otra vez un raro tirón en su corazón. Imaginemos que ése era su lugar y esperaba el regreso de Peter para el té. Imaginemos... Nancy se volvió, con el horrible presentimiento de lo que iba a ver. ¡Peter Wright estaba en la puerta!

La cara de Nancy enrojeció. Por primera vez en su vida, no podía justificarse. Peter la miró, miró luego la mesa y las flores.

-Gracias -dijo gentilmente.

Nancy se recobró. Con risa avergonzada, alargó la mano.

-No me hagas arrestar por violación de domicilio, Peter. Vine y eché una mirada a tu cocina; por impertinente curiosidad y por divertirme pensé en entrar y preparar el té.

Pensé que te sorprenderías, y te aseguro que pensaba irme antes de que volvieras.

-No me hubiera sorprendido-dijo Peter estrechándole la mano-. Te vi cruzar el campo, até los caballos y te seguí por el bosque. He estado sentado en la cerca, contemplando tus idas y venidas.

-¿Por qué no te acercaste a hablarme ayer en la iglesia, Peter?

-Temí decir algo poco gramatical -contestó Peter secamente.

El rubor cruzó nuevamente la cara de Nancy y retiró su mano.

-Eres cruel, Peter.

Éste se echó a reír con una nota de juventud en su risa.

-Así es -dijo-, pero tenía que deshacerme de alguna manera de veinte años de malicia y rencor. Ahora ha pasado y seré tan gentil como tú sabes. Pero ya que te has tomado todo este trabajo para prepararme esta comida, Nancy, debes quedarte y ayudarme a comerla. Esas fresas parecen muy lindas. No he comido ninguna este verano; estoy muy ocupado para conseguirlas.

Nancy se quedó. Se sentó a la cabecera de la mesa de Peter y le sirvió el té. Habló con él animadamente de los vecinos de Avonlea y de los cambios de los de su época. Peter la seguía, con la apariencia de un hombre cuyo corazón y cuya cabeza marchan de acuerdo. Nancy se sentía desdichada y al mismo tiempo ridículamente feliz. Estar sentada allí le parecía la cosa más grotesca del mundo, y, sin embargo, lo más natural. Un instante tenía ganas de llorar y enseguida la risa surgía tan espontánea como la de una muchacha. El sentimiento y el humor siempre reñían dentro del alma de Nancy.

Cuando Peter hubo terminado sus fresas, cruzó los brazos sobre la mesa y miró admirado a Nancy.

-Luces muy bien en la cabecera de la mesa -dijo con acento crítico. ¿Cómo es que no

Librodot

estuviste presidiendo una propia desde hace mucho? Yo pensé que por el mundo encontrarías muchos hombres que te gustaran; hombres que hablen bien.

-Peter, no empieces -dijo Nancy, con una mueca-. Fui una reverenda tonta.

-No; tú estabas en lo cierto. Yo fui el tonto. Si hubiese tenido dos dedos de frente, habría entendido que me considerabas lo bastante para querer mejorarme y habría tratado de corregir mis errores, en lugar de enojarme. Supongo que ahora es demasiado tarde.

-¿Demasiado tarde para qué? -dijo Nancy, con el corazón lleno de esperanzas ante algo que había en el tono y en el aspecto de Peter.

-Para... corregir los errores.

-¿Los gramaticales?

-No exactamente. Supongo que eso es cosa difícil en un viejo como yo. Pienso qué dirías si te pidiera que me perdonaras y cargaras conmigo después de todo.

-Te apresaría antes de que tuvieses tiempo de cambiar de idea -dijo Nancy valientemente. Trató de mirar a Peter a la cara, pero sus ojos azules, donde se mezclaban las lágrimas y la alegría, no pudieron resistir la mirada de los ojos pardos de Peter.

Éste se puso de pie volcando la silla, y dio vuelta a la mesa, dirigiéndose hacia ella.

-¡Nancy, mi Nancy!